

HIJA DE LA NOCHE



Soy una Erinia, una Furia, y nada me parará

Mika Iobo

*“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo, y más la piedra dura porque
ésa ya no siente...”*

Rubén Darío

Acababa de arrancarle la vida con mis propias manos.

Sentada sobre la hierba mojada, aunque sin apenas rozarla por hallarse mi cuerpo levitando, pude sentir cómo su miedo se desvanecía. Las salpicaduras de sangre húmeda y aún caliente de aquel hombre, impregnaban mi rostro y mi ropa, llevándome inevitablemente al replanteamiento de mi método. Por un instante sentí náuseas, una debilidad muy humana para alguien con tan pocas dotes para poder considerarse como tal.

La finalidad de mi existencia, el sentido de mi ser, me definen como algo grotesco e inhumano.

Salí del estupor para darme cuenta de que sobre mi regazo aún descansaba la cabeza de mi última cita. Sus ojos permanecían cerrados y parecía sumido en un sueño plácido. Extendí la mano para acariciar la mejilla de Víctor, y nada más rozarla, su cabeza perdió el equilibrio para caer rodando hasta frenar contra su brazo derecho, que se encontraba extendido sobre el césped, junto al resto de su desmembrado cuerpo.

No me había costado nada seducirlo.

Es inmensa la atracción que ejerzo sobre los hombres y las mujeres. Me basta con querer algo para conseguirlo. Me han creado así por un motivo, siendo la seducción y la empatía mis más potentes armas. Puedo ponerme en el lugar de quien sea en cualquier momento, tengo esa capacidad en contra de mi voluntad; y sin embargo, cada vez comprendo menos. Son demasiados años de decepciones los que me han llevado a esta situación de apatía. El desprecio se está oxidando bajo mi piel y hora tras hora, día tras día, año tras año, me cuesta más parecer uno entre todos.

Se merecen lo que les depara el futuro.

Soy una Erinia, una Furia, una hija de la noche. No importa cómo me quieran llamar. Soy venganza y mi naturaleza es el orden. Pero debo ocultar mi repulsa por los demás para poder ganarme su confianza.

“Estúpido ser humano”

Me incorporé de un salto y comencé a correr. Me quedaba mucho camino por recorrer y sólo contaba con el oscuro anonimato de la noche.

No quería llegar otra vez tarde a clase.

CAPÍTULO 1

Aquella mañana, después de correr sin parar más de quinientos kilómetros, me sentí bastante decepcionada por lo fácil que me resultaba todo últimamente.

Recordé cómo algunos años atrás me habían surgido dudas, llegando incluso a desear volver a ser humana para recuperar una vida ya falta de sentido desde hacía demasiado tiempo.

—¡Es tarde, Noa! ¡Arriba!

La voz de Bárbara, mi madre adoptiva, sonó cantarina des-de el fondo del pasillo, al otro lado de la puerta eternamente cerrada de mi habitación.

Al principio, al conocerla, consideré su perseverancia como una debilidad; pero en los dos años que había vivido con ella, llegué a comprender que en realidad era su mayor fortaleza, y en cierto modo nada íntimo, la respetaba. Estaba empeñada en que fuéramos una familia, y a pesar de mi comportamiento, ella no se rendía.

Otra cosa eran Chris, su marido, y David, mi supuesto hermano.

Mi padre adoptivo era dependiente, inmaduro y egoísta; y el hijo natural de la pareja, con doce años de edad, ya era un prototipo de machista prepotente lleno de complejos. David se refugiaba en su padre, que justificaba cada una de sus acciones. Vivía en un mundo ausente de consecuencias en el que él era a la vez marginador y marginado.

Me habían adoptado dos años atrás por causas que aún se escapan a la comprensión de todos los que nos rodean. Yo necesitaba una familia para seguir con mi cometido sin levantar sospechas, y ellos pasaron por delante cuando me surgió la necesidad.

Sonreí ante lo evidente de mi pericia. La seducción servía para todo.

Así que lo “arreglé” para tener dieciséis años de nuevo, y me introduje en la nueva familia que me serviría de fachada durante al menos dos años más, hasta mis supuestos veinte años. Siempre era así, y *Sputville* estaba resultando un pueblo de lo más vulgar y anodino, como tantos otros.

Pero era tan sencillo.

—¡Noa!... ¡Vamos cariño!

Otra vez. Me pregunté cuál sería su reacción de saber que su hijita había pasado la noche corriendo en sentido contrario al escenario de un crimen brutal perpetrado por ella misma; que no había ni tocado la cama que de un modo tan patético todas las mañanas, tras mi marcha, atusaba delicadamente con sábanas limpias, edredones ligeros, e incómodos cojines amontonados según su criterio de equilibrio artístico.

Pero eso ella no lo sabría jamás. Los años me habían dado la inteligencia suficiente para poder pasar por una adolescente excéntrica, y así me iba bien.

—Rara.

—Estúpido.

Mi hermano David cruzaba en ese momento por delante de la puerta de mi cuarto. A la ricura de la casa le había comenzado a aflorar un ridículo bigote y emanaba una peste a hormonas que no había quién aguantara. Aunque claro, mi olfato no era normal.

Hacía tiempo que no empatizaba con la familia, y viendo el cambio que estaba sufriendo David, me sentía tremendamente complacida por haber tomado aquella decisión.

Se trata de un poder complejo, nada parecido a los otros. No todas mis hermanas son capaces de sentir lo ajeno, las sensaciones de otros seres, pero para mí es innato, algo que me sucedía incluso antes de nacer de nuevo, aunque en menor medida.

Pero no siempre quería ponerme en el pellejo de los demás; eran demasiadas, excesivas las penas, las envidias, los odios. Y para poder desconectar necesitaba una fuerza inmensa. Estaba harta de sentir día tras día la frustración de Bárbara, el egoísmo de Chris, y como fuera que se le pudiera llamar a lo que se le pasaba por la cabeza al descerebrado de David. No me importaba en absoluto que sufrieran, pero a mí todas aquellas sensaciones me producían dolor físico.

Así que al final desconecté. Me costó mucho, pero en unos días ya no captaba nada.

—No comes nada, Noa.

Bárbara siempre insistía en lo mismo.

—Deja que haga lo que quiera. Ella sabrá —Chris por las mañanas carecía de entonación.

—Es el *loock* de anoréxica que está poniendo de moda vuestra hija en el pueblo.

—Cállate, enano —le reprendí con odio.

No me molestaban sus comentarios, pero sí su simple existencia, y odiarle abiertamente encajaba en mi personaje, lo hacía más creíble.

—¡Deja en paz a tu hermano, que no dice ninguna tontería! —me atacó mi padre.

—Chris, por favor. Noa, come algo, anda.

Me levanté indiferente dirigiéndome a la puerta de la cocina que daba a la calle.

Me aburrían tanto.

Monté en mi coche, el *Golf* destartalado que me habían regalado en mi “dieciocho cumpleaños”. Yo no lo deseé, ni lo pedí, pero al parecer decidieron ellos solos que podía venirme bien, e incluso hacerme ilusión. Estaba acostumbrada a ver cómo los padres de mis compañeros compraban continuamente el amor y escaso respeto que estaban dispuestos a proferirles sus hijos, con regalos caros e inaccesibles, pero desde luego aquella chatarra no era un gran chantaje. Y a mí me daba igual.

Me alejé por el camino y observé por el retrovisor cómo la casa de la familia Tessani se iba haciendo pequeñita, disfrutando de la ilusión de que todos se aplastaban y compactaban dentro de su amado hogar según iba menguando en mi espejo.

Al menos era una buena casa.

El balcón de mi habitación, en el segundo piso y en el frente de la casa, estaba plagado de *surfinias* moradas, una especie de campanillas que se extendían y colgaban durante la primavera y el verano de una forma casi invasiva. Tenía contraventanas de madera, aunque casi no las usábamos, pero le conferían a la casa un aspecto que me recordaba a una que tuve en otra época, en otros tiempos distintos, en el sur de Francia.

La puerta de entrada, totalmente enmarcada por la hiedra trepadora, quedaba centrada en un porche alzado con tres escalones y rodeado por una barandilla de hierro sencillamente labrado. Había pocos espacios que no estuvieran repletos de hiedra y buganvillas. Bárbara había querido convertir aquel

pequeño espacio en un cenador, colocando una mesa de madera maciza con dos bancos corridos, además de todo tipo de adornos cursis. Cada vez que hacía buen tiempo, servía la cena en el porche y teníamos que comer rodeados de farolillos de aceite, cestas con motivos florales y mantelitos de colores vivos, superpuestos y perfectamente combinados con el color de las diversas vajillas que mi madre atesoraba en la alacena de la cocina.

A veces me sorprendía compadeciéndome de Bárbara por el superficial y básico método que empleaba para enterrar su absoluta desdicha. Enseguida se me pasaba. Ningún ser humano merecía otra cosa que no fuera mi indiferencia.

Y cada vez sentía menos. Casi nada lograba turbarme, y aún menos conmoverme.

CAPÍTULO 2

“Stella vomita todo lo que come... y se sabe incomprendida, un bicho raro —una punzada me atraviesa el estómago—. Se da tanto asco que noto sus nauseas.

Marcos no la quiere, pero se siente orgulloso... o más bien importante, pero de una forma vanidosa, egoísta y desagradable. Huele muy mal, y su hedor impregna también la piel de Stella.

Niko... odio y envidia en estado puro. Sería capaz de matar...”

Cruzando el parque que separaba la entrada del instituto del resto de Sputville,

me veía obligada día tras día a cruzarme con un montón de adolescentes infelices que me contagiaban su podredumbre. Formaba parte de mi trabajo, de mi entrenamiento.

—¿Qué pasa, Noa?

No le contesté. Ni siquiera lo miré mientras caminaba a mi lado, ligeramente atrasado.

Eric no me transmitía tanto dolor. Era un inadaptado que desde el principio se había empeñado en seguirme por todas partes. Le gustaban mi “indiferencia y despotismo”, y estaba realmente solo. No era un chico feo, pero prefería ocultarse bajo lápiz de ojos, rímel, y un escandaloso exceso de pinchos de acero y cuero negro. Él sentía dolor; algo le había trastornado mucho, pero al menos no era vanidoso, egoísta, o un violador en potencia. Por eso, finalmente, y con la ventaja adicional de respaldar mi caracterización de “chica problemática”, admití que se pegara a mí como una sombra.

Teníamos una profesora de religión, la señorita Nordovest, que se volvía completa e incomprensiblemente loca ante su mera presencia, así que algo debía tener el muchacho. Miedo, excitación, lujuria, culpabilidad. Las clases de religión se me hacían eternas, y me sentaba lo más alejada de Eric que podía con el fin de no echarme a su cuello y cometer algún delito sexual en plena lectura del *Evangelio según San Juan*. Mi secuaz ni siquiera la miraba, se mantenía ausente como era habitual en él, pero un mínimo movimiento, un cambio de postura, y la joven profesora comenzaba a sufrir palpitaciones. Y yo las captaba todas. Tenía que controlarse mucho para que nadie notase sus gemidos en cada espiración, cómo la sangre se le volvía fuerte, rápida y potente, calentando sus extremidades y su rostro.

—Esta profesora está como una cabra —me quejé en un susurro furibundo cuando sonó el timbre que anunciaba un intermedio en mi sufrimiento.

—No es de las peores —replicó indiferente Eric mientras se pegaba de nuevo a mi espalda—. ¿Vamos fuera?

Con “fuera” se refería a unas gradas que rodeaban la cancha de baloncesto al aire libre. Allí pasábamos los ratos muertos, las horas de pellas y el almuerzo. No debía ser muy estimulante, y mucho menos divertido, ni siquiera

entretenido, pero yo aprovechaba para analizar a las personas y organizar mis planes. Aunque no comprendía muy bien qué podía sacar Eric de aquello.

—¿No te gusta la señorita Nordovest?

Su pregunta me cogió por sorpresa. Casi nunca me dirigía la palabra.

—Es rara —dictaminé.

Sonrió de un modo extraño, emitiendo un sonido monosilábico que reflejaba puro sarcasmo.

—¿Más que nosotros?

—Supongo que nos consideran así, ¿no? Raros.

—¿Acaso te importa cómo nos cataloguen, Noa?

Un acto reflejo enarcó mis cejas dándoles forma de duda. Hubo un tiempo en el que el “qué dirán” lo era todo para mí. Pero eso había acabado.

—Supongo que al dejar de estar viva perdí ese problema.

De nuevo la sonrisa sarcástica. Eric no sabía prácticamente nada de mí, pero mis expresiones no le preocupaban y nunca me preguntaba. Supuse que no me tomaba en serio.

—Creo que le pasa algo, que tampoco es feliz —continuó haciendo caso omiso de mi intento por zanjar toda conversación.

Fruncí los labios.

—Yo no creo que sea eso lo que le pasa, al menos no creo que sea sólo eso. Está muy necesitada.

—¿Necesitada?

—¿No notas nada?

—¿Qué tengo que notar?

—Que alucina contigo, que le fascinas de una forma enfermiza.

Me observó pensativo, aunque pude sentir una especie de desconcierto encubierto.

—Me da igual todo, ya lo sabes.

Tomé prestado su chasquido sarcástico.

—Sí, ya veo que te da igual. Por eso estamos aquí como dos alcahuetas... hablando, ¿no lo notas o qué?

—No pensaba que eso pudiera ser un problema.

Me encogí de hombros y volví a perder la mirada en el horizonte. Mi compañero debió darse por enterado porque dejó de hablar. Me centré de nuevo en lo mío.

“Ane. Está muerta de miedo. No puede dar la cara por nada ni por nadie. Sufre con cada decisión que debe tomar y no quiere hacerse mayor.

Diego. Dolor. Abusos. Sonríe y bromea con Ane y Stella como si nada.

Leo. Egoísmo. Consigue todo lo que quiere y para él no hay consecuencias. Apesta más aún que los otros”.

—¿Vamos? Ya es la hora.

Nos dirigimos de nuevo al interior de aquel deteriorado edificio público. Atravesando el pasillo, de pronto me invadió una oleada de deseo irrefrenable hacia Eric, así que tuve la certeza de que la señorita Nordovest andaba cerca.

—Voy al servicio, nos vemos en clase —anunció de pronto mi inevitable compañero.

Su naturaleza humana me iba a librar de otra mala pasada. Me encogí de hombros y continué caminando hacia el aula de ciencias.

“Nina. Engreída, caprichosa, totalmente perdida en sus

indeterminaciones. ¿Deseo? Pero no por él. Hugo, su novio, la toma por la cintura de una forma natural y despreocupada, pero ella no siente placer con aquello”.

Me había parecido notar varias veces su mirada fugaz sobre mí, pequeños instantes, pero lo suficientemente intensos como para cerciorarme de que su indecisión sexual la convertía en un ser mucho más susceptible a mi poder de seducción, incluso sin que yo me lo propusiera.

Me deseaba a mí.

Él era otra historia.

Hugo.

Era el novio de Nina y no sabía prácticamente nada más de él. Había un gran vacío en su mirada, pero era imposible que no sintiese absolutamente nada. Yo no era capaz de captar nada a su lado. Ni egoísmo, ni avaricia, ni vanidad, ni dolor. Para mí era un completo enigma.

Apoyé mi espalda contra la última taquilla del pasillo, fingiendo que escuchaba música en mi *mp3*, ajena a todo el mundo, mientras observaba de nuevo atentamente al objeto de mi interés.

Debía medir algo menos de metro ochenta. No estaba delgado, ni tampoco muy fuerte, pero era esbelto a pesar de que sus andares despreocupados pugnaran por quitarle imponencia a su presencia. Su pelo castaño, ni corto ni largo, bastante despeinado, se revolvía de forma desenfadada enmarcando un rostro de líneas suaves. No era de piel blanca, sino más bien curtida, contrastando de forma notable con sus inquietantes ojos grises. Tenía una especie de “sonrisa a medias” colgada siempre en la cara, que no cuadraba con su mirada, como en el cuadro de la *Gioconda*. No parecía real, sino más bien una pose, pero tampoco era capaz de nada más que hacer elucubraciones, porque no me transmitía nada. En cierto modo era un gran alivio estar cerca de él y siempre que podía merodeaba a su alrededor, sobre todo cuando su novia Nina no estaba cerca.

Me mantenía alerta al no saber qué esperar de él, pero, aun así, la ausencia de sensaciones ajenas resultaba agradable.

—¿Qué miras, bicho raro?

Susurró Nina con desprecio sobre mi cara a la vez que se arrimaba más a su novio. Todo su cuerpo se estremecía con mi proximidad.

No respondí.

—¿Te gusta mi novio?

—Patética, Nina —me apeteció decir.

—¿Perdona? —preguntó amenazante y con indignación fingida, procurando alargar el momento y continuar así a mi lado.

Eric salía en ese instante del servicio y se aproximó preocupado por la circunstancia.

—No, no te perdona. ¡Largo, tía!

Me quedé bastante sorprendida ante la reacción de mi extravagante compañero. La indiferencia solía estar más latente en su forma de actuar. Hugo tiró de su novia para proseguir con el paseo mientras Eric me parapetaba contra las taquillas.

—¿Qué es lo que te pasa hoy? ¿Ahora eres mi defensor? —le reproché zafándome.

Se retiró de mi camino postrando su mirada.

—No me gusta esa gente.

—Bueno, a mí no me gusta nadie, ¿y qué? Me dan igual y no necesito ningún caballero andante, y menos uno lleno de rímel.

CAPÍTULO 3

Las clases transcurrieron sin más incidentes.

Aparte de mi “trabajo”, mi vida era plana y me parecía fundamental que siguiera siendo así.

Había conseguido hacerme dura, pero de vez en cuando mis pensamientos me traicionaban, y para mí la debilidad no era una opción.

Procuré salir a toda prisa del instituto para no tener que tratar de nuevo con Eric ni con nadie. Había tenido más que suficiente. Avancé por el parque hacia el aparcamiento, y cuando me disponía a entrar en mi coche, alguien posó su mano sobre mi hombro izquierdo.

Me giré lentamente preocupada por las variadas posibilidades, y sobre todo por el hecho de no haber podido interceptar a tiempo ninguna sensación que me avisara de la presencia de alguien a mis espaldas.

—Lo siento, de verdad.

Allí estaba Hugo con un rostro distinto al de siempre, sin su media sonrisa.

—¿El qué sientes? —esa pregunta me acechaba desde hacía mucho tiempo, claro que con otro sentido algo distinto.

—Nina... a veces es demasiado... ya sabes.

—No, no sé, ¿cómo es Nina? —quería al menos conocer sus percepciones.

—Bueno, se siente insegura y ataca sin venir a cuento.

Observé detenidamente sus ojos grises y profundos. Nada, no sentía nada, aunque estaba acertado con la “inseguridad” de su novia, y a pesar de no conseguir captar ninguna sensación en él, pude comprender que esperaba algún tipo de respuesta por mi parte.

—¿De verdad te importa?

—Claro que me importa —replicó perplejo—. Nina es mi novia y no creo que deba comportarse así con nadie. Estoy seguro de que ella no se disculpará, pero me preocupaba que hubiera herido tus sentimientos.

Aquello era como intentar sacarle el sabor a una piedra.

—Vale, entonces de acuerdo. No pasa nada.

—¿Pero estás bien, Noa?

—Claro —me sorprendió en cierta medida que supiera mi nombre.

Me di media vuelta y entré por fin en mi coche. Observé por el retrovisor cómo se alejaba con su paso torpe mientras yo arrancaba el *Golf*.

No dejaba de preocuparme el vacío absoluto, placentero y a la vez desconcertante, al que me veía sometida en su presencia.

Al llegar a casa, Chris y David estaban tirados en el sofá como siempre, viendo embobados la televisión. Hacían caso omiso a las bandejas llenas de comida que descansaban sobre la mesita auxiliar: pollo asado con guisantes y puré de patatas, cada cosa en su montoncito perfecto, con una salsa individual en cada bandeja y sendos vasos de limonada. Bárbara habría preparado, como todas las noches y con su mejor intención, la cena para su marido y su hijo, y como siempre, ellos decidían cuándo comerse lo que les habían servido como si fueran reyes, quejándose después de que la comida estaba fría.

—Hola, cariño, ¿tienes hambre?

—No, Bárbara —endurecí el tono al pronunciar su nombre como reacción a mi disgusto por su trato ñoño. Ella insistía en que la llamase mamá, pero aquella era una batalla que no iba a ganar.

—Bueno, ya sé que siempre cenas fuera con tus amigos, pero sabes que me gusta preguntar, por si acaso.

Mi madre adoptiva estaba en la inopia. No iba precisamente a cenar con nadie las horas que me ausentaba. Si yo hubiera sido una anoréxica intentando

ocultar a su familia su situación, no habría tenido ningún problema en aquella casa. ¿Amigos? Aquella mujer no sabía nada de mí, aunque en realidad me resultaba muy conveniente.

Me giré y continué el ascenso hacia mi habitación. Tenía que meditar. No sabía cuál era mi siguiente misión y nadie se había comunicado conmigo. Normalmente llevaba varios trabajos a la vez y la situación comenzaba a resultarme extraña.

—¿No vas a bajar luego un rato?! —insistió Bárbara.

—¿Para qué?

—No sé, para ver la tele con nosotros, o para charlar conmigo, ya sabes, de cosas de mujeres.

Bárbara hacía que sonase como si llevásemos toda la vida haciendo esas “cosas de mujeres”.

—Creo que no. Hasta mañana.

—Vale, cielo. ¡Hasta mañana! —le oí gritar desde la cocina cuando ya estaba a punto de atravesar el umbral de mi cuarto.

Dejé mi bandolera cargada de libros sobre la mesa del escritorio, abrí las dos puertas del balcón, me quité las zapatillas y me senté en el centro de la cama con las piernas cruzadas.

No habían transcurrido ni dos minutos cuando una brisa suave y repentina invadió la estancia, ligera y juguetona, agitando papeles y la manga de un jersey que colgaba del respaldo de la silla, y refrescando el ambiente cargado del aroma de vainilla que tanto le gustaba a mi madre adoptiva. Poco a poco se tornó en ventisca, haciéndose más fuerte, arremolinándose sobre el punto en el que yo me hallaba sentada. Tuve que cerrar los ojos, como siempre.

—Aura... ¿eres tú? —la brisa acarició mi cabello—. ¿Por qué no hablas conmigo?

—No puedo...

Una voz dulce y silbante susurraba a mi oído.

—¿Pero por qué no puedes? No sé qué debo hacer ahora.

—Sson órdenesss de Tisssífone... debo essperar.

—¿De Tisífone? Pero yo creía que esto era lo que ella quería de mí. ¿He hecho algo mal?

—No me quiere decir nada. Pienssa que esstoy loca, como todoss, y no sse fia de mí...

Aura era muy extraña, claro que todo lo extraña que podía ser una diosa cuya forma física es la brisa y que se encargaba de mantenerme en comunicación con el Tártaro, o el Inframundo, como yo prefería llamarlo. Una especie de *wifi* mitológica. Tenía otros poderes, sobre todo sanadores, y en numerosas ocasiones había resultado de gran ayuda para mí. Hacía muchos años que me había tenido que enfrentar a la existencia de todo tipo de personajes absurdos y pintorescos, y aun así, todavía me parecían surrealistas algunas situaciones. Aura, sin embargo, era sencilla, dulce, suave, y cumplía con su trabajo sin mayores extravagancias que las propias de la situación.

La diosa había tenido un pasado oscuro y terrible, incluso peor que el mío. Había vivido una experiencia traumática que le hizo perder la cabeza. Un pretendiente airado la había emborrachado aprovechando su ingenuidad para poder violarla; para colmo quedó embarazada. Al recuperar la conciencia y comprender lo que le había pasado, enloqueció por completo matando a todos los que se cruzaban en su camino. Dio a luz mellizos; a uno lo despedazó y el otro le fue robado. Quiso acabar con su vida, pero más bien la castigaron a cumplir este trabajo eterno.

Así era el mundo al que yo pertenecía.

No era peligrosa; el tiempo había curado muchas cosas, aunque seguía pareciendo un alma cándida en pena. Me transmitía un dolor sordo e infinito, lineal, pero curiosamente soportable.

—Pressta atención a todo, Noa...

—Ya sabes que siempre estoy sumida en mis obligaciones. Así que no comprendo...

—Tisífone desconfía. No sabe si podrá...

Erinia del infierno. Ya no sabía qué más tenía que hacer para que comprendiera que había dejado a un lado mi humanidad para cumplir con mi deber. Ella misma me había reclutado durante aquella fatídica tarde de agosto, y lo había hecho en contra de la voluntad de sus hermanas. Había confiado en mi poder, en la fuerza de mis conflictos, y ahora, después de tantos años, no creía merecer su desconfianza.

Tisífone era una de las tres Erinias, las furias del Tártaro, del mundo de los muertos. Ella me había convertido en lo que soy, mutilando mi mortalidad y mis sensaciones humanas para siempre, para vivirlas a través de otros. Tenía dos hermanas, Alecto, que castigaba los delitos morales, y Megera, que castigaba las infidelidades. La hermana mayor se encargaba de los delitos de sangre dentro de la familia, y era mi mentora y mi madre.

Según la leyenda, las tres Furias habían nacido de las gotas de sangre procedentes de la castración de Urano, el gran jefe, pero ellas no aceptaban esta versión y defendían que de todos modos eran titanes, existencias fundamentales, y que habían nacido mucho antes que cualquiera de los otros estúpidos dioses. Se suponían seres superiores por su concepto de la moralidad y el equilibrio, aunque sus correctivos a veces superaban lo imaginable. Yo, supuestamente, sólo las había visto en su forma humana, y eran sumamente bellas, erotismo en estado puro. Sin embargo, había podido ver más allá, había percibido sus extraños sentimientos, y eran unos seres horripilantes y pútridos. Aun así, sus sentidos de la justicia y de la venganza impregnaban todos sus actos, procurándome una satisfacción y una cercanía sin precedentes.

Ya no volvería a sufrir como antaño. Ya nadie volvería a herirme.

Perdida en mis cavilaciones, no me había percatado de que la brisa ya no estaba. Aura habría regresado al Inframundo y yo seguía sin saber cuál debía ser mi próximo paso.

Había acabado con la insulsa vida de más de cuatrocientas personas durante los últimos cien años. Y sí, flaqueé en ocasiones, sobre todo al principio. Al fin y al cabo, yo era una pobre adolescente llena de dolor y obsesionada con

dejar de existir. Pero con la ayuda de Tisífone había conseguido canalizar todo ese vacío convirtiéndolo en sed de venganza.

A pesar de todo, no resultó nada fácil matar a mis primeras víctimas, aun sabiendo que lo merecían.

Mi poder de destrucción, toda la fuerza, provenía del fondo de mi estómago, de un punto que parecía irse cargando con la rabia, la entereza, el arrojo, y era necesario que los receptores de toda esa furia estuvieran completamente sometidos y bajo mi influjo, de lo contrario no funcionaba. Así que hasta que no fui consciente del inmenso poder de seducción y manipulación que poseía, y no dejé a un lado todos los sentimientos que me humanizaban, no se pudieron catalogar de “grandes proezas” mis hazañas.

Todo había cambiado.

Mi otra vida en aquella pequeña villa de las afueras de Aix-en-Provence estaba prácticamente olvidada, y ya sólo quedaba un pequeño reducto de la enfermiza necesidad de venganza personal que había sido a la vez mi motivación y el último hilo que me unía a la humanidad; y poco a poco iba desapareciendo también, quedando enterrado bajo la desidia.

Me eché sobre la cama e intenté descansar un poco.

Ya no tenía sentido dormir, ni comer, ni siquiera respirar, y aun así era indispensable y necesario para mí. Un ser inmortal e inhumano, y en lo más básico y humano, tan corriente.

CAPÍTULO 4

“—Te quiero tanto...

La caliente yema de sus dedos se pasea con avidez y suavidad sobre la piel erizada que rodea mi ombligo. Estoy tumbada, desnuda en mi cama, y la sábana ya sólo me cubre desde la cintura hasta los pies.

—Jean...

—Sabes tan bien —susurra a mi oído mientras me lame el cuello.

Esta vez se ha tumbado junto a mí, apoyado sobre su lado izquierdo, para poder tocarme, observarme.

—Jean, por favor...

Me sonrío y dirige su mirada al frío metal que ha dejado descansando sobre mi pecho.

—¿En qué estás pensando? Te noto muy agitada.

—Me duele, Jean.

—¿No prefieres darte la vuelta?

El pánico me invade de nuevo. Prefiero un millón de veces el insoportable roce de las sábanas contra las heridas supurantes que prestarle mi espalda. No es por evitar la humillación, sino la brutal agonía de su juego preferido: escribir sobre mi piel con su cuchillo. Para él es un gran lienzo fácil de ocultar.

—No, Jean —le suplico.

—Qué tonta... no quiero hacerte daño. Sabes que te adoro.

No me adora, me odia profundamente por necesitarme tan-to; me odia por lo que soy y lo que nunca seré para él. Quiero morirme, quiero que esta noche se exceda para desaparecer bañada en mi propia sangre, para que sea la última vez que me tocan.

Tengo miedo... “

—¡¡¡No!!!

Me incorporé de un salto y me lancé a los pies de mi cama, como si un resorte hubiera tirado de mí hacia el suelo.

¿Otra vez aquel sueño?

No comprendía por qué después de tanto tiempo había vuelto a mí de la nada. ¿Sería la falta de ocupación? El sudor frío empapándome la frente y la espalda, y la rigidez de mi cuerpo electrificado, hacían latentes mis limitaciones. Tisífone me avisó: si no cumplía con las misiones que me encomendaba, volvería a ser humana, volvería todo el sufrimiento, y la agonía.

La debilidad.

Si ella ya no me quería, ya no me necesitaba, yo estaba acabada.

—¿Por qué me haces esto, madre?! ¡Yo siempre te he sido leal!

Nada.

Aún era de noche, pero necesitaba salir. Por primera vez en años comencé a experimentar algo parecido a una sensación propia: agobio.

¿O acaso era angustia?

Me vestí sin prestar demasiada atención, como siempre, aunque en esta ocasión elegí el negro premeditadamente. Un jersey ancho, unas mallas y unas botas altas de cordones. Recogí mi larga melena en una coleta alta y me retiré el flequillo de la frente delante del espejo. Hacía mucho tiempo que no observaba mi reflejo y me detuve un instante de manera inconsciente. Mi cabello multicolor, entre castaño y ocre, enmarcaba el mismo rostro liso, joven, de piel clara y ojos verdes muy oscuros; sin embargo, mi mirada se había vuelto dura y distante, y mis labios se fruncían en un gesto de soberbia, marcándome aún más los pómulos. Me costaba reconocermelo. Por un acto reflejo, ladeé la cabeza como un lobo que intenta comprender lo que está observando.

Aún me sentía muy segura y fuerte. No sería fácil perder toda la autoestima que había atesorado a lo largo de los años y que se había ido transformando en un callo de indiferencia, pero debía tomar las riendas. Necesitaba un sentido para mi existencia cuanto antes o mi armadura se llenaría de grietas. Tenían que darme una misión.

Descendí hasta la cocina en silencio para no enfrentarme a preguntas molestas por parte de mi estupenda familia, saliendo por la puerta principal, que era menos ruidosa. Mi coche arrancó a la primera y sin muchas quejas, y no encendí los faros hasta encontrarme a cierta distancia de la casa. Para cuando Bárbara comenzase con su ritual amoroso de llamadas al desayuno, yo ya estaría lejos.

Continué por la carretera que rodeaba el pueblo, pasándome de largo el instituto. Pronto amanecería y quería llegar a la cueva cuanto antes.

La cueva era mi refugio, mi verdadero hogar (si de alguna forma hubiera tenido que catalogarlo), y siempre terminaba acudiendo a aquel extravagante hueco entre montañas cuando necesitaba meditar, organizarme o reponerme. La parte más profunda de la gruta no estaba al alcance del ser humano gracias a

una garganta estrecha y empinada, y era mi destino en esos momentos.

Tomé un desvío a la derecha, en desuso y carente de asfalto, que moría próximo a mi destino. A unos seiscientos metros de la carretera principal aparqué el coche entre unos matorrales para dirigirme, ya a pie, al prácticamente invisible acceso. Tuve que retirar matorrales, tumbarme y reptar para poder entrar. Una vez dentro, con un movimiento preciso tomé con mi mano derecha la antorcha que descansaba en el suelo, y le prendí fuego con un mechero que había sustraído del cajón de David. El tierno querubín algún día incendiaría las adoradas cortinas vaporosas de su madre, pero no con ese encendedor.

Una vez iluminado aquel espacio, volví a reparar en lo impresionante de su magnitud y sus formas. Tenía una altura imponente, de más de cincuenta metros, plagado de estalactitas y estalagmitas forradas de cuarzo de varios colores que se iban aclarando según te adentrabas en las entrañas de la montaña, llegando a convertirse en blancas a la altura de la zona más inaccesible. En el centro de la sección más alta, había un cenote, una especie de manantial de agua esmeralda extrañamente iluminado por acción de unas algas fluorescentes que no debían existir en aquel lugar. Pero todo aquello era surrealista y rompía con las leyes de la naturaleza, como mi existencia.

El sentir apego no era una opción, pero en cierto modo inexplicable, aquel lugar me reconfortaba.

Fui encendiendo fuegos a mi paso para iluminar y dar calor a aquella inhóspita nevera, avanzando directamente hacia las profundidades de la cueva. Nadie en su sano juicio habría bajado por aquella garganta oscura y claustrofóbica, nadie que tuviera algo que perder, o miedo, y para ello primero tendría que haberla encontrado.

Me deslicé con avidez por la cuesta vertiginosa para aterrizar unos segundos después sobre una planicie blanca y brillante. ¿De dónde saldría aquella iluminación? No había forma de que un rayo de sol se colara por ninguna parte. Era una sección alvina y parecía que las paredes tuvieran un brillo luminoso propio, resaltando aún más su aspecto cristalino.

Me situé en el centro de la cavidad y la busqué mientras giraba sobre mí

misma.

—¡Madre!

El silencio lo invadía todo.

—¡Madre, por favor! ¡Quiero servirte, debes dejar que te sirva!

Una brisa juguetona acarició mi frente.

—¿Aura? ¿Estás aquí?

—Sssí —silbó en mi oído.

—¿Dónde está mi madre?

—Sssabes que no puedo...

—Por favor, Aura... necesito hablar con ella. No sé cuánto tardaré en desmoronarme.

—Lo ssiento tanto —la brisa se tornó cálida y me envolvió.

—Aura...

—Yo no... tú lo ssabess, Noa...

De pronto el aire se tornó irrespirable, como si hubieran precintado la cueva al vacío, y un olor dulce, almizclado y espeso se propagó delante de mi cara, dejando ante mí una visión borrosa. Poco a poco esa imagen se fue tornando más clara, brillante y soberbia.

Tisífone estaba allí.

—¡Basta, Aura! Puedes irte —su regia imagen y el tono metálico y gélido de su voz, no dejaban lugar a ninguna queja.

La brisa desapareció y sólo quedamos allí, entre los blancos riscos, aquella poderosa y despiadada titán, y yo: su pupila, su hija.

Me tomó por la barbilla con su afilada mano, enterrando su mirada bajo la mía, indagando dentro de mis entrañas. Era tan bella que hacía daño mirarla directamente a la cara. Sus ojos de color violeta te traspasaban el alma

haciéndote comprender que ibas a sufrir por todas tus equivocaciones, removiendo tu conciencia hasta enloquecerte. Así me sentía yo en su presencia al principio, y nunca lo olvidaría; aunque a mí me perdonó. Acabó con mi dolor y me otorgó esta nueva vida de venganza.

—Madre...

—Veo que parte de tu fuerza sigue intacta —me soltó con desprecio.

—¿He hecho algo malo? —sentí su repentina curiosidad.

—¿Crees que es así? —negué con la cabeza lenta pero concienzudamente—. No, hija mía, aún no.

Capté decepción y algo parecido a la tristeza.

—¿Aún? ¿Es que voy a hacer algo malo?

—No estoy segura de que puedas enfrentarte a esto. Me voy a encargar yo.

—No comprendo nada. Crees que te voy a fallar y ni siquiera sé de qué se trata. Sabes que si no lo hago yo perderé mi poder, ¡seré humana de nuevo!

—Hay unas reglas, Noa, y yo las rompí todas contigo. Vi en ti mi furia, y me has hecho sentir orgullosa casi siempre, pero no vamos a consentir errores. El orden lo es todo.

“¡Y no voy a fallar! Déjame intentarlo”

Capté debilidad en ella, algo muy poco frecuente, y aproveché para incidir.

—Voy a hacer lo que me pidas porque creo en lo que hacemos, creo en la venganza, en la justicia, y lo demás no me importa.

Me dio la espalda llena de dudas. Sus sentimientos eran atroces, fuertes, muy puros. Odio, amargura, amor... y sin embargo no me hacían tanto daño como los de las personas. Ladeó la cabeza sin enfrentarse a mí.

—De acuerdo, pero si fallas tendré que intervenir yo, y te dejaré ir para siempre, para que te pudras en tu dolor.

La fuerza regresó a mí de golpe sin dejarme siquiera asumir el alivio. De

nuevo inerte, básicamente insensible. Congelada otra vez.

—¿Qué tengo que hacer?

—Hay un hombre en el lugar en el que estudias que debe morir. Ha incumplido leyes sagradas y será castigado.

—¿Un chico de mi instituto? —asintió—. Creía tenerlos a todos controlados.

—Para todo hay un motivo, Noa. Y al parecer no los controlas a todos, ¿no es cierto?

Era tan evidente que no comprendía cómo no lo había imaginado antes.

—¿Hugo?

Asintió clavándome la mirada. Me estaba indagando.

—Mató a su padre.

Yo no lo había visto, no lo había sentido, pero tampoco ninguna otra cosa en su frío ser.

—Entonces recibirá su castigo —me apresuré a sentenciar.

—Bien. Debes irte, tienes cosas que hacer.

—Adiós, madre.

Tisífone se convirtió de nuevo en una mancha borrosa, y el cuarzo que me rodeaba recuperó su brillo. Enseguida reaccioné y comencé a trepar por el estrecho túnel.

Me había supuesto el mismo esfuerzo subir que bajar, seguramente ayudada a la vuelta por la fortaleza recuperada ante la certeza de poder seguir cumpliendo con mi misión.

Tenía que acabar con Hugo.

Primero lo volvería loco, lo postraría a mis pies hasta que perdiera por completo el albedrío, haciéndome cada vez más fuerte gracias a su falta de voluntad y su necesidad de mí; y finalmente, lo mataría.

CAPÍTULO 5

Al salir observé que el sol, de un rojo intenso, asomaba ya tras los matorrales que ocultaban mi coche.

Debía ponerme en marcha si quería evitar cruzarme con vecinos cotillas del pueblo que pudieran comenzar a preguntarse de dónde vendría yo a aquellas horas mientras ellos se dirigían a sus tediosos trabajos en los pueblos colindantes. Pero era demasiado pronto aún para ir al instituto, así que decidí volver a casa y fingir que no había pasado nada.

Por el camino me permití, durante unos dos minutos, pensar en la misión que

me habían encomendado. Era muy extraño que no fuera capaz de sentir a Hugo, y que casualmente fuera mi próximo objetivo. Nunca me había pasado con nadie, así que a lo mejor no era tan casual, y probablemente tendría mucho que ver con la desconfianza que se había instalado en Tisífone en cuanto a mi capacidad. A lo mejor esta vez no me resultaba tan fácil como en anteriores ocasiones.

Quizá Hugo realmente no sentía nada, había perdido la capacidad después de llevar a cabo tan atroz delito: matar a su padre. Aquella posibilidad puso punto final a mi conato de inseguridad justo cuando aparcababa de nuevo mi coche frente a la casa de mis padres adoptivos. Desde el cubículo minimalista del que era mi medio de transporte, pude oír a Bárbara llamando a mi puerta.

—¡Cariño! Despierta... ¡A desayunar!

En un instante de no más de dos segundos, comprobé mi alrededor y salté hasta la ventana lateral de mi habitación, colándome sin problemas como había hecho tantas otras veces.

Abrí la puerta y salí al pasillo, pasando justamente por delante de la puerta abierta de la habitación de mi hermano mientras Bárbara acariciaba con cuidado, y más bien cierto temor, la espalda de su hijo, procurando despertarlo sin mayores turbaciones.

—¡¡Que no entres en mi habitación, pesada!!

—Es que es la hora... vas a llegar tarde —casi le rogaba.

—¡Que te largues, que iré cuando me apetezca!

Salió compungida de la habitación de su adorable niño para cruzarse conmigo en el pasillo. Alzó su mirada brillante hacia mí y, evidentemente avergonzada, decidió proseguir su camino. No necesitaba la empatía para captar su humillación.

—Buenos días, Bárbara —utilicé el tono más amable de entre mis escasos registros. Era patético. Su falta de dignidad no me resultó extraña.

—Buenos días, cielo. Qué guapa estás.

Me sonreía con algo parecido al orgullo reflejado en su rostro, sólo que rebajado con amargura. Me alegré de nuevo de no poder empatizar con ella porque ese momento habría resultado bastante doloroso para mí.

Bajé las escaleras, dejándola allí plantada y perdida en sus pensamientos, y me senté a la mesa de la cocina frente a Chris, que por las mañanas era todo indiferencia. Yo no me esforzaba demasiado en relacionarme con él; aun así, decidí evitar conflictos.

—Buenos días —susurré con un tono absolutamente falto de emoción.

—¡Hombre! Qué detalle; si hablas y todo.

Por lo visto me había confundido en mi técnica para evitar problemas, o quizá si no le hubiera saludado se habría quejado igualmente. No es que mi poder de seducción no funcionase con Chris, es que no podía arriesgarme a sus efectos. Era un ser débil, egocéntrico, absolutamente predispuesto a la manipulación que yo podía ejercer sobre él, y eso seguramente habría puesto en peligro mi tranquila estancia en aquel lugar, mi tapadera. ¿Mi padre adoptivo jadeando detrás de mí por todas partes? Antes o después tendría que acabar con él y eso no me convenía.

Así que me concentraba en evitar atraerlo y le consentía que no me apreciase en exceso. En su momento les había embelesado para que me adoptasen y ya no podrían echarme de casa. Además, Bárbara me quería. No comprendía por qué, pero ese sentimiento fue creciendo en ella muy rápidamente cuando yo aún utilizaba parte de mis poderes con ellos. Y no era algo que llevase mi firma, aunque en cierto modo, el mérito debía ser mío. Era una mujer extraña y muy débil.

Decidí comer algo rápido y marcharme antes de que la cosa se pusiera muy familiar. Me serví un zumo de piña, que era la única bebida que tenía algún sabor para mí, y me preparé una tostada con mantequilla. Los alimentos ya no me interesaban porque había perdido el sentido del gusto, seguramente a la vez que mi olfato comenzó a captar el hedor de la inmundicia humana como parte del poder de la empatía.

—¡Noa! —Bárbara bajaba los escalones que separaban la planta baja de la casa de los dormitorios—. ¡Ya voy, ya voy! Te preparo un super desayuno

enseguida.

No estaba acostumbrada a verme comer y parecía realmente ilusionada ante la perpetración de esta función vital por mi parte. La cuestión era que el madrugón y el viaje a la cueva me habían abierto el apetito, y necesitaba comer.

—No hace falta, Bárbara. No quiero nada más —me levanté con media tostada en la mano y salí por la puerta.

—Bueno... bien ¡Adiós, cariño!

Se apresuró detrás de mí para despedirme y esperó a que entrase en el coche. Alcé las cejas para acabar con aquel momento, y me sonrió.

—¡Cierra la puñetera puerta que hace frío! —Chris gruñía desde el interior.

Arranqué, metí primera y salí sin mirar atrás.

De todos modos, seguía siendo demasiado pronto para ir a clase, así que al llegar me dirigí a las gradas de la cancha de baloncesto pensando que de ese modo igual me libraba de la compañía de Eric, que, inusualmente, el día anterior había resultado un poco empalagosa. No quería que me hiciera pensar, no deseaba tener conversaciones con él ni con nadie.

Me senté, dejé la bandolera a un lado sobre el carcomido escalón de cemento, y me puse a observar a los estudiantes que poco a poco iban llegando.

“Tina es egocéntrica y no tiene autoestima. Sólo se preocupa por ella y jamás se pone en el lugar de nadie... Habla con Dolores de una forma extraña... ¿tiene celos! Intenta acaparar su amistad para que nadie más pueda inmiscuirse, pero no la quiere, es sólo por... ¿orgullo?”

No eran sencillos todos aquellos sentimientos y a veces me costaba un poco diferenciar algunos estados de ánimo, algunas sensaciones que yo jamás creía haber sentido durante mi existencia humana.

“Dolores no es egoísta, es más bien servil y tímida... pero no quiere a Tina, la rechaza, hace esfuerzos por soportarla”.

Ya eran las ocho menos cinco, así que decidí dejar de torturarme para llegar a tiempo a clase de matemáticas. Allí coincidiría con Hugo y podría comenzar con mis obligaciones.

Tras pasé la puerta del aula y busqué a mi objetivo. Se encontraba sentado de espaldas a la entrada, mirando hacia el pupitre de su novia Nina, charlando animadamente con ella y con Stella. La atención de Nina se centró por completo en mí desde el primer instante, sin embargo, su novio no parecía haber captado mi presencia. Canalicé todo mi poder hacia él, pero lo único que conseguí fue estremecer a su chica.

De pronto, intrigado por lo que apartaba la atención de Nina de su conversación, Hugo se giró hacia mí. Me observó primero contrariado y luego como extasiado. Noté cómo mi cuerpo se revolucionaba repleto de deseo, excitada como nunca antes, ni siquiera a través de la señorita Nordvest, me había sentido. El rubor me invadía y el corazón me latía a doscientos por hora.

Entonces Hugo se volvió de nuevo hacia su novia rompiendo el vínculo sin problemas, para tomarla por el brazo, como si pretendiera retenerla o tranquilizarla. Sin embargo, yo seguía sintiéndome igual.

Rápidamente lo comprendí todo. Era Nina la que había invadido mi sosiego, era su excitación, no la de Hugo. Él ni siquiera se había inmutado, y su única preocupación debía ser contener a su chica por si volvía a enfrentarse a mí como había sucedido el día anterior en los pasillos.

No me lo podía creer. ¿Era inmune también a mi poder de seducción? Algo parecido al miedo comenzó a invadirme. Si no podía usar mis poderes con él, entonces estaba acabada. Tisífone tenía razón, no iba a poder con la misión.

—¿Estás bien?

Eric estaba de pie a mi lado mirándome con cierta preocupación.

—Sí.

—Te has quedado blanca, aún más de lo normal, mirando a esa gentuza.

—No, no... sólo es que... he recordado algo.

De nuevo se pegó a mí mientras avanzaba hacia el fondo del aula. En esa clase no me importaba sentarme al lado de Eric dado que el señor Mobly no sentía absolutamente nada específico por él y, de todos modos, en esos momentos era una de mis menores preocupaciones.

Me senté lentamente, dejando caer el peso de mi cuerpo sobre la silla de golpe en el último momento. No sabía cuál debía ser mi próximo movimiento, pero tenía que pensar.

—... Imagínate.

Mi sombra hablaba conmigo, otra vez, rompiendo nuestras reglas tácitas, aunque yo no le prestaba atención.

—¿Qué? —pregunté mostrando exasperación. No estaba para tonterías.

—No, nada, sólo decía que te imagines el suplicio de ser la pareja de alguno de esos cabezas huecas.

—Ah, ya...

—Sólo pensar lo que sería intentar ligar con ellos me parece agotador. Son tan simples.

—¿Cómo? —me volví hacia él intrigada y casi se asustó por mi brusquedad.

—¿Que cómo qué? —estaba claramente sorprendido por mi interés.

—¿Que a qué te refieres? ¿Ligar con ellos? ¿Tú sabrías cómo?

Se quedó asombrado y una gran risotada salió de su boca abierta.

—¿Qué pasa, Noa? ¿Te gusta Hugo? —capté también cierta preocupación en él.

—No, para nada. Solamente estoy intrigada. Me gustaría saber cómo se debería comportar alguien para gustar a ese... tipo de gente.

—Pues creo que lo difícil es acceder a gente “menos normal”, como nosotros; pero a ellos... ¿a ellos? —seguía divirtiéndose a costa mía.

—¿Crees que sería fácil? —pensé que convertirlo en una especie de juego podía facilitar que Eric quisiera ayudarme.

—Pues no lo sé... sólo era una broma, una forma de hablar. Es que me ha salido del alma, sin pensarlo. Pero bueno... veo que te pones seria, así que sí, creo que no debe ser difícil.

El señor Mobly sacudió la cabeza mirando hacia nosotros a modo de reprobación silenciosa. No podíamos seguir hablando del tema, tendría que esperar al menos a que acabase la clase.

Y es que yo no tenía ni idea de cómo cautivar a una persona si no funcionaba mi poder de seducción. Nunca lo había hecho conscientemente, y por mucho que yo atrajese a todo tipo de seres indeseables antes y después de mi “cambio de vida”, jamás lo había procurado intencionadamente. Seguramente Eric no sabía mucho más que yo al respecto, pero aunque sólo fuera por el efecto demoleador que provocaba sobre la profesora de religión, merecía la pena intentarlo.

Esta vez fui yo la que salió tras Eric al sonar el timbre. Estaba sorprendido y extrañamente alegre, no en exceso, pero claramente algo en él había cambiado sutilmente desde el día anterior.

—Bueno, entonces, ¿qué habría que hacer?

—¿Sigues con eso? —sonreía—. Bueno, supongo que entrenar para conseguir el encefalograma plano... y cambiar tu... aspecto alegre por otro algo más frívolo.

—Mi aspecto.

—Vale, Noa, ¿tú te has mirado?

Me paré para observarme frente al cristal de una ventana.

—¿Qué pasa? ¿Qué tengo de malo?

—¿De malo? Hay algo en ti peligroso, eres hierática. Das miedo a casi todo el

instituto y no creo que nadie, aparte de mí, se atreva a dirigirte la palabra por diversión.

—Pues qué bien.

Sabía que tenía el aspecto que había buscado tener: inaccesible, cerrada, fría, pero nunca nadie me lo había escupido a la cara tan claramente. Capté en él cierta preocupación, un sentimiento poco habitual en la gente que me rodeaba.

—Ellos se lo pierden, Noa. Eres diferente y eso es estupendo. Y si te propusieras ligarte a cualquiera de esos —señaló al equipo de baloncesto que jugaba a empujarse en el pasillo—, no tendrías ningún problema.

—En mi época era más fácil, bastaba con tener poca cintura, un escote generoso y la boca cerrada cuando era necesario.

—¿En tu época? —enarcó una ceja—, ¿los noventa?

—Hace mucho tiempo, demasiado.

Eric volvió a su papel de sombra pegajosa mientras yo me dirigía hacia la sufridísima clase de religión. Normalmente entraba yo detrás de él para elegir un sitio alejado, pero en esta ocasión mi mente estaba ocupada con cavilaciones importantes, maquinando, y seguí caminando por inercia.

—Entonces, qué, ¿vas a intentar ligarte a algún bicho?

Decidí sincerarme un poco con Eric. Quizá necesitaría su ayuda y romper un poco con mi imagen inquebrantablemente gélida no iba a ser un mal comparable al de no conseguir llevarme a Hugo a mi terreno.

—Es que... me interesa un poco... Hugo —no era mentira.

—¿Hugo?

—Tsss —aplaqué su sorpresa agitando mis manos ante su cara—, que te van a oír.

—¿Es que no puede ser! ¿Hugo? ¿El novio de la bruja Nina?

Nos sentamos juntos al fondo de la clase y crucé los brazos mirando hacia el frente, mostrándole un ficticio fastidio por su forma de tomarse el asunto.

—A lo mejor deberíamos volver a nuestra relación de siempre. Quizá esto de hablarnos no funcione.

Sentí su agobio.

—No, no, me gusta así, prefiero así. Yo ahora necesito... verás... Bueno, da igual, te gusta Hugo y quieres llevártelo al lado oscuro.

Asentí lentamente.

—Algo así.

Jamás pensé que Eric querría ese tipo de “amistad”, una en la que charlar, cotillear y confesarse amoríos. Nunca lo sentí así, aunque al parecer mis poderes me estaban jugando malas pasadas. O quizá algo había cambiado de verdad en él.

—Bueno, yo te ayudaré —parecía complacido ante la perspectiva.

¿Realmente había podido captar en los últimos minutos generosidad y sincera alegría por parte de un ser humano? Se había preocupado por mí y le satisfacía poder ayudarme. Menudo descubrimiento, era algo nuevo para mí, y aunque no iba a cambiar nada en mi situación, me había procurado una sensación física placentera.

—A ti te pasa algo, Eric —no pude evitarlo, necesitaba saber si algo había cambiado en él o si mi empatía también flaqueaba.

—Bueno, ni sí ni no. No estoy seguro de lo que está sucediendo en mi casa, pero las cosas están cambiando.

Así que era eso. Su hogar, seguramente su familia, debía ser su gran preocupación, ese dolor que había podido captar en él día tras día, ese vacío... Y ahora algo era diferente.

—¿No estás seguro...? —me giré hacia él y apoyé mi mano en el respaldo de su silla.

De pronto todo se volvió intenso. El calor, el aire irrespirable. La señorita Nordovest había llegado. El corazón se me salía por la boca y respirar sin gemir se hacía una tarea imposible. Aquella mujer estaba como una cabra.

Por primera vez, Eric había centrado su atención en ella y parecía interesado, realmente atento. Alejé la mano del respaldo de su silla procurando así evitar acabar encaramada a él, posándola sobre mi rodilla, enredando los dedos en el algodón oscuro de mis mallas, concentrándome en las palabras que salían de la boca de aquella excesivamente apasionada profesora.

—... Así que no es de extrañar que Jesús aceptara a todo el mundo que estuviese dispuesto a seguir el buen camino, ¿no?, independientemente de su procedencia, profesión... o lo que fuera...

A ella le costaba tanto concentrarse como a mí. Me estaba volviendo loca por tomar a Eric entre mis brazos y besar aquellos perfectos labios, a pesar de mi absoluto asco hacia el contacto humano, sobre todo el masculino. Otra cosa distinta era que yo utilizara mi cuerpo para realizar una misión, ya que de ese modo era un arma, no la piel que contenía mi gélida alma.

Eric se sentía intrigado y sus sentimientos se estaban mezclando con los de ella en un tejido extraño.

—... ¿Y si lo que hacemos... o simplemente pensamos, va en contra de las normas? ¿Y si añoramos lo que no deberíamos querer? ¿Y si deseamos y amamos de forma incorrecta?...

Tristeza.

¿Se estaba sosegando? La profesora hablaba para todos, pero se estaba declarando a Eric. Sentí un inmenso cariño hacia mi compañero, y una pena muy arraigada, muy asumida. Seguía excitada, pero de una forma mucho menos impúdica de lo habitual. Sus miradas se habían encontrado y todo parecía mucho más tranquilo.

—... ¿Seguiría Dios queriéndonos? ¿Nos mereceríamos el perdón y la aceptación de los demás, de nuestros seres queridos?...

Aquella mujer no estaba enferma... estaba enamorada. Completamente loca por mi compañero. Quise abrazarlo, acariciar su rostro y besar su frente, sus mejillas. ¿Dónde estaban el calor intenso y los temblores? Me sentía mucho mejor, aunque me costó soportar tal malgama de sensaciones, para mí también bastante desconocidas.

Transcurrió la clase como en una especie de nebulosa en la que yo me aferraba a engancharme a las enseñanzas de la señorita Nordovest, dispuesta a rehacerme católica si hacía falta, a cambio de ser capaz de desconectar de sus sentimientos. Por fin la clase llegó a su fin y salí disparada hacia las gradas. Necesitaba tomar el aire y alejarme de ella.

Eric no me seguía.

CAPÍTULO 6

Habían pasado unos diez minutos del descanso cuando la única persona que por lo visto se atrevía a dirigirme la palabra, apareció a mi lado.

No dije nada, ni le miré; preferí continuar sumida en mis planes.

—¿No me preguntas dónde estaba?

Giré la cabeza para poder observar su sonrisa a estrenar. Parecía algo ruborizado y percibí cierta emoción en él.

—¿En el baño? —quise restarle importancia.

—No. Me he quedado para intentar hablar un poco con la señorita Nordovest, pero creo que no tienes razón... ni me ha mirado a los ojos.

—Claro, y ese es un síntoma absoluto de que pasa de ti.

Sonrió.

—Pues creo que algo sí le pasa conmigo, pero no sé si...

—Oye, creo que tampoco debemos pasarnos, ¿no? Me va a dar un colapso con tantos cambios y nuevas emociones. Parecemos dos alcahuetas y ya sólo me falta verte remolonear.

Nos quedamos unos instantes en silencio, hasta que él decidió romperlo.

—Me siento raro, Noa, un poco optimista, y esa sensación yo no recuerdo haberla tenido nunca.

—Te noto distinto —no quería una amistad con nadie, era completamente incapaz, y las cosas tal y como estaban, estaban bien. Pero iba a necesitar seguramente su ayuda y si tenía que esforzarme en parecer atenta y comprender su situación, lo haría. Al fin y al cabo, ¿no era esa la esencia de la empatía?

Iba a confesarme algo importante. Capté inseguridad.

—En mi familia hay un... un ser deplorable. Una mala persona que nos ha arruinado la existencia... mi hermano. Nos maltrataba a mi madre y a mí. Mi padre sufría del corazón, estaba débil y casi no se enteraba de nada; procurábamos que no se alterase. Hasta que mi madre se quedó embarazada. Íbamos a tener un hermanito que vendría al mundo para sufrir los martirios continuos de ese monstruo, así que un día ella se defendió y yo también intervine, con la mala suerte de que de un mal golpe perdió el bebé.

Estaba realmente triste y enfurecido mientras me contaba su historia.

—... No pude hacer nada, Noa, pero nunca he dejado de sentirme culpable.

—Lo entiendo.

—Mi padre no pudo con ello, murió poco después de un infarto. Sin embargo... lleva tres días sin aparecer por casa. Mi hermano nunca había faltado a la hora de la cena y ahora parece que la tierra se lo ha tragado.

Así que su alivio se debía a eso. Se sentía esperanzado ante la perspectiva de

una vida mejor, sin abusos, sin maltratos. Lo comprendía.

—¿Y nadie ha hecho nada? Quiero decir, ¿lo sabe la policía?

—Nosotros, desde luego, no hemos avisado. Es mayorcito y que no aparezca por casa es su problema. Pero Noa, de verdad que para nosotros es que le ha pasado algo muy gordo, no sé cómo explicarlo, pero mi madre también lo siente así.

—Ya.

Los ojos le brillaban; sentía alivio y a la vez algo de vergüenza.

—Nunca te había hablado de ello, pero es porque... ya sabes.

—Sí, nuestra amistad no es de ese tipo, y yo soy hierática y... ¿peligrosa?

Le hice reír. Simplemente quería acabar con el tema y que nos centrásemos en mis planes, pero al parecer mi respuesta contribuyó a que se encontrase mejor.

—Bueno, ¿y qué pasa contigo, Noa? ¿Tienes vida fuera de este lugar?

Si quería ganármelo debía ser cautelosa. No podía de pronto ser la chica más dicharachera del mundo, pero tampoco debía cerrarme en banda, así que por mucho que me fastidiara...

—Bueno, mis padres murieron cuando era pequeña y he pasado casi toda mi vida en hogares de acogida. Hasta que me adoptaron los Tessani, Bárbara y Chris.

—Eso, más o menos, ya lo sabía. Esto es un pueblo, recuerda. Me refiero a por qué te encierras, por qué en dos años sólo te has movido conmigo en silencio por todas partes. ¿Una vida dura?

—¿Dura? —ni se lo podía imaginar—. Es que no tenía nada que decir. No soy “la alegría de la huerta” y tampoco necesito a nadie.

—Ya. ¿Y te llevas bien con tu nueva familia?

Lo miré extrañada. No comprendía por qué le interesaba todo aquello.

—Pues con Bárbara, bueno, pero con Chris y el engendro, David... son

deplorables.

—Bueno, al menos no te maltratan, ¿no? —no era simple interés, sino sincera preocupación.

Negué con la cabeza. Jamás sabría lo mucho que, al parecer, teníamos en común.

—No, tranquilo. Sin demasiado amor ni demasiado odio... sólo mucha indiferencia.

—Ya comprendo —en su respuesta no había compasión ni lástima, simplemente empatía y un poco de envidia—. ¿Y no tenías más familia natural? Ni tíos, o abuelos... ¿algún hermano?

No podría soportar mucho más aquel interrogatorio. No quería recordar más de lo necesario de mi otra vida.

—No... qué va. Estaba yo sola, nadie más... Bueno, quizá no esté sola para siempre si soy capaz...

—Ya... Hugo. ¿Quieres salir con él? ¿Ser su novia?

La última pregunta salió de su boca a trompicones. Yo debía parecerle absolutamente estúpida en aquellos momentos a juzgar por su incredulidad.

—Ya sé que parece incongruente, que no tiene sentido, pero no he podido evitarlo. ¿Sabes qué creo? —se me ocurrió de pronto—, que simplemente estoy encaprichada, que alguna historia química no funciona bien en mí, y que en cuanto consiguiera salir con él se me pasaría la tontería. ¡Quiero quitarme a ese lerdo de la cabeza! Y si esa es la forma... Ayúdame, por favor.

Me sonrió inclinando la cabeza.

—¿Y cómo te puedo ayudar yo? Inadaptado, trastornado y sin ninguna mujer cerca aparte de la otra marginada del instituto. ¿No te dice eso nada?

—La señorita Nordovest se muere por ti, y no me creo que no lo veas.

Un latigazo de nerviosismo recorrió mi espalda. No me dolió. Pero comprendí que estaba ruborizada. Maldita empatía.

—¿Pero de dónde sacas eso?... ¿Estás bien?

—Sí, si... tranquilo, es que me he sofocado un poco. Es muy evidente, Eric. Esa mujer te devora con la mirada.

—¿En serio? —era sincero conmigo, dudaba.

Yo quería infundirle seguridad, un poco de ese arrojo que atesoran algunos hombres, ese que los lleva a tirarse a la piscina con mujeres que jamás estarán a su alcance.

—¿Me vas a ayudar, Eric?

—Lo intentaré.

Nos alejamos de las gradas como siempre, Erinia y sombra, sin decir ya nada más, sin nada más de qué hablar.

CAPÍTULO 7

Llegué a casa a las nueve menos cuarto.

No me había dado tiempo a cenar nada y Eric llegaría a las nueve y media. Estaba muerta de hambre después de pasarme toda la tarde entrenando.

Normalmente, salía del instituto a las tres y el resto del día, cuando no estaba con alguno de mis objetivos, lo dedicaba a perfeccionar mis métodos de lucha, a adquirir fuerza y precisión. Había encontrado un lugar en el bosque, cerca de mi cueva, que me servía a la perfección gracias a la dificultad de acceso procurada por unos escollos picudos. A mí no me suponían un gran problema y me concedían una intimidad necesaria para evitar a los mirones.

—Hola, cariño, ¿quieres cenar algo?

—No, Bárbara, como siempre, ya he cenado por ahí.

—Vale. Si necesitas algo me lo pides.

Continué hacia mi habitación sin prestarle más atención. De pronto comprendí que les iba a resultar muy extraño a todos que un chico viniera a casa a visitarme. Incluso Bárbara se podía asustar al ver a Eric llamando a la puerta con su peculiar aspecto.

—¡Ah! Bárbara, va a venir un amigo mío.

—¿Un amigo? ¿A casa? —parecía sorprendida y a la vez emocionada.

—Sí, pero no te preocupes, no molestaremos. Le subiré directamente a mi habitación.

—Oh, ah, vale, ¿a tu habitación? ¿Los dos juntos?... Vale, bueno.

Sin darle más opciones a rechistar, por si decidía hacer uso de su papel de madre preocupada por la integridad moral de su hija, entré en mi cuarto dando un portazo a mi paso.

En otra época hubiera sido impensable que un hombre se acercase siquiera a mis aposentos sin pertenecer a mi familia. Había que mantener la castidad intacta, y sobre todo guardar las apariencias. Al recordarlo, en ese momento, me resultó irónicamente absurdo.

Si las cosas fueran de otro modo, me habría preocupado por arreglarme un poco, dejar presentable la habitación y, ante todo, organizarme para que su estancia fuese agradable. Pero las cosas no eran de otro modo, así que se tendría que conformar. La verdad era que, conociendo a Eric, todo eso seguramente le daría igual.

Me eché un rato sobre la cama. Utilizaría los escasos minutos que me quedaban de soledad para organizar un poco mis planes. Mientras entrenaba había intentado imaginar-me mis opciones, crear posibles escenarios en mi mente en los que mi simple presencia haría que Hugo se volviera loco por mí al instante. Pero nada de eso iba a funcionar; no estaba bajo mi influjo y tendría que hacer algo más que plantarme delante de él para conseguir seducirle. Pero, ¿cómo se hacía eso? ¿Cómo lo hacían las mujeres en el siglo veintiuno para enloquecer de amor a los hombres? Había visto a muchas chicas en acción, pero yo no comprendía nada de todo aquello, y por supuesto en mi anterior vida no había tenido que actuar con tales fines jamás. Una dama de mi posición simplemente esperaba, sonreía, callaba, e insinuaba como mucho; y todo para casarse bien, nada más, jamás buscando el amor eterno.

Claro que lo había visto en raras ocasiones, había conocido parejas enamoradas, envenenadas por ese desequilibrio químico tan peligroso; pero a mí nunca me había sucedido.

El timbre de la puerta principal sonó a las nueve y veinticinco, aunque yo ya había captado la curiosidad de Eric unos instantes antes.

Bajé a toda prisa por las escaleras. Debía evitar el interrogatorio lógico de la situación.

—Mira, Noa, ha llegado tu amigo...

—Eric, señora Tessani.

—Eric, llámame Bárbara, por favor —le sonreía de una manera agradable y aparentemente sincera. En aquel momento me molestó un poco no poder saber qué sentía en realidad mi supuesta madre. Aparté rápidamente ese pensamiento estúpido de mi mente. ¿Qué importaba eso para mi misión?

—Sí, muy bien, los dos estáis encantados —tiré de la manga del jersey negro de mi compañero, conduciéndolo directamente a mi dormitorio.

Subió un poco a trompicones y nada más entrar en mi cuarto se quedó paralizado, como un pasmarote, junto a la puerta.

—Anda, cierra de una vez, y ven aquí, acabemos cuanto antes.

—Pero, ¿qué es lo que quieres hacer?

Tenía miedo y estaba muy nervioso. Me estaba poniendo mala.

—Yo qué sé, nada malo, no sé, no te preocupes que me estás poniendo cardíaca.

Se sentó a mi lado en la cama y respiró hondo dos veces.

—¿Y tus pinchos? —observé de pronto.

—Donde siempre —se señaló las cejas y la barbilla.

—Te faltan unos cuantos... ¿pulseras? ¿Gargantillas?

—Creía que no me mirabas.

—No miro a nadie, pero no estoy ciega tampoco.

—¿No miras a nadie? ¿Y cómo ha sido lo de Hugo? ¿Por ondas eléctricas? —se rio de mí. No me molestó, su intención no era mala y formaba parte de aquella pantomima.

—Ya me entiendes... has aligerado algo de peso.

—Vale, Noa, me he dejado algunas cosas en casa. Son un poco incómodas, si

te digo la verdad —me mentía.

—Ya, nada que ver con mi familia, ¿no?

—Sabes que no me importa lo que piensen de mí, pero tampoco quiero que tus padres se preocupen por ti por mi culpa. No me costaba nada no llevar la chatarra.

Era la verdad, no me mentía. Sorprendentemente extraño.

—Bueno... ¿y por dónde empezamos? —me impacienté.

Me miró de arriba abajo. No decía nada y la espera me estaba molestando un poco. Arqueé las cejas.

—Vale, vale. Tu ropa.

—Mi ropa, ¿demasiado lúgubre? —era algo premeditado y no me sorprendió. Evitaba al máximo ser femenina; no lo había necesitado.

—¿Lúgubre? Pero si vestimos los dos iguales. ¿No has visto a las chicas que rodean a Hugo? Nina es una pija y va como una *Barbie*, y Stella y Tina parecen las *Spice Girls*. No hay mucho que pensar. ¿Tienes algo un poco más... sugerente?

—Sugerente... ¿un vestido, por ejemplo? —abrí la puerta del armario y saqué un vestido largo negro.

—Bueno, no es eso exactamente. Te tapa desde el cuello hasta los pies. No creo que...

—¡Podemos arreglarlo! Tengo tijeras. Ayúdame.

Me solté los cordones de las botas para poder sacarlas y las lancé a los pies de la cama. Me bajé las mallas a toda prisa y tiré de ellas hasta casi perder el equilibrio, y de un solo movimiento me desprendí del cada vez más angustioso jersey.

Una corriente eléctrica sacudió mi cuerpo.

Eric me miraba atónito desde el borde de mi cama.

—¿Qué pasa? ¿Qué miras así? —retiró la mirada.

No utilizaba mi poder de seducción con él, hubiera sido contraproducente, y ahora que necesitaba su ayuda me convenía aún menos; así que no venía a cuento aquel gesto atontado y todos esos calambres.

—Perdóname, me has cogido desprevenido. No me esperaba que fueras... así.

—¿Así? ¿No soy normal?

—Ya te digo yo que no.

—Vale, lo que faltaba, no soy normal. Anda, ayúdame con el vestido.

Se levantó lentamente. No sabía a dónde mirar y estaba un poco asustado. Me puse el vestido por la cabeza y dejé que resbalase hasta topar con el suelo. Eric se tranquilizó un poco.

—Yo lo dejaría por encima de las rodillas —asentí y comenzó a rodearme cortando con las tijeras.

Al terminar se alejó y me hizo un gesto para que girase.

—¿Así está bien?

—Creo que sí, aunque... ¿puedo?

Asentí de nuevo; se acercó y cortó mi escote, con sumo cuidado, de hombro a hombro.

—Mucho mejor. Ahora estás... genial.

Me acerqué al espejo en desuso de la puerta del armario para observar el resultado. El vestido negro de algodón se ceñía bastante, pero sólo hasta la cadera, y ahora terminaba a mitad de muslo, dejando a la vista la mayor parte de mis piernas. La parte superior, la encargada de cubrirme el busto, seguía cerrada y muy pegada a mi piel, pero el escote mostraba mis hombros sin reparo. Había quedado bonito.

—Está mejor, ¿no? —dudé mientras Eric sonreía asintiendo—. ¿Te estás divirtiendo mucho con esto?

—No lo dudes.

—¿Y ahora qué?

—Zapatos, medias... supongo.

—¿Las botas? —señalé las que me acababa de quitar.

— ¿No tienes algo más... de chica?

—No creo, aunque a lo mejor tiene algo Bárbara. Tenemos la misma talla.

Salí al pasillo y me asomé por la barandilla alzando bastante la voz.

—¡Bárbara! ¡¿Puedo cogerte prestados unos zapatos?!

No hubo respuesta. Cuando me disponía a bajar para buscarla, apareció en el *hall*. Estaba frotando un plato con un trapo blanco. Me miraba entre incrédula y atónita.

—¿Unos zapatos? ¿Míos? ¿Me hablabas a mí?

—Sí, Bárbara... ¿me los dejas?

—¡Claro, cariño! ¡Los que quieras! ¿Cuáles te gustan?

—No sé, ya veré.

—¿Te ayudo a elegir?

Preguntó con mucha cautela. No me gustaba que me “respetara” como a su hijo David, con miedo a que la hiriese, aunque era lógico que al final mi indiferencia causara el mismo efecto que la estupidez egocéntrica de mi hermanito. No era relevante, pero quizá un punto de vista femenino me fuera de provecho.

—Vale, te espero en tu habitación.

Oí unos pasos ruidosos y acelerados aproximándose a mí por el pasillo. Bárbara parecía ansiosa. Eric esperaba sentado sobre mi cama.

Dejé que fuera ella la que abriese su zapatero y me ofreciera algo adecuado.

—Vamos a ver ¿para qué son, cariño? ¿Para ese vestido? —se agachó por detrás de su cama y recogió unas botas del suelo—. Nunca te lo había visto.

—Ya, me lo ha regalado Eric.

Se aproximó a mí ceremoniosamente con las botas erguidas sobre la palma de su mano izquierda mientras sujetaba las cañas con la derecha. Me sonrió.

—Estas botas me encantan y son modernas. Demasiado juveniles para mí, según tu padre.

Eran de piel color marrón y tenían un tacón mediano. No eran ajustadas, sino más bien holgadas e informales. Me parecieron adecuadas, pero claro, mi gusto en ropa era un tanto discutible.

Me las probé bajo la mirada maternal de Bárbara, que se había sentado al borde de la cama que compartía con Chris.

—Te quedan estupendas. ¿Estás cómoda?

—Sí, creo que sí.

—Aunque te falta algo... —abrió un cajón de su cómoda y me tendió unas medias largas de lana de color burdeos.

—¿Medias rojas? —en otros tiempos era el color que usaban las rameras.

—Es un rojo oscuro. Prueba. Vestido negro, botas marrones... en rojo te quedarán estupendas.

—Vale, gracias —me dispuse a salir de la habitación con sus cosas entre mis manos.

—Pero pruébatelo aquí. No querrás desnudarte delante de tu amigo, ¿no?

Decidí no protestar. Al fin y al cabo, intentaba ayudar. Me puse las medias y las botas frente al espejo de cuerpo entero. Bárbara apareció por detrás de mi inusualmente femenina imagen con los ojos brillantes y una amplia sonrisa dibujada sobre su absurda máscara de tristeza crónica.

—Estás preciosa.

—Gracias. Tengo que irme, ¿vale?

—Sí, sí, claro, tu amigo te espera.

Salí a toda prisa, huyendo de más escenas melodramáticas, y me adentré de nuevo en mi habitación. Me quedé en la entrada esperando a que Eric opinase.

Se acercó a mí lentamente, cerró la puerta y sonrió. Estaba impresionado. Acercó sus dedos a mi cara y me aparté de un salto.

—¡No!

—No te voy a hacer nada malo.

No había un atisbo de maldad en su ser, al menos en aquel preciso instante, así que le dejé continuar. Al fin y al cabo, por culpa de aquella misión tendría que dejar que me tocaran en total ausencia de mis poderes, sin su protección, y tendría que acostumbrarme.

Posó sus dedos sobre mi barbilla suavemente. Sentí su electricidad, el placer que le provocaba. No había nada insano. Con la otra mano tiró de la goma de mi coleta y me soltó el pelo.

—Ahora, perfecta.

—¿Servirá? No pienso maquillarme.

—No lo necesitas. Tienes unos ojos increíbles... y tus labios...

—Vale, mejor. No me gustan los polvos de arroz y esas cosas.

—¿Polvos de arroz? ¿Eso no era lo que usaba María Antonieta?

—Ya me entiendes. ¿Y ahora qué?

—No sé, ya estás estupenda.

—Ya, pero tendré que... seducirlo de alguna forma, ¿no? Mi carácter... sé que no lo tengo fácil.

—Con la pinta que llevas tu carácter le va a dar igual. Se le caerá la baba.

—¿Y entonces querrá tocarme?

—Ya, tocarte, y tú saltarás angustiada. Eso depende de ti, Noa. No sé qué puedo hacer yo.

Necesitaba que me ayudara. Tenía que acostumbrarme a la cercanía, al roce de un ser humano; peor, al de un hombre. La repugnancia que me podría provocar no era una excusa para destrozar mi plan. Me senté en la cama.

—Ven.

Negó con la cabeza.

Yo asentí y se acercó, muy asustado y nervioso de nuevo.

Posé mi mano sobre su rodilla. Tembló, aunque también se relajó un poco. Pero yo estaba tocando sólo la tela vaquera, no su piel, así que debíamos avanzar. Levanté la mano extendida hacia él; Eric alzó suspirando su mano izquierda, y acercó su palma a la mía. A dos centímetros ya podía sentir el intenso calor que despedía. El traqueteo de su acelerado corazón retumbaba en las paredes de la habitación. Yo no iba a poder soportarlo, no así, no sin comprender todo lo que él estaba sintiendo y me estaba transmitiendo. Aquel miedo desenfrenado no era de él, sino mío.

Tuve que retirar la mano.

—¿Qué te ha pasado, Noa? ¿Quién te ha hecho daño?

—Nadie —reliqué bastante azorada.

—No eres capaz ni de rozar mi mano. No te haré nada malo.

—Ya lo sé... es que... no me gusta que me toquen —reliqué indignada por su condescendencia.

Qué debilidad tan humana, pensé. Si no soy capaz de sentir, ¿por qué sí puedo repudiar el contacto humano? No debía tolerar aquella situación, no me iba a vencer. Esos sentimientos estaban despertando otros enterrados hacía décadas: ¿Indignación? ¿Miedo? ¿Angustia? Debía cumplir aquella misión si quería que todo desapareciera de nuevo.

Como si una repentina voluntad brutal me hubiera poseído, tomé a Eric por la nuca y me lancé de golpe contra sus labios. Al principio se retiró un poco,

seguramente dolorido por el golpe, pero enseguida abandonó su conato de resistencia. Me quedé petrificada. Estaba inclinada sobre él con mi boca pegada a la suya, y era incapaz de hacer otra cosa que no fuera respirar, y no sin gran dificultad. Mis ojos se estaban humedeciendo...

¿Lágrimas?

Aquello era intolerable. Mis sentimientos se superponían sobre los de Eric y la empatía no me ayudaba, sino todo lo contrario.

No habían pasado ni cuatro eternos segundos cuando mi compañero se zafó ligeramente de la fuerte presión que ejercía sobre él mi agarrotamiento. Suavizó sus labios y acarició los míos. No podía moverme, pero poco a poco el miedo fue desapareciendo, me estaba relajando. Dejé que prosiguiera y sorprendentemente comprendí que no se estaba enfadando por mi falta de respuesta. Era distinto, no quería dañarme, y presentí que tampoco me heriría “sin querer”. No era insoportable y por un instante me dejé llevar. Liberé mi boca de su rigor y respondí a su beso. Me aproximé despacio, pegándome más a él, hasta que las leyes físicas se convirtieron en una barrera; entonces rodeé con mis piernas su cintura como si un imán muy potente ejerciese su poderosa fuerza sobre mí. Un golpe de calor sofocó todo mi cuerpo. Eric estaba cardíaco, excitado y plenamente absorto en mis movimientos; súbitamente, y sin poder contenerse más, me tomó por las caderas y presionó mi cuerpo contra el suyo. Ya no era capaz de discernir entre sus sensaciones y las mías, pero de nuevo el miedo se apoderó de mí y sospeché que no era sólo cosa mía.

Salté hacia atrás golpeándome contra la mesilla. Aquello había ido demasiado lejos.

—¿Estás bien? —se abalanzó sobre mí muy preocupado.

—Sí, claro, tranquilo —procuré parecer natural y distante.

Nada había cambiado tanto como para no seguir asumiendo mi papel. Sencillamente ahora me ayudaban a conseguir a un hombre del que supuestamente estaba enamorada, y simplemente yo debía matar a ese hombre para que todo volviera a ser como siempre.

Cada vez comprendía mejor por qué Tisífone dudaba de mí. Era una misión

complicada si mis poderes no servían con Hugo. Quizá demasiado.

—Noa, no... no creo que haya que llegar tan lejos... así... de golpe —estaba desenchajado y escaso de aliento—, no te preocupes. Déjate llevar... y si algo se precipita yo... yo me encargaré de solucionarlo.

Hablaba muy en serio, pero dentro de él estaba teniendo lugar una lucha frenética por ordenarlo todo. Yo no conseguía comprender todo aquello.

—Ni siquiera sé si se va a fijar en mí.

—Tendrás que acercarte a él y hablarle.

—¿De qué?

—Yo qué sé... ¿de baloncesto? ¿De coches? ¿Motos?

—No sé de nada de eso.

—Ni yo. Ya se te ocurrirá algo, seguro. Se tú misma.

—Sí, como ha funcionado tan bien hasta ahora...

—Bueno, tú misma, pero hablando, y a lo mejor sonriendo de vez en cuando —se jactó.

CAPÍTULO 8

A las once ya estaban todos acostados, aunque Bárbara mantenía la luz de su habitación encendida. Seguramente fingía leer mientras se mortificaba por no atreverse a poner fin a mi indecorosa cita con Eric. Un hombre a aquellas horas de la noche en mi habitación.

—Tengo que comer —le anuncié a mi compañero mientras le guiaba escaleras abajo hacia la cocina.

Le había pedido que se quedara conmigo, que me hiciera compañía. Nada más lejos de la realidad, ya me sobraba hacía rato, pero necesitaba acostumbrarme a ser observada por un hombre. Responder a sus preguntas y charlar sobre banalidades era un engorro, pero no me quedaba otra opción, y mejor entrenar con Eric. De todos modos, poco hablamos. Me pidió que le explicara cómo y cuándo supe lo que sentía por Hugo, y había tenido que inventarme una sarta de mentiras sobre encuentros de miradas casuales. La “rencilla” con Nina en el pasillo el día anterior reforzaba aún más mi cuento. También estaba interesado en hablar de la señorita Nordovest conmigo, en saber más de su “supuesta atracción” por él. Yo no tenía nada más que decirle y él no se atrevía a indagar en mayor profundidad.

—A mí también se me ha olvidado cenar —me respondió observando con envidia cómo me comía un sándwich de jamón y queso.

—Puedes comer si quieres —le tendí la bolsa del pan.

Se preparó un bocadillo de queso que luego engulló en silencio.

—¿Te das cuenta de que hemos cenado casi juntos? —me preguntó extrañado
—. Ha sido un día muy raro.

—No ha sido una cita. Para mí esto es calmar el hambre, no un acto social.

—Vale. Pues este “no acto social” de queso está riquísimo.

—No sé, si tú lo dices. A mí no me sabe a nada.

—¿No? Es bastante fuerte.

—No tengo sentido del gusto —solté sin más, sin darle importancia a lo extraño de la declaración.

—Eso ya lo he notado cuando me has contado lo de Hugo —bromeaba a mi costa; demasiada confianza, pensé—. Vale, perdona. ¿No te sabe la comida a nada?

—Ni las bebidas. Como y bebo porque es necesario.

—¿Y eso es desde siempre?

—Sí... claro —mentí.

Comer nunca me había entusiasmado, pero echaba de menos los sabores agradables: las fresas, el queso, el pan... Aunque era un mal menor si el precio era la humanización.

—Vaya, qué extraño. Yo... no sé, desde lo de mi hermano creo que tengo más apetito. Ojalá no aparezca nunca.

No me resultaba desconocida la sensación, ni la de no comer por la angustia ni la de desear que alguien desaparezca para siempre.

—Vete ya, tengo que dormir.

—Vale.

No estaba enfadado, ni ofendido, pero sí algo contrariado.

—Buenas noches, Eric.

Salió por la puerta de la cocina y emprendió a pie el oscuro camino que

separaba nuestras casas.

Me acosté cinco minutos después, y por primera vez en décadas, no me dormí inmediatamente. Pude oír cómo Bárbara apagaba la luz escasa de la lamparilla de su mesilla, seguramente ya aliviada y tranquila por la marcha del hombre de mi habitación. Preferí darle unas cuantas vueltas a la cabeza, recapacitar sobre lo que había sucedido aquella noche, sobre el contacto que había mantenido con Eric. Al principio había resultado terrible, insoportable, pero en pocos instantes se había tornado más aceptable y mucho menos doloroso. Claro que podía deberse a que mi compañero no parecía albergar una pizca de maldad ni mala intención en su interior; pero, ¿y si Hugo era una mala persona a todos los niveles? Había matado a su padre y por eso merecía nuestro castigo, así que no sería descabellado pensar que sus intenciones llegaran a ser tan malas como las del peor. Tenía que concienciarme de ello, ser capaz de disimular si el dolor y el espanto me invadían mientras intentaba “ligar” con él. Al menos la primera barrera ya la habíamos traspasado: no iba a ser la primera vez que me tocasen en décadas gracias a mi compañero.

CAPÍTULO 9

Aquella mañana me había ataviado con más cuidado.

El vestido negro que Eric había “arreglado”, las medias rojas y las botas de Bárbara. El calzar tacones no se me hacía tan extraño como llevar el pelo suelto. El flequillo siempre me molestaba en los ojos y desde “mi renacimiento” mi cabello había permanecido intacto, como si se hubiera congelado en el tiempo junto a mi edad.

Durante el desayuno pude disfrutar del silencio en la mesa. Chris y David no dejaban de mirarme, pero eso no me incomodaba en absoluto, me eran

indiferentes. Sin embargo, después de servirnos a todos, Bárbara se sentó aparentemente emocionada a mi lado.

—Qué bien que estrenes hoy mismo tu nuevo vestido.

—Ya.

Me levanté para huir de otro micro melodrama.

—¡Adiós, cariño!

—¿Y esta de qué se ha vestido? —la voz desagradablemente chillona de David, me persiguió hasta la puerta del coche.

Al entrar en el instituto la cosa se volvió menos apacible. Un cúmulo poco habitual de sensaciones se volcó sobre mí causando el efecto de un cubo de agua helada.

Sorpresa.

Envidia.

Admiración.

Deseo.

Caminé por el pasillo, procurando disimular la tortura interna de mi ser, en busca de mi compañero. Necesitaba su aprobación y que no se encontrara muy lejos cuando yo me acercase a mi víctima. Debía ser cautelosa si quería seducir a alguien que jamás se había fijado en mí.

De pronto, ya cerca de la puerta del aula de literatura, el sufrimiento cesó, o más bien se compensó con una especie de alegría entre sombría y divertida que me perseguía. Me giré y allí estaba.

—Eric

—Hola, Noa.

—¿Qué? —extendí un poco los brazos.

—Estupenda. Tú tranquila.

—¿Entras conmigo? —no quería parecer ñoña, no era mi estilo, ni siquiera como artimaña, pero no pude evitar sonar implorante.

—Claro, como siempre.

Atravesé el umbral y todos, poco a poco, se fueron girando para observarme. Hugo estaba de cuclillas junto a la mesa de su novia. La reacción de Nina fue la más intensa entre todas. Mi objetivo se levantó, me observó detenidamente y ocupó su silla dejándose caer prácticamente. Eric me había adelantado por la izquierda y señalaba discretamente el pupitre que se encontraba detrás del de Hugo, y allí me dirigí sin pensármelo. Eric se sentó detrás de mí.

—Estás guapísima —mi objetivo se había girado sin ningún tipo de reparo para soltarme aquel piropo.

Nina me observaba sin pestañear. Pensé que ya podía haber sido ella la que hubiera matado a su padre y no aquel ser difícil y completamente desconocido para mí.

No sabía si estaba funcionando el cambio de aspecto, pero al menos me había hablado. Decidí que, si lo volvía hacer, yo intentaría contestar algo agradable o al menos locuaz.

El señor Damieni, profesor de literatura y anciano por excelencia de la institución, acababa de dejar su maletín sobre la mesa y se disponía a escribir en la pizarra, como acostumbraba, el tema a tratar en la clase que impartiría ese día. Aprovechando el momento, Hugo se inclinó hacia Nina, y tirando suavemente de su mano la atrajo hacia sí para plantarle un beso suave en los labios. Ella no le respondió, simplemente se dejó.

Una pequeña presión en mi hombro derecho me hizo girarme súbitamente para comprobar que Eric procuraba llamar mi atención con el extremo romo de su bolígrafo.

—No te preocupes —me susurró—, ya se nos ocurrirá algo. Al menos sabemos que se ha fijado.

Asentí y volví a centrarme en Hugo. Aquello iba a ser difícil.

Nina estaba desquiciada. No me permitía sentir nada más que un montón de

cosas contradictorias, entre ellas algo parecido a un deseo desbocado y mucha envidia hacia mi persona. Noté la mirada de Eric clavada en mi nuca.

Después de cincuenta interminables minutos de aburridas hipótesis sobre por qué *Holden Caulfield* quería tanto a su hermana pequeña, o por qué *Salinger* quiso que su polémico protagonista se decepcionara tanto con su entorno, ya estaba harta de tanto discutir sobre adolescentes egocéntricos. Había tenido que leer “El Guardián entre el Centeno”, como todos, y *Holden* era un misántropo, como yo, pero no quería crecer, madurar, y eso precisamente era lo que yo más añoraba de mi anterior existencia, el poder envejecer y morir. Curiosamente, el protagonista presentaba casi todos los síntomas negativos de una esquizofrenia, pero era complicado llegar a conclusiones claras.

No es nada fácil comprender las enfermedades mentales. Supuestamente son excusa para un montón de atrocidades, sin embargo, las Furias no lo ven así. No hay motivo existente para un crimen, y los atenuantes son irrelevantes. Según Tisífone casi toda la humanidad está enferma en mayor o menor grado y las excusas no sirven. Las han catalogado de despiadadas, pero no existe mejor opción para guardar el equilibrio.

Todos terminan pagando.

No siempre acababan muertos, aunque todos quedaban muy afectados de un modo o de otro. Las Erinias buscaban la venganza más adecuada para cada uno. El que apreciaba su vida y no se lamentaba por sus actos, moría, y el que se arrepentía y sufría remordimientos, vivía para enloquecer en manos de su propia conciencia. Todo estaba calculado. Yo me encargaba de los despiadados, de los que no sentían pesar alguno y se aferraban a sus insulsas vidas. Yo los mataba en cuerpo y en alma.

La próxima clase, religión con la señorita Nordovest, tendría lugar en aquella misma aula. Era el primer año que se impartían clases de religión como optativa y el Departamento de Ética y Ciencias Sociales no daba cabida a semejante intrusismo (habían sido las palabras exactas del señor Escobar, el orientador).

Así que Eric y yo nos quedamos en nuestros pupitres mientras más de la mitad de los compañeros abandonaban el aula para asistir al visionado de alguna película sobre prisiones en la sala de cine.

—Si hubiéramos escogido ética en lugar de religión, ahora podrías estar al

lado de Hugo, a oscuras, viendo alguna peli.

—Da igual, total no se despega de Nina. La religión es más interesante al menos. Y la señorita Nordovest no aguantaría sin verte.

No era una broma, pero él se lo tomó como tal. A mí me convenía en esos momentos vivir ese romance unilateral. Si aquella aparentemente recatada profesora de religión era capaz de seducir a Eric, a lo mejor yo aprendía algo de ella.

—Me pones nervioso cuando dices esas cosas. Es una tía mayor, ¿por qué se iba a fijar en un niño?

—¿Acaso te interesa?

—No sé... no lo sé —balbuceó.

—¿Es guapa? —quise saber.

—Sí, ¿no? Bastante. Viste como una monja, pero al parecer algunas mujeres pueden sorprenderte —un escalofrío recorrió su cuerpo al decirlo.

—¿Quieres algo con ella?

—¿Estás loca? No creo que sienta por mí lo que dices.

En ese momento la señorita Nordovest entraba por la puerta. Era demasiado pronto y los demás alumnos no estaban dispuestos a ocupar su sitio hasta que no dieran las diez en punto. Decidí darle un empujoncito a la credulidad de mi compañero. Si iniciaban algún tipo de acercamiento yo podría observar y quizá aprender.

Me levanté de mi silla y me acerqué a la mesa de Eric.

—Necesitas ver para creer —me agaché junto a su silla—. Observa.

Acerqué mi cara a la suya y sonreí. Susurré a su oído sin decir nada, muy pegada a su piel. Noté su tensión. Estaba nervioso y ansioso.

—Observa ahora.

—¿Eh? —gimió.

—Que mires a la profesora.

Giró a duras penas la cabeza, justo a tiempo para ver cómo la señorita nos miraba extasiada, con los ojos como platos y al borde del llanto.

Sin pensárselo, Eric fue corriendo hacia ella. Estaba preocupado.

—¿Está usted bien?

Ella no daba crédito a la situación.

—Sí, sí... no, no te preocupes, Eric, sólo... sólo he recordado algo.

—¿Seguro? Si necesita hablar... ya sé que sólo soy un alumno, pero tengo buenos oídos.

—Sí —sonrió mientras sorbía suavemente con la nariz—, no te preocupes. Vuelve con tu... novia.

—¿Noa? No es mi novia, somos amigos.

—Ah.

Hugo volvió a su pupitre y la señorita Nordovest recuperó el color de su rostro, pasando de una angustia derrotista a una esperanza alegre. Vibraba de nuevo, como yo.

—¿Ahora me crees?

—A lo mejor tienes razón, Noa... pero no hacía falta que hicieras eso. Me has puesto cardiaco. No necesitas que te enseñe nada, te las apañas muy bien solita.

—¿De veras? Pero no sé si podré hacer lo mismo con Hugo. Lo primero porque no se separa de Nina.

—Sólo te pido que no me lo hagas a mí por no atreverte a hacérselo a él. Me vuelves loco, Noa.

—Vale.

—Vale —estaba serio.

Los dos últimos días nuestra relación había cambiado drásticamente, rebasando límites que, en otras condiciones podía comprender, afectarían a cualquiera. Nunca nos habíamos dirigido más de dos palabras seguidas a pesar de llevar dos años vagando juntos por el instituto, y sin embargo ahora él me enseñaba a seducir a un chico y yo intentaba ser su celestina para que se liara con una profesora que estaba obsesionada con él.

Habían vuelto a mí sentimientos propios olvidados, sobre todo de angustia, de preocupación, que no me dejaban utilizar bien mis poderes. Y la nueva actitud positiva de Eric me transmitía buenas sensaciones que ya creía inexistentes. Mientras durase esta misión sabía que me iba tener que enfrentar a mis propios fantasmas, utilizando mi lado más humano si mis poderes no funcionaban. Pero lo que no iba a hacer era tomarle cariño a nadie, por muy buena persona que fuera. Ya me encargaría de buscar yo misma a su hermano el maltratador para que volviera a casa si ha-cía falta.

Decidí incidir un poco más sobre el tema.

—¿Vas a hacer algo... con ella? ¿Te lanzarás?

—¿Pero a ti qué más te da?

—Yo... somos amigos, y quiero que disfrutes.

—¿Quieres que me líe con ella? Estás loca.

La clase acababa de comenzar. Centré mi atención en ella, buscando el tipo de señales que intentaba transmitirle al hombre del que estaba enamorada. Se mostraba dulce, tierna y sonreía mucho.

Evidentemente para mí iba a ser imposible toda aquella parafernalia. ¿Cómo iba a poder ser yo tierna y dulce?

En el descanso salimos a las gradas, sólo que esta vez Eric había caminado junto a mí, y de nuevo no nos dirigíamos la palabra.

Me pasé toda la clase de matemáticas pensando la forma de acercarme a Hugo evitando a su novia Nina. Él no paraba de tontear con ella, sin perder la media sonrisa cada vez que la miraba. Nina de vez en cuando se giraba hacia mí bastante ansiosa, para enseguida volver a fingir que atendía al señor Mobly y a

su novio. Hugo parecía completamente ajeno a que ella pasase de él para fijarse en mí.

Ya podría ser al revés, pensé de nuevo fastidiada. Para ser un asesino despiadado y sin conciencia hacía muy bien su papel de novio enamorado.

Entonces lo vi muy claro.

Me había obcecado anulando por completo mi perspectiva: Nina debía desaparecer si quería poder acercarme a Hugo. Una opción era matarla, aunque su pérdida podía alejarlo más; ya sólo con el duelo, entierro, funerales y demás, perderíamos un montón de días. Se me ocurrió que si no podía usar mis poderes con Hugo, con Nina sí funcionaban a la perfección. Solamente necesitaba que nadie más se diera cuenta, seducirla, volverla loca de amor, tanto que fuera incapaz de mirar a su novio a la cara. Y todo sin que nadie nos pudiera relacionar.

Pensé en pedirle a Eric que intentara seducirla para ayudarme quitándola de en medio, pero además de parecer algo enfadado y compungido, le iba a resultar muy difícil llamar la atención de una chica con tendencias tan poco heterosexuales.

Lo haría yo. Sería más rápido. Ya encontraría la forma de que nadie más se enterase.

CAPÍTULO 10

Aquella tarde no conseguía concentrarme debidamente en el entrenamiento.

No era capaz de construir escenarios de futuro racionales. La inseguridad me hacía ineficaz. Procuraba evitar la afectación, pero el simple esfuerzo era contraproducente.

Sin saber cómo, de pronto me vi comiéndome un escalope con patatas sentada en la mesa de la cocina, al lado de Bárbara. Me había preguntado, como siempre, si quería cenar y yo, sin pensar, le había dicho que sí. Estaba muerta de hambre.

—Te lo he empanado, que así está más rico.

—Vale, no era necesario, pero vale.

—Yo mejor si me cuido, que luego me dice tu padre que estoy rellenita.

—Más rellenita debería tener él la sesera —me salió del alma.

—Bah, yo no se lo tengo en cuenta, sé que lo dice sin maldad. Ya sabes cómo es.

—Sí, claro que lo sé.

—¿Qué tal el día? ¿Les ha gustado tu vestido? —quiso cambiar de tema y además parecía realmente ilusionada por charlar—. Estabas preciosa... hasta tu padre lo comentó cuando te fuiste.

Seguramente habría hecho algún comentario soez sobre mi aspecto que Bárbara pasaría inmediatamente por el salón de belleza para convertirlo en un halago digno de un padre y no de un cerdo machista.

—Normal, como siempre.

—Ya.

Debió captar mi brusquedad y terminamos la cena en silencio.

—Gracias, Bárbara.

—No tienes que agradecerme nada. Estoy aquí para ti. Bueno... para todos, ya sabes.

En ese momento sonaba el timbre de la puerta. Bárbara ya había comenzado a recoger, así que por primera vez desde que vivía con aquella familia, me dirigí a la entrada principal para atender a quien quisiera que estuviera llamando.

—Eric. No habíamos quedado —declaré extrañada.

—Ya lo sé.

—Vale, ¿qué pasa?

—Quiero que me hagas un favor. Te estoy ayudando, ¿verdad?

—Sí, me estás ayudando.

—Pues quiero algo a cambio, y te prometo que seré tu esclavo si me lo pides, que haré lo que... pretendes que ha-ga... ya sabes. Que no entiendo por qué estás tan empeñada en liarme con ella; creo que es ilegal y todo... pero...

—¿De qué se trata? —lo interrumpí cansada de tanto parloteo.

Tomó mi mano sin reparos y tiró de mí arrastrándome hasta el bucólico porche. Nos sentamos en uno de los bancos que rodean la mesa, y allí, entre velas y flores, recordé lo que era el cortejo en mi época, en otros tiempos. Aunque nada más lejos de la realidad. Eric estaba agobiado y preocupado, necesitaba soltar algo importante.

—Me han llamado de la comisaría de El Cerro. Tienen un cuerpo que creen podría ser el de mi hermano. Necesitan que alguien vaya a identificarlo.

—¿Y?

—Que mi madre no sabe ni cómo sentirse. Es su madre, ya sabes, y aunque lo tema no sabe cómo asumir su posible muerte. Es muy fuerte para ella y se siente culpable. No puedo permitir que vaya a identificar su cuerpo. Debo ir yo... pero no quiero ir solo.

Su tono y su mirada eran implorantes. Se sentía muy desconcertado y agobiado.

—¿Cuándo?

—Tenía pensado salir ahora mismo. Está a unas cuantas horas de aquí, y aunque llegaríamos de madrugada, me han dicho que habría alguien esperándonos.

—¿Unas cuantas horas? Pero no llegaremos a clase mañana...

—No importa, ¿qué más da? Creo que lo comprenderán. ¿Vendrás conmigo?

Parecía un cachorro abandonado. No me iba a compadecer de él, pero realmente su ayuda me venía muy bien, y el ofrecimiento a hacer lo que yo le pidiera, a ser mi esclavo, era bastante suculento, por si me hiciera falta recordárselo en algún momento.

—De acuerdo.

—¿Te van a dejar venir sin poner pegas?

—Creo que puedo intentar algo. Espera aquí.

Aquello realmente se estaba convirtiendo en toda una obra de teatro, una gran pantomima que me iba a costar mucho echar para atrás cuando acabase con mi misión. Decidí que una vez hubiera recuperado mi estatus habitual, ya se me ocurriría algo, y si no, simplemente tendría que cambiar de familia y de entorno. Al fin y al cabo, misiones habría en todas partes, y lugares conectados con el Tártaro, como la cueva, sobraban en el mundo.

—¡Bárbara!

—¡En mi habitación, cariño! —contestó cantarina.

Ascendí los escalones de dos en dos.

—Bárbara... ya sé que lo que te voy a pedir no es nada habitual, pero de verdad me haría feliz que me ayudaras.

—Dime, mi amor.

Parecía interesada, no simplemente por la emoción de nuestra “nueva relación”, sino perceptiva y preocupada de verdad.

—Se trata de Eric, el chico que conociste ayer —asintió—, tiene un problema y necesito que me dejes irme con él.

—¿Irte con él?

—Sí, ahora, sólo esta noche, acompañarle a solucionar un problema.

—Noa... me pones en un gran aprieto. Ya sé que tienes dieciocho años, y que

no puedo frenarte, pero compréndeme... ¿pasar la noche fuera con un chico?

—Bárbara, te comprendo, más de lo que puedas llegar a imaginar, pero necesito que te fies de mí. No está metido en ningún lío y no correremos peligro, es sólo que necesita compañía para afrontar una situación penosa.

Cogí su mano y la estreché entre mis dedos. Me dolió en toda el alma, pero pude resistirlo. Su rostro se convirtió en un poema, mordiéndose el labio inferior y con los ojos vidriosos.

—Confío en ti, y seguro que te necesita. Vete tranquila que ya lo arreglo aquí todo con Chris. Es posible que ni se percate de tu ausencia.

—Gracias, Bárbara.

Me zafé del contacto con su mano y bajé de nuevo hasta la entrada.

—Ya está. Vámonos.

—¿No necesitas coger nada?

Llevaba la ropa con la que había entrenado, pero ante la total ausencia de sudor y toxinas de cualquier otro tipo en mi cuerpo, todo olía siempre a suavizante y al aroma de vainilla que utilizaba mi madre adoptiva.

—No vamos a dormir fuera, ¿no?

—Yo pensaba hacerlo todo de una vez, ir y volver, pero como quieras.

—No, yo también lo prefiero así. Vámonos ya.

CAPÍTULO 11

El viaje se me hizo eterno.

Tuve que fingir unas cuantas veces que me quedaba dormida ante la insistencia de Eric en comentar conmigo cómo se sentía.

No hacía ninguna falta que me lo contara, lo estaba sufriendo en mis propias carnes de sobra. Estaba acongojado, emocionado y a la vez deprimido. Siempre me había transmitido dolor, tristeza, pero de una forma sorda, continua y no excesiva. Ahora, sin embargo, me estaba volviendo loca. No quería hablar del tema, así que dormida todo sería más fácil.

En cuatro horas y media nos encontrábamos traspasando el umbral de la comisaría de El Cerro.

—Buenas noches. Me han dicho que pregunte por el inspector Toder.

Una mujer de mediana edad con el uniforme de la policía y aspecto algo

desencantado, mascaba chicle aburrida al otro lado del mostrador de la recepción.

—¿Quién eres?

—Me llamo Eric, Eric Dinare, y me ha llamado para que venga a identificar...

—Sí, claro, vale —descolgó el teléfono y marcó tres cifras—. ¿Toder? Ha llegado Eric Dinare; dice que le estabas esperando... Vale.

Colgó y nos señaló unos asientos que se extendían alrededor de toda la sala formando una “u” gigante enfrentada a su mostrador.

Esperamos menos de dos minutos, hasta que apareció un hombre de unos cuarenta años, de pelo rubio y rapado, con los ojos de un azul muy profundo y grandes ojeras. Se dirigió directamente hacia nosotros. Tampoco había nadie más.

—¿Eric? —le extendió la mano—, soy el inspector Marcos Toder.

—Sí —contestó mientras respondía al saludo—, esta es Noa, una amiga.

—Muy bien. Encantado, Noa.

Agradecí que mi saludo se redujese a un alzamiento de cejas acompañado de una cansada sonrisa.

—¿Saben ya si es él? —se impacientó mi compañero.

—Pues todos los datos conducen a que se trata de tu hermano. Llevaba una cartera con tarjetas de crédito, pero ninguna identificación oficial.

El inspector nos dirigió a un ascensor bastante retro que se encontraba al fondo de la gran estancia principal, para bajar hasta el segundo sótano del edificio. Avanzamos por un pasillo frío de paredes blancas y puertas metálicas que desembocaba en una especie de quirófano lleno de camillas vacías.

—No tenéis mucho trabajo, ¿no? —quiso bromear Eric que no sabía cómo mitigar su contagioso histerismo.

—Están en los nichos, ya sabéis, necesitan el frío y a estas horas no hay forenses —se aclaró la garganta.

—Ya.

Nos llevó hasta una pequeña estancia separada del resto por un muro de cristal. Al otro lado había una camilla que sí estaba ocupada.

Antes de pasar, Eric se giró y me miró implorante. No fui capaz de comprender lo que sentía. Di un paso hacia él. No me importaba entrar, por supuesto, y una vez allí mejor hacer las cosas como era debido. Cerró los ojos, tomó mi mano enlazando sus dedos con los míos en una especie de nudo imposible y nos enfrentamos a la escena.

El inspector levantó un poco la sábana blanca que cubría el cuerpo inerte. Yo estaba concentrada en soportar el apretón íntimo de mano sin desquiciarme.

—Sí, es él.

Sentí cómo el alivio y la tristeza atenazaban su pecho.

—Bien, entonces, ¿certifica que se trata de Víctor Dinare?

—Sí, sí estoy seguro.

—De acuerdo, lo siento mucho.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber.

—Pues... es difícil, y tenemos que investigar, claro...

—Pero, ¿qué le ha pasado? ¿Cómo ha muerto?

El inspector Toder no parecía muy seguro de querer hablar. Me transmitió cierta repugnancia e inseguridad.

—Verás, algo o alguien lo ha descuartizado.

—¿Qué?! ¿Cómo que descuartizado?

—Descuartizado —susurré incrédula.

Soltó mi mano y se acercó al inspector en busca de respuestas más concisas.

Yo no necesitaba ninguna respuesta. Acababa de comprender un montón de cosas.

Víctor, descuartizado.

Se trataba de mi última víctima.

¿Cómo era posible que no supiera que era hermano de Eric? Me había convertido en un ser eficiente y autómeta, tanto como para no saber siquiera el apellido o el delito que había cometido mi víctima. No recordaba haber estado nunca en un lugar llamado El Cerro, y hacía tres días había tenido que volver corriendo desde allí, más de quinientos kilómetros, para no llegar tarde a clase.

Algo se me revolvió por dentro; supuse que Eric no se encontraba bien.

—¿Noa? ¿Te importa llevar a tu amigo a dar un paseo? Es mejor que tome el aire.

—De acuerdo.

Tiré de la manga de su jersey y volvimos por el mismo lúgubre camino hasta el ascensor. Salimos a toda prisa de la comisaría porque comenzaba a sentir arcadas. Eric iba a vomitar.

Corrí, casi arrastrándolo, hasta un callejón lleno de cubos de basura, apoyé sus manos contra la pared y allí, sobre el sucio y destartado muro, se puso a vomitar como un poseso.

Lloraba desconsoladamente. Tenía todo el rímel extendido por las mejillas.

—No te comprendo. ¿No querías que desapareciera?

—Sí, era necesario... no sé, no sé qué debo sentir... Esto es tan...

—Vamos a dar un paseo.

Se limpió las lágrimas negras de la cara mientras caminaba a mi lado. No hablamos. No sentí lástima por él, no debía.

Llevábamos casi dos horas recorriendo callejones oscuros cuando topamos con la costa. Paramos en seco como si se hubiera acabado el mundo, y simplemente tomamos el sentido contrario.

—¿Te importa si vamos allí? —me preguntó.

—No.

Lo seguí hasta una gran puerta de hierro forjado. Era un parque y no estaba cerrado. Nos adentramos y seguimos un camino de tierra que serpenteaba entre sauces.

Un dolor punzante en mi abdomen comenzó a hacerse desagradable. Con el cúmulo de sensaciones y pensamientos de Eric, mi empatía se veía turbada, pero estaba segura de que no nos encontrábamos solos; alguien estaba pendiente de nuestros movimientos.

—Vámonos —tiré de nuevo de la manga del jersey de mi compañero.

—¿Qué pasa?, ¿estás mal?

—No, vamos.

Pero era demasiado tarde, ya estaban allí.

—¿De dónde habéis salido vosotros?!

Cinco hombres de unos veinte pocos años y pinta de pocos amigos, años nos habían rodeado en un instante. Estaba claro que sus intenciones eran malas y nos quedamos paralizados.

—Qué pareja tan bonita, ¿eh, chicos?

—¿Qué es lo que queréis? ¡Dejadnos en paz! —Eric se puso muy tenso, tenía miedo.

—¿O se lo dices a mamá?

—Os daré lo que queráis, pero largaos de una vez.

Comprendí que Eric no tenía miedo por él, sino por mí. Estaba preocupado porque me hicieran algo.

—¿Tú de qué vas, niño? ¿Te has maquillado la cara?

—¡O vienes de una fiesta de disfraces o eres marica! ¡Y ninguna de las dos opciones nos gusta!

Llevaban botellines de cerveza en sus manos y los asían amenazantes.

—Sí, lo que vosotros queráis, soy un payaso, pero no queremos problemas.

—¿Te estás quedando con nosotros? ¿Que no quieres problemas? ¿Qué más nos da lo que el niño quiera? —invadía el espacio de mi compañero retirándolo a base de empujones en el pecho.

—¿Y esta monada? —tres de ellos me rodearon, estaban desaforados—. ¿No me digas que eres su chica?

—No soy de nadie —alegué dando un paso atrás para evitar el contacto de una mano que se aproximaba a mi rostro—, y como me toques será lo último que hagas.

—Vaya, vaya, qué valiente... una gatita feroz —era un hombre desagradable, de pelo escaso y grasiento. Llevaba unos pantalones vaqueros y la camiseta de un grupo parroquiano.

—¡No la toquéis!

Los otros cuatro tuvieron que retener a Eric que pataleaba por zafarse, para que mi admirador pudiera proseguir con su “coqueteo” depravado.

—El minino no quiere que toquemos a su gatita...

—¡No la toquéis! ¡Haced lo que queráis conmigo, pero a ella dejadla en paz!

Mi acosador comenzaba a sentirse incómodo ante tanto escándalo. Estaba muy excitado y supe enseguida lo que deseaba hacer conmigo. La angustia de Eric no me dejaba comprender todo lo que me rodeaba. El dolor no me permitía pensar claramente. Además, no podía usar mis poderes delante de mi compañero, así que sólo me quedaba una opción: debían dejarlo fuera de combate.

—¡Eric, no dejes que lo hagan... no les dejes! Por favor...

Como esperaba, su desesperación e impotencia fueron en aumento ante mis fingidas súplicas, y retenerle se estaba convirtiendo en una labor ardua para los cuatro secuaces. Uno de ellos comenzó a golpearle el estómago y la cara; el quinto golpe lo dejó cao. Lo soltaron y se desmoronó en el suelo como un pelele.

Ya no era un problema, ni para ellos, ni para mí.

Primero la seducción.

Luego la destrucción.

Cada músculo de mi cuerpo se puso rígido. Mi melena ondeó por efecto de un viento inexistente mientras mis ojos se tornaban más claros, casi transparentes, como siempre que liberaba toda la intensidad de mi poder. Cinco hombres depravados, fuera de sí por la atracción que estaba ejerciendo sobre ellos, resultarían peligrosos en grado sumo para cualquier desvalida muchacha, pero no para mí. Su debilidad, su falta de albedrío bajo mi influjo, estaba cargando todas mis fuerzas, toda mi despiadada potencia.

Se sentían confusos, desorientados, casi en estado de éxtasis. No podía matarlos o levantaría demasiadas sospechas. Nadie investigaría un intento de violación frustrado, ni siquiera se atreverían a poner una denuncia. Sin embargo, cinco cuerpos desmembrados en un parque no iban a ser desatendidos, y la policía de El Cerro ya contaba con el cadáver de Víctor, el hermano de Eric, y me podían ubicar en la zona aquella noche.

Eso no impediría que sufrieran y lamentaran intensamente sus acciones.

Utilizando el suelo como plataforma para darme impulso, salté alzándome por encima de sus cabezas. En el silencio de su asombro sólo se podía oír el silbante roce de mi cuerpo contra el aire. Extendí las piernas y acerté en las caras de dos de mis oponentes; mis puños se volvieron implacables como el acero, moviéndome a tal velocidad que mis pies prácticamente no rozaban el suelo. La sangre que salía de sus enfermas bocas a cada golpe, me salpicaba la piel y la ropa sin ningún reparo. Sonaban huesos resquebrajándose bajo el martilleo continuo de mis piernas sobre sus costillas. No quería romper huesos vitales ni nada que les incapacitara para volver a sus dulces hogares por su propio pie, pero controlarme una vez me había desatado, resultaba muy complicado.

Entre los gritos y gemidos pude distinguir uno más conocido. Eric estaba recuperando la conciencia. Se encontraba muy dolorido, asustado y desorientado.

—¡Noa! —me buscaba.

Debía rematar. Me lancé de cabeza, girando como un torbellino, sobre los dos pandilleros que seguían conscientes. Le aplasté el abdomen a uno, haciendo crujir gran parte de su estructura ósea, y luego, tomándole por la muñeca, lo lancé contra su otro amigo. Un brazo destrozado y una ceja reventada. Todos fuera de combate.

Mis jadeos no me dejaron escuchar un susurro que provenía del lugar donde se hallaba postrado Eric.

—¿Noa? ¿Qué... qué ha pasado? —balbuceaba intentando fijar la mirada.

Corrí hacia él y me senté a su lado, justo para taponarle el escenario que se extendía a mis espaldas. Me pasé el dorso de la mano por la cara para limpiar la sangre más visible.

—No te preocupes, estoy bien, ya todo está bien.

—Estabas... estabas volando. Volabas... encima de todos y les pegabas... tú... saltabas... y tus ojos...

—No es nada, Eric, tranquilo, has perdido la conciencia.

Intentó incorporarse y yo procuré que no alcanzase a ver nada.

—Pero...

—No hagas esfuerzos, ya te ayudo yo.

—¿Y los tíos esos... te han hecho algo? ¿Qué ha pasado?

—Bah, se han asustado cuando has caído y se han puesto nerviosos. Estaban muy colocados y han terminado peleándose entre ellos. Anda, vámonos.

Le ayudé a incorporarse fingiendo hacer esfuerzo para ser capaz de cargar su peso. Aún me duraba el “subidón”.

Estaba muy dolorido, pero profundamente aliviado. Caminé firmemente hasta donde se encontraba aparcada la camioneta de Eric. Lo senté en el asiento del copiloto y utilicé un trapo de la guantera, seguramente el que utilizaba para librarse del vaho del parabrisas por las mañanas, para limpiar sus heridas.

Muy cerca había una fuente, así que humedecí el paño para frotar con él suavemente las brechas de su cara procurando no hacerle más daño, mientras él gemía casi en silencio, conteniendo quejas más penosas.

—Puedes llorar si quieres —sugerí.

—No seas tonta, soy un hombre y los hombres de verdad fingen como ratas.

—Vaya —sonreí—, tan mal no debes estar.

—En cuanto se me pase el mareo te llevo a casa.

—No, ya conduzco yo. Tú descansa.

CAPÍTULO 12

El viaje de vuelta fue también tranquilo, sólo que esta vez era él quien dormía, y sin necesidad de fingir. El sol del amanecer no turbó sus sueños.

Le di unas vueltas a lo que había sucedido. Nadie tenía por qué enterarse; aquellos esbirros no serían tan tontos como para poner una denuncia por “asalto frustrado”, y por mucho que recordaran y pudieran ir contando por ahí, nadie les creería. En caso contrario, si llegaba a oídos del inspector Toder que la descripción de la “agresora misteriosa del parque” coincidía con la de la acompañante del chico que había ido a identificar el desmembrado cuerpo de su hermano, cuanto menos se interesaría por indagar más. Además, si la madre de Eric había interpuesto en alguna ocasión demanda contra su hijo mayor, era muy posible que mi compañero estuviera entre los sospechosos. ¿Por qué no? Sabía que me estaba obsesionando un poco, pero debía estar preparada para cualquier consecuencia de la inconveniencia de aquella noche.

Eric se estaba desperezando a regañadientes.

—¿Dónde estamos?

—Llegando.

—¿Me has dejado dormir todo el rato? Lo siento, menuda compañía.

—La que quería exactamente.

—Vaya, te vuelves fría al acercarte a casa.

—¿Estás mejor? —ignoré su apreciación.

—¿En comparación con qué? —resopló adecuando su postura a la forma del asiento—. No sé cómo se lo voy a decir a mi madre.

—Ya. Bueno, así es mejor para todos, incluso para él. Lo asumiré.

—Claro... es mejor, ya lo sé —seguía muy preocupado—. Gracias por todo,

Noa. Podía haberte pasado algo terrible por mi empeño en entrar en aquel parque a las tantas de la madrugada. Lo siento de verdad.

—No ha sido nada. Tú te lo has llevado todo —“y para mí ha sido un gustazo aplastar a esa gentuza”, pensé.

—Te debo una muy gorda, estoy a tu disposición.

Asentí.

—Ahora, ¿vamos a clase? —quise saber.

—Creo que debo hablar primero con mi madre. ¿Te importa si voy más tarde?

—No creo que me suponga una gran diferencia.

Podía captar confusión en él; me observaba atento y desconfiado, entornando los ojos.

—¿Qué? —protesté.

—No, nada, es que... juraría que esta noche te he visto volar y pelear como un dragón.

“Un dragón... Curioso”

—Vaya.

—No puede ser... ¿no? Bueno, no me hagas caso, los golpes, que me han dejado tonto, seguro.

No me molesté en contestarle. Acababa de parar frente a mi casa y me bajé de la camioneta para que él pudiera recuperar su puesto de piloto.

—Adiós, Noa; gracias, de verdad.

—Vete.

No entré en casa, me fui directamente hacia mi coche dispuesta a no llegar tarde a más clases.

El día transcurría sin grandes acontecimientos.

Eric apareció a tercera hora y no se despegó de mí. No abrió la boca en toda la mañana. Estaba triste, pero no deprimido.

Yo no le había contado que pensaba romper el romance de Hugo con Nina, nadie lo debía saber, y de todos modos tampoco podía esperar que me ayudase explicándole cómo iba a hacerlo; bastante había visto ya de mí.

Por la tarde acudí a la cita diaria con mi “gimnasio privado”, buscando no sólo fortaleza y habilidad, sino quietud y concentración para organizar la estrategia adecuada a seguir con la novia de mi objetivo. Aquella misma noche iba a presentarme en su casa con cualquier excusa para poder estar a solas con ella.

Eric decidió acompañarme de regreso a casa por la tarde para “ayudarme con lo que necesitara”, pero me había deshecho de él sin problemas. No precisaba de sus servicios, de momento.

Hugo, en las tres clases en las que habíamos coincidido, no me había dirigido prácticamente la palabra nada más que para saludarme; estaba totalmente centrado en su novia, en complacerla, en mimarla como a una niña necesitada de amor.

A las ocho me encontraba en la entrada de la casa de los padres de Nina. Había preferido entrenar una hora menos para no tener que dar explicaciones en casa si llegaba más tarde de lo normal. Tampoco quería crear un vínculo de confianza con Bárbara en el que me viera obligada a narrarle cada una de mis acciones y a avisarle cada vez que me fuera a retrasar.

Pulsé el timbre y esperé.

Una mujer de unos cincuenta y pico años, vestida como si la hubiera sacado de una clase de aeróbic, sudorosa y jadeante, me abrió la puerta. Estaba muy delgada y musculosa, pero su piel parecía no estar dispuesta a sujetar

firmemente todo aquello. Me recordó a un pollo viejo desplumado. Tenía una melena larga y rubia llena de mechas y recogida en una coleta alta y tirante.

—¿Qué quieres, preciosa?

—Estoy buscando a Nina.

—¿A Nina? —recorrió mi persona de arriba abajo con la mirada. Estaba desconcertada y fastidiada por la interrupción—. ¿Eres amiga de mi hija?

—Bueno... es por un tema de clase.

Sentí su rechazo hacia mi persona; no sabía muy bien qué hacer conmigo, cómo manejar la situación. Finalmente noté cómo desistía en su lucha interna. La necesidad de quedar bien de cierto tipo de personas me resultaba del todo hipócrita y triste, pero así estaba diseñado el ser humano.

—¡Nina! ¡Ha venido a verte...! —no me había preguntado siquiera mi nombre.

—Noa —susurré.

—¡Noa!

Esbocé una pequeña sonrisa a modo de agradecimiento mientras aquella insustancial mujer regresaba a sus ocupaciones.

Al principio pude oír unos pasos precipitándose hasta la entrada. Sofoco, nervios, excitación, sorpresa. Luego se fueron ralentizando. Percibí también miedo, duda. Estaba preocupada.

—¿Qué haces tú aquí? —su desprecio fingido era espectacular; podría haber engañado a cualquiera.

Se había apoyado contra el marco de la entrada y su cara de asco era un poema.

—Quería hablar contigo, Nina. ¿Podemos ir a algún sitio tranquilo para charlar en privado?

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Bueno, sube, nadie nos molestará. Mi madre está en su clase de *spining* y

mi padre sigue de viaje —controlaba la cadencia de su voz de una manera formidable teniendo en cuenta que estaba temblando como un flan.

Me invitó a pasar a lo que debía ser su dormitorio. Una estancia grande en tonos crema, organizada en torno a una cama de época, de las de dosel y cortinones. Sobre la colcha floreada descansaban demasiados cojines de distintos colores pastel. En contraste, un moderno escritorio ocupaba casi toda una pared de la habitación. Una balda repleta de peluches y muñecas coronaba lo alto de un ordenador de pantalla gigante muy poco discreto. Quien hubiera decorado aquella habitación debía sufrir un caso grave de esquizofrenia.

—Vaya —no pude evitar decir.

—Ya, impresiona un poco, ¿no? —me señaló un sillón situado junto al cabecero de la cama.

—No he venido a sentarme, Nina.

—¿Qué es lo que quieres? —no pudo fingir más, el proceso había comenzado.

Noté cómo perdía la fuerza, cómo la razón y el autocontrol la abandonaban. Le fallaron las piernas y cayó sentada sobre el borde de su colchón.

—No es lo que yo quiero... es lo que quieres tú.

No estaba utilizando ni una cuarta parte de mi poder, no quería volverla loca por completo, no me interesaba, y era demasiado susceptible a la manipulación. Sentí cómo la fuerza se acumulaba en el centro de mi estómago, pero no iba a hacer uso de ella, aunque me supusiera un esfuerzo. Al final era como contener un estornudo, pero en dimensiones astronómicas.

Me aproximé lentamente a ella. No era capaz de emitir palabra, sólo sonidos incoherentes, balbuceos y pequeños jadeos. Cuando utilizaba la seducción, la empatía no me afectaba tanto, y era de agradecer ya que de lo contrario me hubiera vuelto loca de remate en determinadas ocasiones. Sabía lo que sentían, lo palpaba en cierto modo, pero no me afectaba.

—Yo... yo... quiero... tú...

—Siempre te he gustado, ¿no es cierto? —ya me encontraba de cuclillas

frente a ella, apoyando mis manos sobre sus temblorosas rodillas.

Asintió sin pestañear.

—No comprendes qué te pasa, pero es inevitable, ¿verdad?

—Yo... yo... no puedo... yo...

—Claro que puedes. Yo también te puedo querer... o no. La verdad es que no sé lo que quiero. ¿Tú lo sabes, Nina?

—Sí... yo... te quiero. No puedo respirar cuando estás junto a mí. No sé... yo no sé...

—¿Sabes? Yo jamás podría enamorarme de alguien que tuviera pareja, sería imposible, impensable.

—¡No quiero a Hugo! ¡Te lo juro! —se defendió muy nerviosa—, pero... no puedo, no sé cómo...

Sin dejar que terminase de excusarse, me incorporé lo suficiente para alcanzar sus labios con los míos. La besé suavemente y ella enseguida perdió el control. Me aparté bruscamente. Nina tenía los ojos cerrados y el rostro plenamente ruborizado. Yo no sentía nada cuando entraba en contacto físico con alguien bajo el influjo de mis poderes. No resultaba nada doloroso ni difícil.

—Noa... yo, te quiero... yo, necesito...

—Me ha gustado besarte. Quizá podría enamorarme de ti, algún día. Qué pena que tengas novio.

—Lo dejaré, mañana, ahora mismo, si quieres... ¡Haré lo que sea!

—No quiero obligarte a nada, haz lo que tu corazón te pida. Yo tengo que pensar, no estoy segura de lo que siento y necesito tiempo, y espacio, ¿me comprendes? —acaricié con la palma de mi mano su cara.

—Como quieras, lo que quieras —se apresuró ansiosa.

—No, lo que quieras tú. ¡Ah! Y ni una palabra de esto, ni a Hugo ni a nadie. En clase seguimos siendo las de siempre, sin hablar, sin mirarnos, con

indiferencia o aborrecimiento, me da igual. De lo contrario no tendré nada que pensar, jamás estaré contigo.

Asentía desquiciada.

—Sí, Noa, de verdad, tranquila.

—Vale, me voy —tomé con la mano derecha su nuca y le besé la mejilla.

Se quedó allí sentada, totalmente desorientada mientras yo bajaba las escaleras y atravesaba el hall en dirección a la puerta.

—¡Adiós, señora! —me despedí de su madre para no parecer mal educada, por si necesitaba volver en futuras ocasiones. Ni siquiera sabía su apellido.

CAPÍTULO 13

El lunes Nina no apareció por el instituto.

Hugo aparentaba total normalidad y yo no podía saber si su novia le había dejado durante el fin de semana o no.

Si me presentaba de nuevo en casa de Nina, podía levantar sospechas; al fin y al cabo, qué podía hacer yo allí otra vez. Todo el mundo nos conocía y aquello era un pueblo.

Eric estaba algo más tranquilo, pero aun así volvía a ser mi sombra silenciosa. De hecho, incluso me costaba sacarle las palabras. Me había quedado todo el fin de semana en casa, sin saber nada de él ni de nadie, encerrada en mi habitación fingiendo que estudiaba para los inminentes exámenes de primavera. En realidad, necesitaba meditar, organizar mis ideas y asumir ciertos cambios temporales.

Al mediodía Eric y yo fuimos a las gradas a comernos nuestros respectivos sándwiches. Al fin y al cabo, era lo habitual.

—Eric, creo que deberíamos empezar a comer en el comedor, con los demás.

—Desde luego, si quieres poder acercarte algún día a Hu-go, tendrás que dejarte ver más a menudo.

Estaba despistado, en su mundo. Hablaba sin demasiado interés.

—Vale, entonces mañana empezamos.

No me contestó, se quedó pensativo. Estaba reuniendo valor para decir algo.

—Noa... ¿seguro que estás enamorada de Hugo?

—Bueno, nunca me había pasado esto... pero sí, creo que sí, ¿por qué?

—No, por nada... es raro —apartó su mirada de la mía y la dirigió al suelo—. Creo que te alegrarás de saber que ayer estuve con la señorita Nordovest.

—¿Cómo que estuviste con ella? ¿Fuera del instituto?

—No, no ha pasado nada, de momento... pero puede que suceda, tranquila.

—Eso estaría bien... por ti, claro.

Las técnicas de aquella mujer habían funcionado, y al parecer estaban en proceso de llevarla más allá de lo que ella nunca hubiera imaginado.

—Creo que deseaba que la besara.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Qué te hizo pensar...?

—Estábamos en su despacho, uno frente al otro, no muy cerca, sólo hablando, pero estaba nerviosa. No paraba de tocarse el pelo, de retirarse mechones de la cara recogidos suavemente con sus dedos detrás de las orejas... ya sabes. Además, poco a poco se fue acercando, y respiraba de forma entrecortada, bastante cerca de mi cara.

—Oh, claro, vale —tomaba nota mental—. ¿Y te gustó? ¿Consiguió que desearas besarla?

Asintió algo azorado.

—Pero al final no pude, no me atreví. Aunque creo que notó que estaba consiguiendo seducirme. Cuando salí de su despacho estaba muy contenta.

A partir de aquel momento yo podría ser la espectadora de aquel proceso de seducción. Iba a resultar engorroso, no me cabía duda, pero si a ella le funcionaba con Eric, ¿por qué no me iba a funcionar a mí con Hugo?

Las clases de la tarde se me hicieron especialmente lentas. Hugo seguía sin mirarme siquiera, y desde luego no aparentaba ningún tipo de pena o dolor, así que pude suponer que Nina no se había atrevido a dejarle. ¿Cuál habría sido su excusa para no asistir a clase?

Decidí no ir a entrenar. No estaba de ánimo. Volvería a casa directa desde el instituto e intentaría mantenerme ocupada leyendo un poco, o estudiando si era

necesario. El ejercicio brutal siempre había sido mi mayor válvula de escape ante la saturación, pero mi nueva situación estaba haciendo estragos en mi rutina y en mis necesidades. Me sentía realmente preocupada. Si no funcionaba mi plan con Nina, iba a ser muy difícil que pudiera acercarme a Hugo, y era como un bucle desafortunado, cuanto más me preocupaba y desalentaba, más mermaba mi fortaleza y autocontrol, abriéndose aún más todas las grietas que había mantenido selladas.

Ya avanzada la tarde, me hallaba en mi habitación intentando leer por enésima vez el principio de “El Guardián entre el Centeno”, procurando empatizar con su apático protagonista, intentando sacar algo en claro basándome en sus vivencias. Me estaba aburriendo.

Un sonido suave pero agudo se instaló de pronto en mi cabeza. Parecía un quejido lastimero, una especie de lloro casi imperceptible. No conseguía concentrarme, así que fui a buscar el origen del fastidioso soniquete. Salí despacio de mi habitación, evitando encontrarme con nadie, sobre todo con la amargada, que podía tomarse mi presencia a aquella hora temprana tan inusual, como una nueva invitación a estrechar nuestra relación. Avancé casi de puntillas hasta que recordé que al llegar a casa había visto una nota de Bárbara avisándonos de que salían Chris y ella a hacer unos recados y que cenarían fuera seguramente. Dejaba una hilera de instrucciones de lo que nos había preparado a David y a mí para que cenáramos, con tiempos de microondas incluidos. No la leí entera.

Así que estábamos solos, David y yo. Jamás se me hubiera ocurrido acercarme a la habitación de la ricura de mi supuesto hermano para nada, pero el insoportable sonido provenía de allí, así que me asomé discretamente deseando que estuviese dormido y pudiera silenciar sus ruiditos simplemente lanzándole un calcetín.

Entorné un poco la puerta y allí estaba, sentado en un lado de su cama, mirando hacia la ventana que se hallaba frente a la entrada. Tenía la cabeza hundida entre los hombros y su cuerpo daba botecitos al son de los casi insonoros quejidos.

¿Estaba llorando?

Me giré dispuesta a dejarle de nuevo con sus lamentos, pero no pude. No soportaba aquellos ruiditos, me estaba volviendo loca.

—Así que eres humano contra todo pronóstico, ¿no? —no traspasé el umbral.

Súbitamente se giró muy azorado, limpiándose compulsivamente los ojos con la manga de su sudadera.

—¿Qué haces en mi habitación? ¡Lárgate, engendro!

Estaba casi decidida a irme. Merecía la pena conducir hasta la cueva y seguir leyendo allí, si era necesario, para poder concentrarme sin estridencias que taladrasen mi cerebro, y sin embargo parecía mejor opción quedarme en aquella habitación para ver sufrir a David o intentar comprender lo que podía trastornarle tanto como para llorar a solas en su cuarto; al menos sería más entretenido si la finalidad era no torturarme con los escenarios de fracaso de mi misión.

—No me voy a ir si no me dices qué te pasa.

—¿Y a ti qué te importa?

—Bueno, en eso tienes razón, no me importa lo que te duele, pero sí me agobian tus sollozos.

—Déjame en paz, Noa.

—¿Noa? Ni engendro, ni anoréxica, ni patética... pues sí que debes estar mal.

—¡Que te largues!

Se giró y de nuevo rompió a llorar. Aquello iba a ser más complicado de lo que me había imaginado, pero no me iba a ir dejándolo tranquilo si aquel era su deseo; así que entré y me senté junto a él, en su cama. Ni siquiera me miró, seguía sumido en su llanto.

De pronto se movió, inclinó su cuerpo hacia mí y apoyó la cabeza contra mi hombro sin dejar de llorar. La rigidez invadió todo mi cuerpo. No me esperaba aquello, me había acercado con la plena certeza de que iba a seguir gritándome para echarme de allí, y sin embargo aquel bicho desagradable me estaba tocando, ajeno por completo a mi rechazo hacia él.

—No me quieren, nadie me quiere... se ríen de mí... sólo estoy para eso...

Se me vinieron a la punta de la lengua un montón de explicaciones a aquella situación, decenas de causas por las que nadie le quería, y sin embargo decidí mantenerme en silencio.

—Vamos a cenar.

—No tengo hambre, déjalo —se limpió de nuevo las lágrimas.

—Ya, pero no quiero tener que aguantar los puyazos de tu padre si se entera de que no he cuidado de ti... y Bárbara se preocuparía.

—¿Y qué más da?

—¿De verdad prefieres que no se fíen de nosotros y no vuelvan a dejarnos solos jamás?

Se quedó pensativo un instante.

—Voy.

CAPÍTULO 14

—Vamos a estar cuatro días fuera, Jean, así que espero te encargues tú de todo en la casa.

—Mujer, Jean ya es un hombre responsable, no tengas cuidado.

Monic y Simon Tesoir se disponían a abandonar la villa para acudir a una feria de artesanía que se celebraba en Aux-en-Provence aquel mismo fin de semana.

—Tranquila, madre, me encargaré de todo.

A la muchacha que se encontraba apartada en una butaca del gran salón tejiendo un chal para el otoño junto a su hermana pequeña Aurore, no le pasó desapercibida una mirada furtiva y cargada de emoción.

Jean Tesoir era un joven muy bien parecido, el primogénito de la familia mejor considerada de toda la provincia. Se dedicaban al negocio textil, totalmente en auge en aquellos, sin embargo, difíciles momentos en Francia. No estaban viviendo una revolución industrial como sucedía en Inglaterra, pero poco a poco algunos empresarios se fueron entregando a las nuevas tecnologías y a la introducción de maquinaria en sus negocios. De hecho, Jean había pasado cinco años viviendo en Londres para aprender las tecnologías innovadoras de sus vecinos y poder así participar activamente en el floreciente negocio de su padre.

Jean creció ignorando casi por completo a su madre y a sus hermanas, estando únicamente interesado en forjar lazos de necesidad y respeto con su padre, que al fin y al cabo era el único esfuerzo que merecía la pena en aquella familia, para así poder algún día hacerse por completo con el negocio familiar. Su mente fría y calculadora le había obligado a retirarse de todos los placeres y pasiones que la vida cotidiana podía ofrecer a un adolescente de su estirpe. Tenía una fijación, unos planes, una meta, y nada ni nadie se interpondría.

Ciertamente, de vez en cuando había tenido que tomar medidas, a veces drásticas, para poder relajarse y desinhibirse de un día a día de demasiadas tensiones y exigencias de superación, pero se trataba de un mal menor en la consecución de sus objetivos, y nunca tuvo problemas con sus pequeñas necesidades. Londres, al fin y al cabo, era una ciudad muy adelantada, y liberal para ciertas cosas, para su tiempo.

Fue al volver a la pequeña villa en la que se encontraba la mansión familiar cuando descubrió que ya no era tan fácil saciar sus necesidades, acallar las voces. Allí no había nada importante que hacer y el mundo se le estaba viniendo encima.

Y entonces la descubrió.

Cinco años atrás, lo mismo hubiera dado que fuera un niño o una niña, sin

formas, sin ningún tipo de madurez, y testaruda y respondona como su madre; sin embargo, ahora era una mujer preciosa, tan imponente, tan bella y discreta.

Noa contaba diecisiete años de edad y era aparentemente inaccesible y fría, pero muy presumida. Todo el mundo la quería y parecía capaz de conseguir de quién quisiera cualquier cosa que se propusiera. Sus inmensos e insondables ojos verdes, sus labios carnosos, y su larga y salvaje melena multicolor, se habían convertido en la obsesión más intensa que Jean jamás hubiera sufrido.

Su sola imagen podía perturbarle durante horas, y el escrutinio ocasional de sus ojos lo llevaba directamente hasta la locura, sintiéndose completamente desnudo y sorprendido ante ella; era como si Noa, de alguna manera, supiera todo lo que a él se le pasaba por la cabeza en su presencia.

Y ella le ignoraba, incluso parecía huir de él por muy amable y correcto que él se mostrara.

No podía soportarlo más, y sólo encontraba alivio en el dolor físico que se auto infligía en los momentos en que ya no podía aguantar tanta necesidad.

Por las noches se colaba en su alcoba para poder observarla en sus sueños, cada vez más desapacibles. Debía sufrir pesadillas. Se revolvía y lloraba con verdadero sufrimiento. Y entonces descubrió que el dolor físico de ella le provocaba mucho más placer que el que se procuraba a sí mismo con su daga afilada noche tras noche para sentirse “relajado”.

¿Qué era lo peor que podía pasar si decidía intentar algo con ella? ¿Acaso no era el primogénito de aquella descendencia y por tanto poseedor de plenos derechos sobre todos los demás?

No tardó en reunir el valor para dirigirse a ella.

—Noa, me gustaría que nos viéramos después de cenar en mi alcoba, necesito hablar contigo.

—Jamás, no tengo nada de qué hablar contigo.

Se alejó a toda prisa por el pasillo sin permitirle ni rechistar.

Jean enseguida comprendió que semejante reacción, toda esa muestra de

desprecio contenido, sólo se podía deber al despecho de una mujer que busca mayores atenciones sin hallar respuesta. Así que decidió ir a complacerla él mismo. Esta vez llegaría a su alcoba antes de que se durmiera.

Entreabrió la puerta sigilosamente para asistir justo al momento en el que su cuerpo se libraba de los encorsetados ropajes para ser acariciado por la suavidad del suelto lienzo que la cubría en su lecho. Creía que se iba a morir, que el corazón se le iba a salir del pecho ante tal imagen. Avanzó sigilosamente, cerrando la puerta a su paso. Se había hecho con la llave de su alcoba y él mismo se encargaría de cerrar por dentro.

Al principio había mostrado pudor, enfado e incluso histeria, pero su pericia con la daga también le había proporcionado a él siempre todo lo que se proponía, y con ella no iba a ser diferente.

Adoraba aquella piel suave que se sobrecogía sobre manera ante el contacto de su frío metal, y cada noche necesitaba más y más de ella. No podía vivir sin saber que la poseía, que estaba bajo su influjo. Así que todo iba a ser más fácil si Monic y Simon abandonaban su hogar por unos días. No tendrían que esconderse.

CAPÍTULO 15

—¡No! ¡¡No!! ¡¡¡Aurore!!!

Me desperté sobresaltada, otra vez; la segunda aquella semana.

Se estaban reavivando recuerdos que estaban muy enterrados, y no lo podía consentir. Iba todo demasiado rápido.

Un suave olor, muy familiar pero casi olvidado, se había apoderado de mi habitación, quedando por encima del constante aroma a vainilla y suavizante de flores silvestres. No es que hubiera perdido el sentido del olfato, pero sobre todo estaba relacionado con la empatía, y en muchas ocasiones ciertos olores me pasaban inadvertidos, como el de la comida. Sin embargo, en los dos años que llevaba en aquella casa, no había dejado de percibir las fragancias con las que lo impregnaba todo Bárbara.

Y de pronto, ese olor inolvidable a pesar de todo.

“¿Pan tostado?”

No pude evitarlo. Bajé de un salto hasta la cocina y me senté a la mesa como hipnotizada.

—¡Noa! ¿De dónde has salido? —Bárbara estaba muy sorprendida, seguramente más por ser la primera vez que me sentaba a la mesa tal y como me había levantado de la cama, que por haber aparecido prácticamente de la nada.

—¿Pan tostado? —tuve que preguntar.

—Sí, cariño —una amplia sonrisa se dibujó en su cara mientras se precipitaba a poner en mi plato dos rebanadas de pan de hogaza doradas y untadas con brillante y amarilla mantequilla—. Te has despertado con el olor, ¿eh?

Asentí mientras me llevaba a la boca un buen trozo de aquel manjar. Fue una gran decepción descubrir que no sabían absolutamente a nada, como siempre.

—Buenos días, David.

Mi hermano se acababa de sentar a la mesa. Sus ojos aún estaban medio cerrados y bastante inflamados, seguramente como consecuencia del llanto de la noche pasada. No se atrevía a alzar la mirada, hasta que por fin murmuró.

—Buenos días, mamá... buenos días, Noa.

Bárbara abrió los ojos desmesuradamente.

—Hola, mi amor.

—¿Me haces un chocolate?

—Claro, cariño, lo que tú quieras —parecía emocionada y feliz—. ¿Ayer cenasteis bien?

—Sí, Noa me cuidó muy bien. Cenamos juntos.

Me sonrió. Al parecer, sin pretenderlo, había creado una especie de lenguaje secreto entre nosotros. Cuando la noche anterior le hice saber mi preocupación porque sus padres no volvieran a dejarnos solos si creían que no habíamos sido capaces de cuidar el uno del otro, sólo pretendía llevarlo a mi terreno y que acabaran tantas quejas. Sin embargo, había iniciado algún tipo de nexo, de conexión indeseada.

Me levanté de la silla sin mediar palabra y subí a mi habitación para cambiarme, procurando no cruzarme con Chris por el camino. No sabía cómo iba a afrontar otro día en el instituto sin conseguir ninguno de mis objetivos. Estaba muy descentrada. Cogí unos vaqueros grises que casi nunca usaba, una camiseta negra de manga larga y unas botas abrigadas; me hice una coleta alta delante del espejo y salí por la puerta principal sin cruzarme con nadie, en busca de mi coche.

Las clases se sucedieron inevitablemente soporíferas. Ni-na no había asistido a ninguna de sus asignaturas y por lo visto, Hugo tampoco; no conseguía dar con él. ¿Habrían hablado ya de una vez?

A cuarta hora teníamos religión. Al menos estaría más entretenida observando, investigando el extraño e intenso, aunque de momento insuficiente, romance entre Eric y la señorita Nordovest.

La profesora estaba mucho más tranquila. Parecía emocionada, pero me transmitía más seguridad y confianza que miedo. Deseaba a Eric con todas sus fuerzas, pero la sensación había pasado de angustiosa a desinhibida, y sobre todo física.

Se paseaba por el aula intentando contagiarnos su felicidad por la existencia de un Dios misericordioso, un ente superior que nos cuida y mimar. No era eso lo que estaba provocando en ella toda esa euforia, precisamente.

—¡Eric! —susurré con fuerza para que se girase. Mi compañero ocupaba el pupitre de delante del mío—, ¿seguro que aún no habéis estado juntos?

Me miró angustiado, con gesto reprendedor.

—No digas tonterías... que te va a oír. No, ya sabes que te lo habría contado.

—Ya, pero como casi no me hablas...

Sin llegar a comprender el porqué, de pronto me sonrió. Estaba más contento.

La señorita Nordovest se había situado delante de la mesa de Eric. No adoptó una postura reprendedora como cabía esperar ante la visión de dos alumnos cotorreando e interrumpiendo su clase, sino que más bien estaba celosa y quería captar la atención de su chico. Me observó atentamente para terminar posando su mirada en su verdadero objetivo.

Ya no estaba celosa. Comencé a desear intensamente a Eric. Mi cuerpo se estaba electrificando, sólo que esta vez no me sentía enferma, sólo libre y repleta de deseo. Por un instante envidié a aquella mujer, envidié que pudiera experimentar tales sensaciones por la simple conexión visual con un hombre.

Eric sentía con menos intensidad y me costaba captarlo, pero parecía encontrarse a gusto... quizá algo nervioso e intrigado. Ella pestañeaba de una manera mucho más ralentizada, y un ligero rubor teñía sus mejillas y sus labios, haciéndola bastante más bella. Remoloneaba inclinando de vez en cuando la cabeza mientras hablaba, casi siempre mirando a Eric, y de vez en cuando acariciaba con la yema de los dedos el borde de su pupitre. Nadie parecía percatarse salvo el interesado y yo. Era muy evidente, claro que yo notaba lo que sentía ella gracias a mi poder, y los demás no.

Lo importante era que Eric estaba centrado en todo aquello, embelesado ante el ritual, y yo debía memorizar la actitud de ella para intentar ponerla en práctica con mi objetivo, si es que conseguía volver a verlo alguna vez más en la vida.

A la hora de la comida nos dirigimos hacia el comedor, tal y como habíamos acordado el día anterior que haríamos en adelante.

—Noa.

Eric se había detenido y me señalaba con discreción una mesa apartada en el extremo de la cafetería. Hugo estaba allí sentado, solo, con la cabeza hundida entre los hombros y la mirada perdida. Nadie se acercaba a él. Mantenía a su alrededor una especie de barrera invisible que nadie se atrevería a traspasar.

—¿Qué hago? —un agobio repentino me invadió.

—Sé que parece impensable, pero ve a sentarte con él. Es evidente que algo le pasa.

“Sí, y me sería del todo útil saber qué siente”, pensé.

Era evidente que estaba sufriendo, pero no era capaz de afirmar que Nina fuera la causa de aquel dolor.

Eric se sentó solo en otra mesa cercana y yo me dirigí lentamente hacia Hugo. Los demás alumnos me observaban atentamente, extrañados, aunque no era eso lo que me preocupaba. Me senté frente a él, pero estaba tan enfrascado en sus asuntos que parecía no haberse dado ni cuenta.

—Hola, Hugo —susurré.

Alzó la mirada hacia mí enarcando las cejas. Parecían pesarle toneladas los párpados, pero aun así consiguió expresar sorpresa.

—Noa... hola... ¿Necesitas algo?

—Yo... no, que va... verás, es que te he visto solo, y pareces tan... tan...

Lanzó un suspiro lastimero.

—Tanto se nota, ¿eh?

Parecía tan triste, tan abatido... No sabía muy bien cómo abordar el tema.

—Ya sé que no nos conocemos, y que puedo parecer un poco... distante, pero si te apetece hablar, a veces es más fácil con extraños.

Sonrió con cierta sorna desesperada. Negó con la cabeza mientras se mordía el labio inferior.

—Me ha dicho que no me quiere, que nunca me ha querido.

Me costaba reaccionar ante un desaguisado que yo misma había provocado, pero tenía que hacerlo, debía ser empática de verdad, o al menos aparentarlo, sin hacer uso de mis inútiles poderes. Así que llevé lentamente mi mano derecha hacia la parte de la mesa sobre la que descansaba su brazo izquierdo, hasta hacer contacto con su piel. Sorprendentemente no sentí nada. Apoyé toda la palma sobre su antebrazo intentando infligirle algo de calidez, de fingido apoyo.

Súbitamente cerró los ojos dejando así rodar mejillas abajo dos lágrimas perfectas.

Yo no podía comprender la falta absoluta de rechazo hacia el contacto con su piel. Había sido como tocar mi propia mano, natural y fácil.

—¿Ya no estáis juntos?

—Dice que nunca debió salir conmigo, que está confundida y que no se siente enamorada.

—¿Sólo te ha dicho eso? ¿Sin más explicaciones?

—Se ha cerrado en banda. No quiere hablar del tema y no sale de su casa desde anteayer. No ha venido a clase.

—Ah, ¿no? —fingí sorpresa de un modo comedido.

—Qué va. No quiso salir conmigo la otra noche... me dijo que no se encontraba bien. Pero ayer me llamó al móvil a las siete de la mañana y me lo soltó todo.

—Lo siento tanto.

—No quiere darme más explicaciones, pero parece que oculta algo. A lo mejor se ha enamorado de otro.

—No, no, yo de verdad no creo eso.

—No sé qué pensar.

—Ayer parecías estar bien, no me imaginé...

—No quería que me atosigaran, y además albergaba ciertas esperanzas, ya

sabes. Pero no hay manera ni de que me conteste al teléfono. No me apetece que la gente me compadezca.

Solté de golpe su mano y me eché hacia atrás, por si mi contacto e intento de acercamiento pudieran resultar contraproducentes a la luz de su declaración.

—No, no te preocupes. No sé por qué, pero me siento un poco mejor. Estoy a gusto contigo, Noa. Quizá tengas razón en lo de los extraños, que es más fácil.

Nos quedamos en silencio, allí solos, con todo un mundo exterior observando nuestra extraña y repentina unión.

—Deberíamos ir para clase —concluí unos minutos más tarde—, es tarde. ¿Quieres que vayamos juntos?

—¿Te importa quedarte un rato más conmigo?

Repentinamente me sentí muy segura, más fuerte. Todo aquello parecía estar funcionando a las mil maravillas, y sin un esfuerzo excesivo por mi parte.

—Claro.

Nos estábamos quedando solos en el comedor. Los alumnos estarían ya en sus clases, y los profesores un tanto de lo mismo; los cocineros ocupados en las limpiezas. Así que estábamos completamente solos.

—Creo que debemos salir de aquí sin levantar sospechas o en pocos minutos tendremos a alguien encima regañándonos.

Hugo se levantó, tomó mi mano sin vacilar y tiró de mí hacia un ventanal inmenso que se hallaba entreabierto y daba a los jardines exteriores del edificio.

—¿A dónde vamos?

—Da igual, fuera de aquí.

No me soltó hasta que nos encontramos delante de su coche en el parking, un todoterreno azul oscuro metalizado bastante grande. Abrió con el mando a distancia y me invitó a pasar. Me sentí momentáneamente algo vulnerable. ¿Me iba a encerrar en la parte trasera de un coche con cristales tintados con un

hombre, sin poder hacer uso de mis poderes? Hacía tiempo que no me preocupaba mi integridad física, pero aquello era tentar a la suerte.

—Yo... mejor no...

—No te preocupes, sólo quiero desaparecer un rato.

No me lo pensé más. Era mi oportunidad de intimar con él y no me quedaban muchas opciones, así que tendría que subirme sin rechistar.

Nos sentamos uno al lado del otro, sin decir nada, sin hacer nada. Pasaron los minutos en una quietud absoluta hasta que él apoyó su cabeza contra mi hombro. Contuve la respiración unos instantes, atenta a su próximo movimiento. Nada. Se quedó inerte, tranquilo, callado; así que recuperé el aliento, me relajé y dejé que disfrutara de las recientemente conocidas cualidades edificantes de mi hombro.

Debimos pasar así al menos dos horas.

—¿Cuál es tu historia, Noa?

Me hallaba perdida en mis cavilaciones y pegué un pequeño respingo al referirse a mí después de tanto silencio.

—¿Eh? Oh, mi historia...

Se había incorporado para sentarse con las piernas cruzadas sin reparo sobre la tapicería y mirando hacia mí. Así que hice lo propio e imité su postura, quedando así ambos enfrentados.

—La verdad es que sé muy poco de ti, aparte de que llegaste al pueblo hace unos dos años y te adoptaron los Tessani... Bueno, y que no sé por qué motivo, tu simple presencia cabrea mucho a Nina.

Alcé las cejas, pero preferí hacer caso omiso al comentario y no adentrarme más en las posibilidades.

—No sé...

—Pensaba que eran celos y en ocasiones era halagador, aunque no iba a consentir que sus comentarios afilados dañasen a nadie.

—Ya, bueno, a mí nunca me ha dañado.

—No es mala persona, ¿sabes? Mi ex novia —arrastró las últimas palabras como si fueran imposibles—, no está en muy buena situación. Supongo que no los conoces, pero sus padres no son buenos, y ella... bueno, digamos que no se siente muy querida. No tiene autoestima, aunque pretenda demostrar lo contrario, y sufre mucho.

Era sorprendente cómo alguien podía llegar a conocer de esa manera tan íntima a otro alguien sin estar dentro de su cabeza. Realmente Nina se sentía así, y toda su rabia, indecisión y egocentrismo tenían origen en una desmesurada falta de autoestima.

—Alguna vez he visto a su madre —recordé su pinta de vigoréxica terminal y torcí el gesto a modo de reprobación.

—Entonces a lo mejor entiendes a qué me refiero. Su madre es una enferma absoluta y su padre huye de la casa continuamente —alzó su mirada vidriosa hasta mis ojos—. ¿Cuál es tu excusa?

—¿Mi excusa?

—Sí, vale, supongo que has pasado la vida en orfanatos y casas de acogida si los Tessani te adoptaron a los dieciséis... Debió ser muy duro, pero pareces de hielo... nunca hablas con nadie, jamás te he visto sonreír. Sola, perseguida de cerca por Eric, otro iceberg a la deriva. ¿Qué pasa contigo?

—¿Conmigo? ¿Qué pasa contigo que dejas que semejante espécimen te consuele?

Sonrió.

—¿Me estás evitando?

—Un poco sí. No estoy acostumbrada a “abrir mi alma” por doquier, que digamos —incliné un poco la cabeza y ralenticé mis pestaños procurando parecer cándida—, compréndelo.

Rozó con las yemas de sus dedos mi mejilla.

—Lo comprendo. Aunque no entiendo muy bien a qué se debe el lujo de tu

consuelo; me ha sorprendido mucho que precisamente tú te acercases a mí.

—No he podido soportar verte así, sin tu eterna media sonrisa.

Me miraba fijamente y yo no me sentía incómoda. Todo fluía muy fácilmente.

—¿Entonces?

—Entonces... podríamos decir que cuando no te abres a tu alrededor, cuando levantas una pantalla que no permite querer ni que te quieran, no sufres. Es una premisa en el manual de supervivencia del huérfano perenne.

Soltó una carcajada.

—Muy intenso, me gusta. Ahora mismo yo también desearía no tener capacidad de querer... aunque creo que me estaría engañando.

Lo que Hugo decía no era cierto, pero decidí comportarme con coherencia a mi situación. Claro que podía evitar querer, yo lo había hecho, con ayuda de fuerzas sobrenaturales, pero lo había conseguido.

—Bueno, ¿y ahora qué vas a hacer? —quise saber.

—Seguir con mi vida, supongo. Darme por vencido, seguramente, dejar de tirar de algo que ya no va a ninguna parte... ni iré por mucho que me empeñe.

Continuamos en su coche de cháchara al menos una hora más. Cuando nos despedimos frente a la puerta principal del instituto, me dio un abrazo del todo inesperado. Procuré dejarme llevar, pero su carcajada al soltarme no dejó lugar a la duda: mi reacción debió ser muy llamativa.

—No te suelen tocar mucho, ¿eh? —concluyó mientras se acomodaba en el asiento del piloto.

Monté en mi coche algo desubicada y me dirigí a toda prisa hacia mi “remanso”. Necesitaba hacer algo de ejercicio; tenía que entrenar, hacer algo que me resultase conocido y mecánico dentro de todo aquel maremágnum de roces, miradas, sonrisas e historias íntimas.

Seguía sin saber cómo se sentía Hugo; no captaba nada.

“No parece un mal chico”.

Me reprendí inmediatamente. Ninguno parece un mal chi-co, normalmente. Tenía que reorganizar mis ideas, y rápidamente.

CAPÍTULO 16

Atravesé el pueblo como una exhalación, arriesgándome a que algún control me parase por el camino. Pero es que no podía soportarlo, debía llegar a “mi verdadero hogar” cuanto antes. Aparqué junto a los matorrales de siempre y

caminé hasta la cueva, pasándomela de largo para dirigirme al lugar donde entrenaba. Mientras marchaba a toda prisa, mi cabeza parecía una lavadora vieja en pleno centrifuga-do. Estaba en cierto modo aliviada, todo iba bien con Hugo, pero a la vez, tanto comportamiento humano, tanta sensibilidad...

Me sentía confundida.

Pasé los arbustos, trepé por las escarpadas piedras y salté al vacío, aterrizando con las palmas de las manos y una rodilla hincada en el suelo.

Me posicioné en el centro de la explanada, inspiré hondo y junté las manos a la altura de mi pecho para canalizar y equilibrar mi fuerza. Flexioné ligeramente las rodillas y me impulsé hacia arriba. En el punto más alto estiré los brazos para subir aún más, me arqueé hacia atrás y di una voltereta en el aire para caer con un gran estruendo, de cuclillas, al acecho.

Algo no estaba bien, me sentía intranquila... ¿impresionada? Comencé a lanzar patadas y puñetazos al aire. ¿Habría alguien merodeando por allí? Tenía una sensación...

Y de pronto lo comprendí. Me sentía exactamente igual que cuando estaba junto a mi compañero.

—¡Eric!

—¿Si?! ¡Sí, soy yo, Noa! ¡Pero no puedo pasar! —su voz provenía del otro lado de las rocas.

Me lancé contra el muro de piedra y lo trepé sin pensármelo dos veces, antes de que mi compañero pudiera asomar la cabeza. Me quedé de pie sobre la cima del muro. Allí estaba Eric, prácticamente bajo mis pies, intentando alcanzar mi posición.

—¿Qué haces aquí, Eric?!

—¿Me ayudas? —estaba completamente rojo por el esfuerzo, y me miraba suplicante.

—Es mejor que te dejes caer.

—¿Hablas en serio? ¡Lo menos hay cinco metros!

Me descolgué junto a él y me solté, deslizándome pegada a las piedras por su parte más lisa. Eric observaba la operación sin dar crédito. Estaba asustado.

—¡Baja! ¡Yo estoy aquí esperándote, seguro que no te haces daño si te dejas caer por el mismo sitio!

De pronto se soltó comenzando el descenso bastante más torpemente de lo que yo lo había hecho, y raspándose la mejilla por el camino. Un segundo después estaba de rodillas a mi lado, en tierra firme entre los arbustos.

—Pero... pero ¿qué hacías ahí? ¿Y cómo has conseguido llegar? No lo entiendo —sus ideas se atropellaban.

—Soy un poco menos torpe que tú.

—¡Eso ya lo he visto!

—Bueno, simplemente se me da bien la escalada... y la caída “medio libre” —intenté justificarme.

—¿Perdona? ¿La escalada? Y los saltos en el aire con voltereta mortal... ¡Y la lucha! Si parecías una de esas princesas guerreras japonesas que salen en las series *anime*.

Me había visto, había conseguido asomarse lo suficiente para descubrirme. No era tan torpe. Suspiré y pasé la yema de mi dedo pulgar por su mejilla para limpiarle la sangre que se abocaba hacia su barbilla. El bello de mi brazo se erizó con el contacto. Toda la tarde sin sentir ningún tipo de sensación ante los continuos roces con Hugo... no me había dado cuenta de que ya no estaba con él. Incómoda, retiré la mano.

—Tienes una herida.

—No, no... pasa nada —balbuceó—. ¿Qué haces aquí, Noa?

Estaba resultando un gran inconveniente. Ya no necesitaba su ayuda, al parecer, y sabía demasiado. Aunque, por otro lado, confiaba bastante en él y si alguien me descubriría mejor que fuera él y no cualquier otra persona. Al fin y al cabo, era mi sombra y estaba a mi servicio, sobre todo desde que le había acompañado a El Cerro a reconocer el cadáver de su hermano. Él se había

ofrecido y aún era posible que lo necesitase, aunque no fuera para obtener más asesoramiento sentimental.

—Es mi... sitio especial, ¡y secreto! O al menos lo era hasta hace unos minutos. Vengo a entrenar.

—¿A entrenar el qué?

—Bueno, he pasado mucho tiempo sola en la calle, en un mundo lleno de peligros. Tuve la suerte de poder aprender unas cuantas cosas de un amigo, y ahora practico por mi cuenta, ya sabes, lo que veo en los videos.

—¿En los videos? ¡Ni en “Tigre y Dragón” hacen lo que yo acabo de ver, Noa! Eres brutal.

—Se me da muy bien.

—Así que el otro día, en El Cerro, con los capullos del parque...

Estaba sumamente anonadado, como si hubiera descubierto que se estaba convirtiendo en *Spiderman*.

Asentí recatada.

—No podía dejar que nos hicieran daño...

—¡Lo sabía! Sabía que había visto algo.

—Bueno, vale, pero vámonos de aquí, que no quiero que nadie nos descubra y no paras de gritar.

—¿Y este es tu “lugar privado” desde cuándo?

—Casi desde que llegué; un día dando un paseo lo descubrí, sin más. Me encantó y tiene difícil acceso para los cotillas... aunque no para todos, por lo visto.

—Es increíble.

Él no tenía por qué saber más, ni conocer la existencia de la cueva. Avanzamos hacia donde había ocultado mi coche.

—¿Cómo me has encontrado? —de pronto comprendí que no tenía lógica que

él paseara por allí casualmente.

—Quería preguntarte qué tal había ido todo con Hugo a la salida del instituto, pero de pronto os habéis abrazado y te has marchado escopetada en tu coche. He salido detrás pensando en encontrarnos en tu casa, pero has cruzado el pueblo a toda prisa. Te he perdido e iba a desistir, y entonces me ha parecido ver tu *Golf* entre los matorrales.

—La próxima vez lo taparé mejor —comenté aparentando fastidio.

CAPÍTULO 17

—¿Puedo entrar contigo?

Eric había parado su camioneta detrás de mi coche, en el lateral de la casa Tessani, y ahora me seguía bastante afligido por el camino de entrada.

—Bueno. Pero ni una palabra de dónde hemos estado ni de lo que has visto, ¿de acuerdo?

—Ya sabes que sí.

Ya había anochecido y la familia estaba viendo la tele en el sofá de la sala.

—Hola —me dirigí a todos en general, pero a Bárbara en particular—, Eric y yo vamos a terminar un trabajo en mi habitación.

—¡Hola pareja! Claro, procuraremos no molestaros... Han sobrado San Jacobos y patatas asadas, están en el horno, por si más tarde os apetece picar algo.

—Sí, eso, ¿no prefieres darles servicio de habitaciones? Si quieres vas y les cambias las sábanas después de...

Chris utilizaba el sarcasmo más profundo de su abanico de registros desagradables.

Eric se sintió incómodo y algo azorado.

—Ve a mi habitación y espérame allí, por favor —le susurré.

Bárbara parecía escandalizada.

—Chris, ¿pero de qué estás hablando? ¿Cómo puedes ser así?

—Esta “niña” tiene edad suficiente para ser una zorrilla si quiere, y usa nuestra casa de picadero. ¿Y tú les proteges? Eres patética, Bárba, aunque no sé de qué me sorprende.

—¡No me hables así! ¡No me digas eso! —las lágrimas se desbordaban por su cara.

—¿No? ¿Por qué no? ¡No sirves para nada más que para decorar, limpiar y andar por ahí como un fantasma! ¡No sirves ni para la cama! ¡Claro que como

ella no lleva tu sangre quizá ese chico tenga suerte y disfrute un poco más que yo!

Yo observaba de pie, frente al sofá, toda la escena. Peleaban muy a menudo, pero nunca había presenciado ninguno de sus espectáculos. David no miraba hacia sus padres, sino hacia la tele, y se balanceaba compulsivamente. De pronto se levantó.

—¡Mierda, papá, deja a mamá tranquila!

Chris se quedó como anonadado. Estaba claro que no se esperaba esa reacción por parte de su hijo predilecto.

—Perdona, pedazo de mierda, ¿tú quién te crees que eres para hablarme así?

—¡¡Soy tu hijo!! ¡¿Comprendes?! ¡Tu hijo, no tu puta marioneta!

—No te preocupes, David, estoy bien, sube a tu cuarto, anda, cariño, corre — Bárbara disimulaba sus lágrimas.

—¡No pienso irme! ¡No voy a dejar que te toque!

—¿De qué hablas, cabrón vendido de mierda? —Chris parecía algo asustado.

—¡¡Lo he visto!! ¡Sé lo que le haces a mamá mientras llora y suplica! ¡Lo he visto! ¡¡Porque le tapes la boca no voy a dejar de oírla!!

—¡¡¡Cállate!!! —Chris tenía los ojos en blanco, estaba fuera de sí.

—David, no... —Bárbara parecía muy asustada e inmensamente triste.

Chris se lanzó sobre su hijo y lo levantó asiéndolo por el cuello ante la más completa desesperación de su abnegada esposa.

—¡¡¡Chris!!!

Bárbara golpeaba la espalda de su marido intentando angustiada que soltara a su hijo. Una especie de furia se apoderó de mí, un sentimiento que nunca debía haber existido en mis inhumanas entrañas y que me lanzó contra mi padre adoptivo. Retorcí su brazo derecho hasta dislocárselo, liberando así a David de la asfixia. Inmediatamente se volvió contra mí y con un alarido furibundo lanzó su brazo izquierdo contra mi cara.

—¡No! —Bárbara parecía desquiciada mientras atendía a David que estaba tendido sobre la alfombra.

Esquivé su puño y Eric, que debía haber bajado al oír los gritos, tomó sus brazos por la espalda y lo tiró al suelo asido por las muñecas, golpeándose una ceja contra la esquina de la mesita auxiliar.

Bárbara y David lloraban abrazados mientras Eric y yo tirábamos de él arrastrándolo hasta la entrada.

—Me las vais a pagar —susurraba mientras nos observaba con el mayor de los odios reflejado en sus ojos.

—Pues yo creo que te vamos a demandar por maltratos y que igual no vuelves a aparecer por aquí, ¿no? —le amenacé.

—¡Niñata desagradecida!

—Sabía que eras un mierda Chris, pero nunca me imaginé que abusaras así de tu mujer. He estado ciega —en cierto modo me sentí culpable por haber abandonado la empatía con ellos—. Tu hijo lo sabe, y sólo con eso debes ser consciente de que vas a morir solo.

Se zafó de nosotros y salió por la puerta principal después de coger con movimientos torpes del mueble de la entrada las llaves del coche, las de la casa y su cartera.

—O—

No sabía qué sentir, y la proximidad de Eric me inundaba de preocupación y agitación.

Era lo más lógico, acababa de presenciar una disputa familiar ajena y bastante desagradable, e incluso había intervenido en ella.

—Gracias por tu ayuda, Eric.

Nos encontrábamos de pie en el umbral de la puerta de la sala observando cómo madre e hijo se aferraban el uno al otro llorando desconsoladamente. Bárbara le decía al oído una y otra vez que lo sentía.

—Ha sido un placer. Nunca más consentiré algo así, aunque me cueste la vida.

—Lo que pasaba en tu casa no era culpa tuya, Eric, era muy difícil que pudieras evitarlo.

Bárbara se acercó a nosotros limpiándose las lágrimas.

—Has sido muy valiente, mi amor. Has hecho lo que yo de-bía haber hecho hace años. Siento que hayáis tenido que pasar por esto. No os merecáis una madre tan cobarde.

—No sabía que la cosa fuera tan grave —necesité decir.

—Yo no quería que lo supieseis... pero David, parece que... debió verlo — las palabras se le trababan en la boca.

—No te preocupes, no os volverá a hacer daño. Todo irá mejor ahora —no sabía muy bien cómo consolar a nadie; yo sólo había hallado consuelo en la venganza, así que no encontré más palabras para ella.

David se aferraba a la cintura de su madre desde su espalda. Comprendí que tenía que salir de aquella sala, debía abandonar la dramática escena y cortar todo aquel flujo de sensaciones, la mayoría propias.

—Vamos a mi habitación, Eric.

—Noa... —me llamó Bárbara con tono lastimero.

—No te preocupes, está todo bien; quédate con David. Yo necesito un poco de intimidad, y prefiero subir a estudiar con Eric.

Mi madre adoptiva asintió.

—Gracias a ti también, Eric. Me alegro de que ahora estés con mi niña, y en nuestras vidas.

Eric le sonrió y me siguió escaleras arriba.

Entramos en mi alcoba y nos sentamos sobre la cama. No-té un alto grado de preocupación por parte de mi compañero.

—Tranquilo, Eric, estoy bien, no te preocupes por mí.

—¿Prefieres que me vaya?

—No, en realidad no —era la verdad; seguramente estar un poco distraída me ayudaría a evadirme y a centrarme luego con más facilidad de nuevo en la consecución de mi objetivo.

—Hoy ha pasado algo —declaró después de unos dos minutos de debate interno.

—¿Qué?

—Algo en el instituto.

—¿Algo malo? —“¿Por qué de repente le cuesta tanto hablar?”, pensé.

—Después de dejarte en el comedor con Hugo preferí bajar a comer al sótano.

—¿Al sótano? —nunca me había mencionado nada de un sótano.

—Sí, está debajo del gimnasio, y es donde se guardaba antes el material deportivo. No es un sitio muy salubre, pero al menos te procura una intimidad absoluta. Allí comía yo todos los días antes de que aparecieras y comenzásemos a ir juntos a las gradas.

Más que “juntos”, se había pegado a mí desde el principio, en ocasiones sobrándome sobremanera.

—¿Y qué?

—Pues que ya no es un sitio tan privado; otra persona lo ha convertido en su comedor particular.

Estaba avergonzado y yo ya sabía por qué.

—La señorita Nordovest —afirmé.

—Laura, se llama Laura.

—¿Y qué ha pasado? —no me interesaba en exceso saberlo, ya no me era útil, pero su conversación me estaba sacando de la espiral de confusión que acababa de vivir abajo, en la sala de la familia Tessani.

—Que le he preguntado si le importaba tener un poco de compañía y me ha dicho que no. Estaba emocionada, Noa. Creo que ha pensado que la estaba buscando, o que la había seguido, y simplemente es que no he sabido retroceder al encontrarme allí de pronto con ella.

—Ya, ¿y?

—Pues me he sentado a su lado, y ella, no sé cómo, unos minutos después estaba muy cerca. Mucho, Noa —meneaba la cabeza negando la evidencia.

—¿Y? —me estaba impacientando.

—Que al final, la he besado, creo.

—¿Crees?

—Creo que he sido yo, no sé, porque unos segundos después estaba sin camiseta y con los pantalones desabrochados debajo de ella. Ha... ha sido todo muy rápido. Ella estaba tan... ¡Se ha quitado la camisa y ni siquiera llevaba sujetador!

Se sentía culpable.

—Así que lo habéis hecho.

—No, no, que va, lo he parado, no he podido, no sé si... no sé.

—¿No te gustan las mujeres?

—Sí, mucho, no es eso.

—¿Entonces? ¿No quieres?

—No es eso tampoco. Te puedo asegurar que me moría de ganas. He tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para parar todo aquello. Se ha soltado el pelo, se ha quitado las gafas y estaba resplandeciente allí sentada sobre mí medio desnuda. No ha sido nada fácil, Noa.

—Entonces no lo entiendo. Te veo con la cara lavada por primera vez en dos años, sin pinturas negras... ¡y sin clavos! Parece que se ha operado un cambio en ti, y se te ve hasta feliz. ¿Qué es lo que te da miedo ahora?

—¿Miedo? ¿No lo sabes? ¿No te lo imaginas?

Realmente estaba agobiado y preocupado.

—Sé que antes éramos tú y yo, y que nuestra relación era distinta, pero ha sido una semana... de locura. Lo de tu hermano, lo de Hugo...

—Hugo, es verdad —me cortó bastante serio—. ¿Cómo ha ido lo de Hugo? Era lo que te quería preguntar esta tarde cuando te he seguido hasta tu... “lugar privado”.

—Fenomenal, creo que le gusto. Todo va genial. No deja de tocarme y me mira muy intensamente.

—Entonces puedo dejar de preocuparme.

Eric últimamente me volvía loca. Sufría unos cambios de humor que yo no era capaz de comprender. Se había calmado, pero volvía a estar triste y apagado. No me hacía sentirme mal, ni me provocaba dolor, pero me mantenía en un estado continuo de desequilibrio mental.

—Tengo hambre. ¿Quieres que bajemos a cenar algo? —pregunté.

—Sí, por favor. Últimamente trago como una lima. Mira, he engordado y todo.

Lo observé detenidamente. En realidad, no me solía fijar mucho en él, aunque sí lo recordaba más delgado, fibroso, pero flaco. Ahora estaba más fornido, mucho mejor.

—Mejor.

—¿Qué?

—Que estás mejor así. Antes, entre la pintura, los clavos y la escasez de carne... estabas como demacrado, parecías enfermo.

—¿Gracias? Supongo.

Serví en dos platos un par de San Jacobos y una patata asada para cada uno.

—Quieres que lo caliente un momento? —me preguntó Eric.

—No sé, ¿tiene que estar caliente?

—Pues la patata como quieras, lo otro no sé qué es.

—Es una especialidad de Bárbara, al menos eso he oído, ya sabes —me señalé la boca recordándole mi problema de falta de gusto—, los San Jacobos. Creo que lleva pollo marinado, queso fundido y jamón cocido; luego lo empana.

—Tiene que estar bueno —sonrió—. Entonces hay que calentarlo, seguro, para que se funda el queso. Déjame, verás.

Me daba igual, con que no tardara mucho. Necesitaba aplacar los rugidos de mi estómago.

Según avanzaba el segundero del microondas, y se calentaba el plato, iba notando una creciente invasión de aroma a queso en mis fosas nasales. Había algo más, no sabía si era la patata asada, pero era embriagador. La boca se me hizo agua.

—Me está oliendo la comida.

—¿En serio?

Asentí ajena a la sonrisa que se dibujaba en mi cara.

—Huele a queso... y a patata... y...

—¿Pollo empanado y setas?

—No sé cómo huele el pollo empanado.

—La verdad es que no entiendo mucho tu enfermedad. ¿Sabes cómo huele el queso y la patata asada pero no el pollo empanado?

—Sé cómo huele lo que ya había olido, lo que alguna vez me supo a algo.

—Ah, vale, no siempre te paso esto, ¿no?

En ese momento sonó la alarma. Mi plato ya estaba a punto. Eric lo sacó ceremoniosamente del micro y lo paseó por delante de mi nariz.

—¿Qué haces? Dámelo ya.

—Anda, toma, borde.

Corté un trozo de aquel maqueado filete de pollo y me lo llevé a la boca. Al comenzar a masticar, el queso fundido se desparramó por todo mi paladar. Aquello no era insípido, tenía algo de sabor, no mucho, pero sabía sutilmente a queso, y a algún tipo de setas. No era capaz de distinguirlo bien, pero tenía sabor.

—¡Tráeme la mantequilla, y la sal y la pimienta, por favor!

—¿Qué pasa, Noa?

—Nada, ya voy yo —me bajé del mostrador sobre el que había apoyado el trasero para no comer de pie, y me dirigí a la nevera.

Eric me seguía con los ojos por todas partes mientras yo buscaba especias que pudieran resaltar el sabor de la patata. Unté la mantequilla por toda la superficie del tubérculo, lo rocié de sal y pimienta, lo salpiqué de paprika y me llevé un trozo a la boca.

—¿Sabe a algo? —me preguntó Eric atónito.

—Sí —contesté con la boca llena—, un poco sólo, pero no es insípido.

—¿Y por qué de repente empiezan a saberte las cosas?

Aquella pregunta era el quid de la cuestión. ¿Por qué ahora? Primero la comida huele, luego tiene sabor... precisamente cuando comienzo a sentir cosas. Era la humanización, y aquello duraría mientras no cumpliera con mi misión, y cuanto más tardara, más humana sería. Tenía que apresurarme.

—Ni idea. A lo mejor era psicológico. Siempre me ha invadido en esta casa el olor intenso al aroma de vainilla y flores que pone Bárbara compulsivamente por todas partes, pero ahora me huelen otras cosas.

—¿Vainilla y flores? En esta casa no huele a vainilla, y mucho menos a flores.

No quiero ser desagradable, pero huele como a humedad y a tabaco.

—Qué va, si todo huele a vainilla, sobre todo mi habitación.

Eric meneaba muy seguro la cabeza.

—O—

Nada más irse Eric, me pasé por delante de la habitación de Bárbara para comprobar que todo seguía bien. Pude oír las respiraciones desacompañadas de David y su madre, que se habían acostado juntos.

Me metí en mi cama durmiéndome enseguida a pesar de todo lo acontecido y lo mucho en que tenía qué pensar. El agotamiento se apoderó de mí.

Hacia las tres de la mañana me desperté sobresaltada. La ropa de mi cama ondeaba al viento como si un tornado hubiera decidido caprichosamente nacer a los pies de mi lecho. Me incorporé sujetando sobre mi piel la camiseta amplia con la que me había acostado. Me apresuré a cerrar la puerta de mi habitación para evitar que los demás se despertasen.

—¿Aura?

—Ssssi, Noa.

—Hola, Aura. ¿Qué pasa?

—Es Tissifone, quiere verte...

—¿Quiere verme? ¿Ahora?

—Sssi...

Me preocupé bastante. No solía ponerse en contacto conmigo mientras realizaba una misión, por mucho que tardase en organizarme y acabar con mi objetivo; claro que en esta en particular se estaba dando una situación muy especial y nada habitual.

Abrí a toda prisa el armario y saqué unos vaqueros, las botas de cordones y un jersey negro, dispuesta a vestirme a toda prisa para dirigirme a la cueva.

—No será necesario...

—¿No? ¿Por qué?... ¡Aura!

No tardó en llegar la respuesta en forma de agobio asfixiante. Súbitamente mi cuarto se quedó sin aire y una luz brillante y blanca anunció la inevitable visita: Tisífone había llegado. Su hierática presencia contrastaba sobremanera con la informalidad de mi habitación. Nunca me había encontrado con ella fuera de los puntos de conexión con el Tártaro, lugares inaccesibles como el de la cueva; aparte de la primera vez. Sus movimientos eran lentos y ceremoniosos en una atmósfera de aire espeso e irrespirable. Cuan equivocada se hallaba la humanidad definiendo aquella sensación resultante como simple “ansiedad”.

—Madre, ¿qué haces aquí? ¿Qué sucede?

Me observaba curiosa, con el rostro inclinado, rodeándome, envolviéndome.

—Es cierto lo que me temía.

—¿Qué sucede? —supe enseguida que mi tono era demasiado afectado.

—Estás implicándote, sientes.

Retiré mi mirada de sus escrutadores ojos color violeta. Claro que sentía, y ella tenía que saberlo desde el principio.

—No es preocupante, madre —procuré mostrar serenidad.

—¿A ti no te preocupa? —desconfiaba.

—Sí, es desagradable el dolor, la angustia, el miedo...

—¿Y lo bueno? ¿La alegría? ¿La risa?

—No merece la pena, quiero terminar y volver a ser como antes.

—Qué equivocada y perdida estás, hija mía. ¿Cómo va todo?

—Como debe ir, bien. A pesar de no poder hacer uso de mis poderes con mi

objetivo, yo...

—¿No sirven tus poderes con ese hombre? —estaba realmente sorprendida.

—No, no siento nada a su lado, no sé lo que siente... y la seducción —meneé la cabeza—, nada. Creía que lo sabías.

Tisífone paseó por la habitación pensativa. Apoyó la palma de su afilada mano sobre la pared que daba a la habitación del matrimonio.

—Has ayudado a tu “familia”. No estás aquí para eso, Noa.

—No lo pude evitar, es culpa de estos malditos sentimientos humanos. ¿Cómo lo iba a permitir?

Alzó las cejas sorprendida.

—¿Vas a cumplir con tu cometido?

—Por supuesto. No quiero volver a sentirme como entonces.

—¿Como entonces? Pareces haberlo olvidado, sin embargo. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer, Noa. Tu necesidad, tu indefensión... Querías morir. Llegué a percibir lo que sentías justo unos instantes antes de que yo apareciera en aquella estancia. No estabas en tu cuerpo, no había nada de ti en aquella carne que cubría tu alma y que él despedazaba noche tras noche. Y en cuanto reparaste en mí comprendiste lo que iba a suceder, y querías que sucediera ¡Querías que te matase!

—No podía seguir viviendo así.

—Tanto tiempo sufriendo un abuso intolerable y finalmente ibas a ser castigada, como él.

—Es un delito que lo consintiera, dejarme noche tras noche. Me lo merecía, madre.

—¡No que lo consintieras! El simple hecho de tu existencia, de tu implicación, independientemente de si eras víctima o verdugo ¡Eso no nos importa! ¡Sólo el equilibrio! Y debías morir. Pero cómo acabar con todo ese potencial, con esa inmensa necesidad de venganza.

—Siempre te he agradecido lo que hiciste por mí, la oportunidad...

—No quiero tu gratitud, quiero tu infalibilidad. Tenía la sensación de que no ibas a poder con esto.

—He tenido dudas, Tisífone. Sin mis poderes se me ha hecho difícil; me he visto obligada a fingir, a inmiscuirme, a comportarme como una mujer. Pero después de tanto esfuerzo, creo que va bien, que lo voy a conseguir, y con eso debías tener muestra suficiente de mi lealtad.

—No dudo de tu lealtad, sino de tu humanidad.

—Dame tiempo, fíate de mí un poco más, y si aún con todos estos inútiles sentimientos a mi espalda te soy útil, tendrás que confiar en mí para siempre, de modo irreversible, ¿de acuerdo?

Me observó pensativa. Una gran duda se cernía sobre ella y no le gustaba sentirse así, pero un pequeño atisbo de confianza en mí equilibraba la situación desde el otro lado de la balanza.

—De acuerdo, pero ten en cuenta lo que te digo, Noa: No todo es lo que parece por mucho que intentemos convencernos de ello.

—De acuerdo —no comprendía a qué se refería, pero tampoco parecía importante en mi situación.

—Estaré observando, Noa.

CAPÍTULO 18

No iba a pedir ayuda a nadie para poder vestirme todas las mañanas, así que procuré apañarme con el recuerdo de la forma de vestir de mis otras compañeras. Yo no poseía prendas femeninas, y mucho menos seductoras, pero a Hugo no parecía haberle afectado mucho mi atuendo el día anterior, así que me limité a pedir prestado a Bárbara un jersey ancho color rojo para combinarlo con mis vaqueros y mis botas de cordones.

De nuevo me invadió el olor a pan tostado que provenía de la cocina. No iba a caer en el engaño; me tomaría a toda prisa mi zumo de piña y saldría volando poniendo cualquier excusa.

—¿No te sientas a desayunar, cariño?

—¡Hola, hermanita!

—Hola, David —me estaba sonriendo. Las cosas habían dado un giro importante y era todo demasiado extraño—. No, Bárbara, tengo prisa... tengo que presentar un trabajo, ¿recuerdas?

—Sí, es verdad. Bueno, luego nos vemos. Que tengas un buen día, mi amor.

—¡Vale, adiós! —contesté mientras salía a toda prisa por la puerta de servicio.

El trayecto al instituto estuvo plagado de auto motivaciones, repitiéndome una y otra vez en voz alta las premisas fundamentales para mí y las bondades de no sentir como un ser humano. Debía recuperar cuanto antes mi “no vida”.

Al aparcar el coche frente a la entrada principal, me encontré con Eric que me esperaba de pie apoyado contra una columna, como tantas otras veces, y a unos diez metros, Hugo sentado en un banco observándome fijamente a través de la empañada luneta del *Golf*. Salí despacio, enganché el asa de mi bandolera que se hallaba tirada a los pies del asiento del copiloto, y me dirigí sin torcer la mirada al lugar en el que se encontraba mi objetivo.

—Te estaba esperando.

—¿A mí?

—Necesitaba estar contigo, Noa.

—Vale, pues ya estoy aquí, ¿qué pasa? —me senté a su lado, muy pegada a su costado, mientras esquivaba la mirada vacía de Eric.

De pronto, una raquílica sombra femenina se plantó estática ante nosotros. Stella nos observaba serios.

—Hola, Hugo, ¿qué haces aquí? ¿No pasas a clase? —no me dirigía la mirada.

—No, he quedado con Noa, luego vamos.

—Ah, vale, pues nada entonces, tú sabrás —estaba indignada, pero no se atrevía a decir lo que pensaba, a recriminar la actitud de su amigo por estar hablando conmigo.

—¡Stella, dile a ese capullo que me debe una birra! —su novio, Marcos, le gritaba mientras cerraba la puerta de su *Audi*.

—¡Díselo tú que parece ocupado! —continuó caminando hacia el interior del edificio, no sin antes lanzarme una sutil mirada de desprecio.

—¿Qué pasa, tío? —le preguntó Marcos fingiendo preocupación—. Que ayer no apareciste por el *Guides* y te estuvimos esperando. Ya sabes que eso se paga con priva.

—No estaba de ánimo.

—Vaya, tío... ya me contarás, aunque algo he oído. Sabes que lo que necesitas —falsedad absoluta; el hedor de Marcos era insoportable.

—Ya, no te preocupes, gracias.

—Te veo bien acompañado, ¿no?

—Sí... esta es Noa, está con nosotros en matemáticas.

—Ya, Noa, ya te conozco, ¿verdad? Aunque no eres muy habladora.

Se reía de sus ocurrencias básicas como una especie de hiena. Le observé atentamente en actitud defensiva.

—Depende de con quién. Soy selectiva.

Hugo soltó una carcajada y dos segundos después, Marcos, algo desconcertado, se le unió.

—¿Vamos a clase? —Hugo me tomó por el hombro y asentí.

Me pasé toda la mañana rodeada de la cuadrilla de mi objetivo. No había resultado demasiado difícil que aceptasen mi extraña presencia. Supuse que era parte desagradable pero necesaria para el acercamiento completo a Hugo, y procuré hacerme un lugar entre ellos sin abandonar mi “personalidad”, que al parecer les resultaba excitante y llamativa. Debía mimetizarme sin perder mi esencia de “niña mala”. Hugo podía perder su interés por mí si me parecía demasiado a los insustanciales de sus amigos.

A las once de la mañana, en el corte de las clases, mi estómago rugía como un león en el circo.

—¿Tienes hambre? —me susurró Hugo al oído como si me hubiera leído el pensamiento.

—Sí —le contesté pegándome mucho a su oído, igual que días antes había hecho con Eric para poner a prueba los celos de la señorita Nordovest.

Podía sentir los ojos de mi compañero pegados en mi nuca mientras me reía de los chistes estúpidos que hacían Marcos y Leo sobre la falda minúscula de Tina. Cuando al sonar el timbre Hugo me tomó por el brazo y me sacó a toda prisa del aula, pude ver a Eric por el rabillo del ojo. Estaba preocupado y a la vez feliz de un modo pesaroso. Era un hombre difícil de comprender.

Un minuto después me encontraba en la cafetería sentada con sus amigos y frente a un plato de tostadas. El nivel de incertidumbre y preocupación por mi presencia se había mitigado mucho en unas pocas horas. Menuda lealtad hacia su amiga Nina.

—¿Vas a comerte eso? —me preguntaba Stella con cara de asco.

—¿Por qué no?

—¿Sabes la de grasa que tiene? —estaba totalmente revuelta mientras Hugo

untaba una de las rebanadas—. No sé cómo podéis comer con tanta gente alrededor.

—Ya, qué asco —la apoyó Tina.

—¿No se debería de poder? —preguntó Leo extrañado—. Porque a mí me da igual por completo. Creo que eso son tonterías de chicas.

—No, que va, a mí me da igual —aseguré sin poder evitarlo y ante el consecuente fastidio de Stella y Tina.

Dolores me observaba divertida, estaba emocionada con mi presencia. No había malos sentimientos, al menos no muy notables, en ella.

Hugo me extendió la tostada en la que tanto se había afanado y la acepté sorprendida. Me la llevé a la boca lentamente y cerrando los ojos le di un buen mordisco, inundándome al instante un sabor suave y ahumado que en realidad jamás había olvidado. Aquel bocado me transportó a la inocente infancia, a aquellas mañanas en la villa cuando todo era bonito y fácil, cuando mi vida estaba llena de dicha y colmada de atenciones.

Abrí los ojos y todos me observaban. Sentí la expectación, e incluso la incomodidad de algunas, pero no me importó. Todo quedó completamente eclipsado por una fuerte sensación de morriña y cierta alegría ajena procedente del otro lado de la cafetería, donde Eric se sentaba solo en una pequeña mesita observando la escena. Lo miré fijamente y sólo pude responderle con una sonrisa. Él comprendía la situación, entendía mi emoción.

De pronto sentí la mirada fija de Hugo sobre mí. Ahí estaba de nuevo esa media sonrisa, sólo que ahora parecía menos pintada y más natural.

—Vaya si te gustan las tostadas, ¿eh? —comentó sin dejar de sonreír.

—Estaba muerta de hambre.

—¿Por qué no vamos a hacer algo esta tarde que no sea invadir el *Guides*? —intervino Tina queriendo apartar la atención de todos de mi persona—. Estoy harta de ir siempre al mismo sitio.

—No seas pringada, Tina. ¿A dónde quieres ir? —Niko utilizaba un tono de

desprecio profundo, y sin embargo nadie se defendía de aquel ataque. Sentí un súbito pinchazo en las sienes, el dolor que me provocaba su mezquindad.

Sabía que mezclarme con aquella gente, después de unos días aliviada gracias a la ineffectividad de mi empatía con Hugo y a la ausencia de malos sentimientos en Eric, iba a ser duro, pero seguramente necesario. Tendría que soportar el dolor y el hedor de la mayoría de ellos.

—Es viernes, hay mil cosas que hacer, pero siempre acabamos en los mismos sitios —se quejó Stella imitando a una niña de siete años.

—¡Cállate la boca o te la callo yo de otro modo, mi amor! —la connotación sexual de las palabras de Marcos hizo que todos rompieran a reír menos Hugo y Dolores.

Había tardado poco en asimilar que Hugo no solía unirse a aquellos comentarios, aunque tampoco los censuraba; sin embargo, me sorprendió en cierto modo la vergüenza ajena que sentía Dolores a raudales. Estaba intrigada con ella, siempre junto a ellos, pero tan distinta. No era fuerte, y quizá eso le impedía escapar de aquel círculo de vanidades en el que se encontraba sumergida.

—Noa, ¿quieres que nos vayamos? —Hugo me escrutaba desde su posición presidencial en aquella mesa.

—¿Irnos? ¿Ahora? ¿A dónde? —fingí sorpresa y pudor.

—A donde quieras... necesito respirar.

No existía nadie más allí, me hablaba como si estuviéramos solos, como si el hecho de que le sobraran todos los demás no fuera a ofender a nadie.

Asentí.

Se levantó de su silla, se puso de cuclillas junto a mí y me susurró.

—Creo que alguien más necesita ser rescatado hoy. ¿Te importa que nos llevemos compañía?

Dirigió su mirada hacia Dolores, y a pesar de no sentir lo mismo que él en aquel momento, supe de inmediato a qué se refería.

—Claro.

Me dirigí hacia la ventana abatida y le hice una seña a Dolores para que se acercara.

—¿Adónde vais? —preguntó Tina muy nerviosa.

—No es nada, no te preocupes, necesito la ayuda de Dolores un momento, y Hugo nos tiene que llevar a un sitio, ¿verdad Dolores?

—Sí, es verdad, Tina, se me olvidó comentártelo.

—Vale, yo también voy; siempre vamos juntas, ¿verdad, Dolores? —me imitó.

La aludida estaba agobiada, no sabía qué decir.

—¡Vamos todos! —sentenció Niko poniéndose de pie de un salto.

—No, es privado —finiquitó Hugo sin dejar opción a réplica—. Vámonos.

Salimos los tres por el ventanal sin mirar atrás. Aquello no estaba resultando nada diplomático, y desde luego no me iba a convertir en la reina de sus fiestas, pero era lo que quería Hugo y yo me debía a mi misión y no me importaba nada más.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —Dolores se reía sin parar mientras montábamos en el todoterreno de Hugo.

—Nada, ¿a que no, Noa? —él me hablaba como si existiese entre nosotros una complicidad consolidada a lo largo de los años—, sólo vamos a pasear.

No iba a ser fácil seducir a mi objetivo con una tercera persona delante de la que preocuparme, aunque sí tendría opción de tontear. De haber mostrado contrariedad ante su petición, Hugo me hubiera visto como a una Stella o una Tina cualquiera, y eso habría acabado con mi plan. Debía arreglármelas con las cartas que me habían tocado.

—¿Qué hacemos? —pregunté dirigiéndome a Dolores.

—No tengo ni idea. Creo que es la primera vez que hago algo así. Vamos a algún sitio donde no nos puedan pillar, ¿no? ¡Si nos ven, enseguida sabrán que estamos haciendo pellas!

Estaba eufórica, emocionada.

—Yo conozco un sitio —anunció nuestro conductor.

Accioné el interruptor del reproductor *mp3* del coche y subí el volumen de lo que me pareció una canción bastante adecuada.

—¡*My Chemical Romance!* ¡Me encanta! “*Welcome to the Black Parade*”—gritó Dolores entusiasmada desde el asiento trasero.

Yo no solía oír música, o al menos no lo había hecho por placer durante los últimos ciento quince años, pero había ciertas melodías, ciertos ritmos, que me gustaban, me atraían, aunque nada tuvieran que ver con la música de mi época. Desde luego, si mi madre biológica levantase la cabeza y me viese actuando de aquella manera, moviéndome al ritmo de aquel estridente ruido, volvería a morirse del susto. No podía evitar que me gustara.

Hugo nos llevaba directamente a las afueras del pueblo; para mi preocupación, había tomado el camino que yo seguía todas las tardes para ir a entrenar. Paró el coche a unos quinientos metros de donde se encontraba la entrada de mi cueva.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Qué hay por aquí? —pregunté nerviosa.

—Ya verás.

Caminé en silencio detrás de ellos. Dolores no dejaba de mirar hacia atrás para asegurarse de que no me perdía, aunque el que parecía perdido era nuestro guía.

—Tiene que estar por aquí... era por aquí.

—¿Nos hemos perdido? —fingí preocupación.

—A mí no me importa perderme unas horas —declaró Dolores excitada.

—No, tranquilas, no estamos perdidos, era por aquí, seguro.

Avanzamos de frente unos doscientos metros, y para mi alivio, cada vez alejándonos más de mis rincones secretos, hasta llegar a una hilera de altos matorrales que nos tapaban el paso.

—¿Y ahora? —preguntó Dolores alzando la mirada hacia el cielo.

—Ahora, señoritas, os presento mi laguna —hizo una especie de reverencia y atravesó con sus brazos el follaje dividiéndolo en dos y dejando una brecha lo suficientemente amplia como para que visualizásemos la escena.

—Ay, por Dios, ¡pero qué bonito!

Dolores atravesaba los matorrales con la ayuda de Hugo, que se había apoyado contra unas ramas para crear una entrada improvisada separando los setos con el peso de su cuerpo.

—Vamos, Noa —extendió las manos hacia mí invitándome a pasar.

Nada más cruzar el espeso follaje, pude comprender por qué aquel era el lugar secreto de Hugo. Era precioso. Unos sauces llorones rodeaban un pozo de aguas cristalinas, permitiendo que se colasen parcialmente los potentes rayos de sol de la mañana y confiriendo al lugar una atmósfera mágica y apacible, como de otra época. Un pequeño embarcadero de madera hacía de refugio a una barquita blanca de remos que se hallaba atracada en absoluta quietud. Dolores se dirigió hacia ella dando saltitos.

Hugo se paró frente a mí, retiró unos mechones de pelo de mi cara con suavidad y acarició mi mejilla. Se me acercó lentamente.

—Siento como si te conociera desde siempre, como si contigo estuviese en casa —me susurró al oído.

Me estremecí. Aquello era precisamente lo que buscaba, pero sin saber cómo, o por qué, me transmitía una sensación extraña. Tomó mi mano derecha cruzando sus dedos con los míos, y me condujo, como si tirase de una muñeca de trapo, hasta la deslumbrante barquita.

—Es increíble, ¿no? —preguntó Dolores mientras observaba fijamente nuestras manos unidas.

—¿Damos un paseo? Yo remo —se ofreció nuestro anfitrión.

Dolores se lanzó dentro de la barca. Por un momento me recordó a mi hermana pequeña, a aquella princesita etérea y completamente feliz que jugaba a ser

capitán de un barco pirata en la balsa que Armand, el jardinero, nos había construido con las ramas y los troncos que no servían para leña. Sin poder evitarlo, me descubrí añorando aquellos momentos, antes de que todo se torciera, antes de que todo se pudriera.

—Señorita...

Hugo me extendía su mano mientras hacía equilibrio de pie dentro de la barca. Dolores ya estaba formalmente sentada para facilitarme el acceso.

—¡Voy!

Me senté también frente al barquero, que me observaba sonriendo y con un ojo guiñado por efecto del deslumbrante sol que justo descargaba uno de sus rayos sobre su rostro. Sentí algo extraño, una pequeña punzada de dolor, de inquietud. ¿Quizá estaba captando algún sentimiento de Hugo? ¿Estaría recuperando mis poderes según se prendaba de mí?

—Qué suerte tienes, Noa —susurró Dolores a mi oído.

Y entonces comprendí. No era él; era ella la que sentía un pequeño dolor, una minúscula punzada de algo que en esencia es malo y corrosivo, pero que en Dolores se transformaba en tan sólo una pequeña nostalgia: celos. Sentía celos de lo que Hugo pudiera querer de mí. Estaba enamorada de él. Qué tonta había sido. ¿Por qué si no una chica sin maldad iba a estar siempre con un grupo de gente tan depravada y mezquina?

Por amor, por enfermo y tonto amor.

Eso no iba a ser un impedimento. Mi nueva condición ñoña y sensiblera no iba a dejarse vencer por algo así. Yo tenía que cumplir con mi deber. En unos días nada importaría porque él estaría muerto, y en cierto modo, yo también.

Debía jugar mis cartas, y aún podía recordar cómo se disfrutaba de las cosas sencillas de la vida, cuando en otra época no existían otras distracciones como la televisión, o internet; así que me deslicé hasta el suelo de la barca y me tumbé boca arriba. Enseguida Hugo y Dolores me imitaron tumbándose cada uno a un lado quedando así bastante juntos los tres, surgiéndonos incluso la necesidad de encoger las piernas para que no se saliesen de la embarcación,

que en esos momentos se tambaleaba borracha como consecuencia de nuestros ajeteos. La nave no daba para más.

—Maravilloso —susurró conmovida Dolores.

Las ramas de los sauces nos protegían del sol directo, pero permitían que se filtrase la luz a través de pequeñas ranuras entre el follaje, iluminando sobremanera el intenso color verde de algunas hojas. El viento mecía las ramas y la barca provocando pequeños chasquidos contra el agua. Era una visión fantástica y relajante, pero yo debía centrarme en mi cometido. Posé mi mano derecha delicadamente, como sin querer, sobre la mano izquierda de Hugo, que enseguida reaccionó asiéndola con suavidad. Giré la cabeza hacia él, que ya me estaba observando desde hacía unos segundos.

—¿Por qué me siento así? —susurró.

—¿Cómo te sientes? —quise saber de verdad.

—Tranquilo, feliz, a gusto... desde luego no cómo si el amor de mi vida me acabase de abandonar.

—Quizá no era el amor de tu vida —noté cómo Dolores se iba entristeciendo por instantes, y aun así, hacía el esfuerzo de no escucharnos, procurándonos intimidad.

—¿Y qué tengo que pensar? ¿Qué es lo que me sucede?

—No lo sé, Hugo, dímelo tú. Yo no puedo sentir lo que tú sientes.

Sonrió.

—Claro, qué tontería.

Me miró fijamente e inclinó la cabeza hacia mí apoyando su mejilla contra mi frente.

Por un momento había tenido la certeza de que me iba a besar, incluso me había puesto algo nerviosa; pero debía ser un chico muy respetuoso, o puede que se sintiera inseguro. De todos modos, íbamos por buen camino.

—¿Os importa si volvemos? —Dolores intentaba disimular, pero estaba

dolida—. Creo que me he mareado.

No era cierto, claro.

Hugo se levantó y súbitamente se sentó junto a ella.

—¿Estás bien, Dolores?

—Sí, sí, tranquilo, es sólo... creo que con tanto movimiento de agua me he mareado un poco.

—Vamos a tierra firme —ocupó de nuevo uno de los tablones que servían de asiento en la barca, asiendo los remos con decisión.

Hicimos toda la vuelta en silencio, desde que pisamos de nuevo el embarcadero hasta el aparcamiento del instituto, ninguno de los tres emitió palabra alguna.

—¿Y ahora qué? ¿Entramos? —preguntó Dolores.

—Ya ha empezado la siguiente clase —contestó sin ánimos Hugo—. ¿Cómo te encuentras, Dolores? Tienes mejor aspecto.

—Mucho mejor, gracias por preocuparte —estaba feliz por su atención.

Él la miró con ternura. Se me hacía complicado imaginar maldad en los sentimientos de aquel chico con el que tenía que acabar. Parecía buena persona: atento, educado, pendiente de la felicidad y bienestar de los demás... Seguramente me estaba engañando, a mí y a todos, pero se hacía difícil verlo de otro modo, como el asesino de su padre.

—Hugo, ¿te puedo preguntar una cosa? —Dolores no estaba segura de lo que hacía, pero sentí cómo una intensa curiosidad la invadía.

—Dime.

—¿Qué ha pasado con Nina?

Inmediatamente, según las palabras escapaban de su boca, se ruborizó por completo. Me mantuve en silencio esperando yo también su reacción.

—Bueno, verás... ya no me quiere. Creo que nunca me ha querido, ¿sabes?

—No, Hugo, seguro que...

—No, no hace falta que me consueles, de verdad. Estoy bastante bien. De hecho, empiezo a sospechar que lo que tenía con Nina era necesidad de sentirme necesitado, ¿comprendéis? —lo preguntó como si él mismo acabase de darse cuenta de tal afirmación, impresionado por su descubrimiento.

—¿En serio? —intervine.

—Creo que sí. Creo que me acomodé como salvavidas de alguien que se ahogaba y que me hacía sentir útil. Quizá me castigaba.

—¿Castigarte por qué? —Dolores estaba preocupada por él y verdaderamente compungida.

—Es una larga historia... en mi casa las cosas nunca han ido bien, han sucedido cosas... terribles, y me cuesta asumir ciertos... acontecimientos.

—No hace falta que nos hables de ello si no quieres.

Me fastidió que Dolores hiciese tal afirmación. Yo sí quería saber qué era aquello de lo que se sentía culpable, por qué había matado a su padre (si es que era eso lo que iba a contar y no nos soltaba una sarta de mentiras lacrimógenas).

—No quiero aburrirlos, es mejor que dejemos aquí el tema —se frotó la barbilla con el puño en una especie de gesto compulsivo, como si con ello pudiera sacudir o hacer desaparecer sus recuerdos.

Nos quedamos charlando de cosas intrascendentes hasta cinco minutos antes de que empezase la siguiente clase.

—¡Tenemos que repetir! —decidió Hugo mientras se alejaba junto a Dolores hacia su clase de ética.

Ya había decidido que aquella tarde la dedicaría entera a entrenar en la explanada. No podía seguir martirizándome con todos aquellos sentimientos encontrados y que me conducían sin remedio hacia el abismo de la humanidad y del recuerdo.

Ya llegaba tarde a la clase de religión. Me reprendí durante unos segundos por

haber escogido aquella “maría” en lugar de ética. Podría seguir tonteando con Hugo aprovechando el tirón, y sin embargo era Dolores la que podía intentar seducirlo.

Entré sofocada en el aula, y la señorita Nordovest aplazó la lectura de su Nuevo Testamento hasta que estuve perfectamente ubicada en uno de los pupitres libres.

Eric me observaba vacío.

Alcé mi mano a modo de saludo y me sonrió. Sentí un atisbo de alegría. Al menos no parecía enfadado por mis continuos abandonos.

La señorita Nordovest se encontraba más excitada y emocionada que nunca. Todo el cuerpo se le electrificaba cada vez que posaba su mirada sobre Eric. Estaría recordando la pasada tarde en el sótano del gimnasio, seguro.

Él se sentía un poco asustado y desbordado. No pude evitar sonreírle.

Antes me incomodaba sobremanera aquella situación, tantas emociones y sensaciones desmesuradamente físicas. Sin embargo, o me había acostumbrado, o mis renovadas características humanas lograban que me lo tomase de otro modo. Al acabar la clase, Eric no me siguió, se quedó en su sitio esperando a que todos los demás abandonásemos la clase. No supe descifrar sus sentimientos, pero sí capté algo de azoramiento.

Llegó tarde a la clase de inglés, aunque la señorita Daisy ni se inmutó, prosiguió con su discurso agudo y nasal.

—¿Qué tal? —se inclinó hacia mí y me susurró.

—Muy bien.

—¿Sólo “muy bien”?

—Bueno, sí. ¿Y tú?

Se metió la mano en el bolsillo y después de rebuscar sacó un papel azul celeste perfectamente doblado y me lo ofreció. Alargué la mano para alcanzarlo.

—¿Qué sucede aquí? —la señorita Daisy, con su desagradable voz, se estaba refiriendo a nosotros. Eric dejó de respirar y pude oír perfectamente sus latidos; estaba aterrado. Por un momento incluso me contagié su ansiedad ante la perspectiva de lo que pudiera contener aquella nota.

—No es nada, señorita Daisy... se le ha caído un papel y yo lo he recogido para devolvérselo.

—Ah, se le ha caído... entonces no será tan importante, porque si lo fuera, tendría más cuidado, ¿verdad?

Aquella insoportable mujer se moría de ganas de leer la nota. Estaba ansiosa, casi podía oírla babear.

—Es privado —respondió agobiado Eric.

—Ya no, señor Dinare.

Me arrancó la nota de las manos y la desplegó a toda prisa rebosante de curiosidad. Mi compañero estaba desesperado, pero no se me ocurría manera alguna de evitar aquella situación sin hacer uso de mis poderes.

De pronto la ira invadió a la señorita Daisy, que alzando sus gafas enanas por encima del papel me miró desafiante.

—¿Esto que le escribe aquí al señor Dinare es cierto?

Sentí el profundo alivio de Eric, que súbitamente había recuperado el color natural de su rostro. Supuse que era una buena opción.

Asentí.

—Muy bien, entonces ya saben que se van derechitos al despacho del director. Yo misma le enseñaré la nota.

Eric y yo nos levantamos, él mucho más tranquilo, y nos dirigimos hacia la puerta sin abrir la boca por si acaso. Una vez en el pasillo no pude aguantar más la expectación.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ponía en la nota?

—Que quieres que te haga el amor toda la noche.

Me ruboricé por completo, y no sólo por su apuro al decírmelo; era casi todo cosecha propia. Jamás se me hubiera ocurrido decirle a un hombre nada parecido, al menos no fuera de la protección de mis poderes, aunque la simple imagen fuese muy evocadora y provocativa.

—Pero yo no... yo...

—Tranquila, Noa, lo siento... es de la señorita Nordovest. Soy imbécil. Yo sólo quería que vieras en qué plan estaba, y lo que iba a suceder... bueno, o al menos que te hicieras una idea. Pero ha sido una torpeza por mi parte; no debía haberlo hecho ni aunque hubiéramos estado solos.

—Y ahora piensa que lo he escrito yo.

—Si descubren que ha sido ella la echarán. Es del todo ilegal...

—Ya, ya, no te preocupes, pero es un fastidio; como se entere todo el mundo, ¿en qué lugar me deja eso con Hugo? Se echará a perder todo lo que he conseguido.

—Si se lo cuentas lo comprenderá, ¿no?

—Supongo.

Realmente era una tontería, pero no quería que nada pudiera chafar mis planes.

Nos sentamos en dos viejas y raídas sillas del pasillo, junto a la puerta del despacho del director, esperando a que nos atendiera. Eric estaba muy pensativo, no me dirigía la palabra, pero tampoco estaba enfadado. ¿Dolido y triste? Era increíble que me costase tantísimo comprender los estados de ánimo de aquel hombre complejo. A veces me volvía loca.

—¿No crees que debo cortar este tema con Laura?

A mí ya no me importaba que pudiera o no ayudarme. Mi “asunto” ya estaba bien encauzado, pero prefería que Eric se mantuviera ocupado, y en cierto modo, por mucho que me negase a reconocerlo, quería que fuese feliz. Si la señorita Nordovest lo conseguía, ¿qué importaba que fuese su alumno? Eric era mayor de edad y no hacían nada que perturbase el equilibrio.

—Creo que debes ser valiente. Es una situación complicada, pero ¿qué es la

vida sin problemas?

De nuevo el vacío.

—¡Pasen, señores!

Una voz, demasiado ronca debido a los efectos del tabaco a lo largo de muchos años, nos invitó a entrar. Era el director Lenox, un hombre anodino. Nos introdujimos en su despacho y ocupamos las butacas que se hallaban frente a su escritorio.

—A ver, me ha llamado la señorita Daisy, otra vez —pronunció esas últimas dos palabras con fastidio—, que os habéis pasado una notita de índole... sexual, ¿no?

—Sí, verás, director, yo...

—No, Eric, no se intente explicar. Lo único que no entiendo es qué ha visto esta bella señorita en un tipo como usted. Por lo demás, me importa un cuerno si tienen relaciones sexuales entre ustedes; ya son mayores de edad, ¡pero por Dios, que no sea en el instituto, y ante todo que no se entere la señorita Daisy!

Eric había retirado su mirada hacia el suelo, se sentía humillado. Ciertamente siempre había aparentado ser una especie de criatura diabólica con tanta pintura negra, pinchos y tornillos. Mucha gente se había retirado a su paso; pero en la última semana su aspecto no era el mismo; no se maquillaba ni llevaba *piercings*, ni metales de ningún otro tipo. Se había obrado un cambio en su vida y se reflejaba en su aspecto. Incluso había perdido su delgadez y su lánguido caminar; en la última semana había crecido de muchas maneras, y era evidente para mí, pero claro, no para el obtuso señor Lenox.

—No sé a qué se refiere con lo de “tipo como usted”, director —tontee un poco con la seguridad de que aquel hombre caería en mis redes si me lo proponía—, pero Eric es... —suspiré sensualmente—, una máquina perfecta, ¿comprende? No puedo dejar de... bueno, ya sabe.

Eric sonreía mientras observaba atónito la escena. El director estaba embelesado y absorto en mis palabras.

—Sí, claro, comprendo, sí, bien... habrá que decirle a la señorita Daisy que

se meta en sus asuntos, ¿no?

—No volveremos a hacerlo señor, no habrá más papelitos. ¿Podemos irnos?

— fijé mi mirada en sus deseosos ojos.

Extendió la mano con la boca abierta, señalándonos la puerta de su despacho.

Nos escapamos a toda prisa, no fuera a ser que el director reaccionase y decidiera imponernos un castigo. No estaba de humor para quedarme toda la tarde en la sala de estudio, necesitaba más que nunca ir a la explanada.

—Eso ha sido... ¡guau!

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué? ¿Acaso tienes poderes que desconozco?

Me puse alerta.

—¿Por qué dices eso?

—Hace unos días tuve que enseñarte a tontear y ahora eres toda una maestra de la seducción. ¡Cómo estaba el tío! Creía que se te iba a echar encima de un momento a otro.

—No pensé que te fueras a dar cuenta —cuando utilizaba la seducción con alguien, más en este caso que casi no me había esforzado, nadie que se encontrase alrededor se veía afectado, si yo no lo disponía así. Solía tener muy buena puntería, así que algo no andaba bien.

—¿Cómo no me iba a dar cuenta? —cogió mi mano y la posó sobre su corazón que galopaba a un ritmo desaforado.

—No lo he notado.

—A veces no puedo contigo, Noa...

No había comprendido bien ese comentario, pero preferí saltar a otro tema.

—Entonces esta noche será la gran noche con... Laura, ¿no?

—Supongo que sí —se puso muy serio—. Es lo que querías, ¿no?

—Bueno, sí... por ti, claro. No sé... parece una buena mujer.

—De acuerdo, entonces esta noche iré a su casa.

Súbitamente cambió el sentido de su marcha y se alejó de mí a toda prisa. Supuse que querría prepararse para el gran momento. No sabía si se trataba de su primera vez, y si lo era, seguramente su ansiedad y sus cambios de humor se deberían a la preocupación por la llegada de aquel momento normalmente deseado y a la vez temido.

CAPÍTULO 19

Una musiquilla electrónica comenzó a salir del bolsillo de mi bandolera.

Era mi móvil, claro, aunque normalmente no lo usaba para nada. Nadie llamaba y yo no llamaba a nadie. En contadas ocasiones había telefonado a casa para dar algún aviso urgente y evitar las tediosas preguntas posteriores, pero aun así prácticamente no salía de ese bolsillo. Me encargaba de mantenerlo cargado porque Bárbara se ponía muy pesada con las “posibles emergencias”.

Pulsé el botón verde después de comprobar que en la pantalla aparecía una

imagen de Bárbara con su nombre en una esquina.

—Dime, Bárbara.

—Ay, cariño, siento molestarte...

—No pasa nada, ¿sucede algo, Bárbara?

—Por eso te llamo. No es grave, es sólo... es que ha venido Chris a casa.

—¿Y?, ¿qué ha pasado?

—Nada... yo...

—¿Estáis bien? ¿Aviso a alguien?

—No, no... estamos bien.

—Voy para allá, Bárbara, llego enseguida.

Colgué el teléfono y me dirigí a toda prisa a mi coche. Me crucé en el pasillo con Stella y con Tina.

—Hola, Noa —soltaron al unísono en un tono totalmente sarcástico.

Respondí al saludo con un movimiento de cabeza. Capté sus murmullos según me alejaba.

“Zorrita rara y roba novios”

No pude evitarlo. Me paré en seco en mitad del pasillo, me giré hacia ellas y grité para que se enterasen todos.

—¿Sabes, Stella? Quizá deberías seleccionar mejor a la gente de la que te rodeas si quieres salvar tu esófago... Seguro que sabes que vomitar para gustar a la gente es una idea imbécil.

Proseguí mi carrera hacia el coche sin esperar su respuesta. Había recibido un buen consejo sin saberlo. El *hall* se llenó de murmuraciones.

En tres minutos estaba aparcando en la puerta de casa. Bárbara me esperaba en la entrada.

—¿Qué ha pasado? —necesité saber.

—Tu hermano, David, se ha enfrentado a él.

—¿Está bien?

—Está en su habitación, muy triste. Se ha portado como un hombre, Noa. Te hubieras sentido orgullosa, como yo.

Lo primero que se me vino a la cabeza fue la certeza de sentirme así con respecto a él desde la noche anterior, cuando defendió a su madre a pesar de todo. Nunca pensé que aquello pudiera suceder.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Pues Chris ha aparecido de repente y ha empezado a disculparse conmigo. Quería como fuera que le perdonase y poder volver a casa. Yo le he dicho que me había hecho mucho daño, y que encima vosotros lo sabíais, y que yo así no podía vivir... ¡y menos sabiendo el daño que os hace! Entonces se ha puesto nervioso y ha empezado a insultarme. David ha llegado del colegio y se ha plantado delante de él parapetándose. Su padre se ha puesto nervioso, cada vez más... le gritaba que era un traidor, un mal hijo, un desagradecido. Al final no he podido contener la situación, Noa. David se ha lanzado sobre él y le ha pegado con todas sus fuerzas.

—¿Le ha pegado?

—Estaba histérico —Bárbara meneaba incrédula la cabeza con los ojos rebosantes de lágrimas—, le lanzaba puñetazos en la cara, pero no tiene mucha fuerza, así que Chris enseguida ha conseguido zafarse; le ha agarrado por el cuello de la camiseta y se la ha devuelto fuerte. Le ha reventado la ceja.

—¿Vamos al hospital?

—No quiere, no sé qué hacer, no me escucha. Está llorando y no me deja que le vea la herida.

—¿Y Chris?

—Le he amenazado con un cuchillo que tenía en el mostrador, con el que estaba picando una zanahoria cuando ha llegado, y se ha largado. No creo que

vuelva... iba muy avergonzado.

Hundió la barbilla en su clavícula y rompió a llorar desconsoladamente. Me acerqué a ella y la abracé suavemente. Me resultaba extraño, surrealista, pero no demasiado difícil. Entonces sí que se derrumbó.

Con el rabillo del ojo pude captar una figura que se aproximaba por el pasillo que daba a la cocina. David había decidido aparecer.

—¿Me lleváis al hospital? No quiero que esta historia me deje más marcas de las necesarias.

Bárbara extendió la mano hacia él que se lanzó corriendo contra nosotras para unirse al abrazo. Fue muy extraño. Un montón de sentimientos se enfrentaron en mi interior. Yo sólo había pretendido consolar un poco el disgusto de Bárbara, no crear una estampa familiar. Debía escabullirme.

—Venga, vamos, yo conduzco —salí a toda prisa por la puerta hacia el *Golf*, esperando que me siguieran. Se montaron en la parte de atrás abrazados y así continuaron todo el camino hasta el ambulatorio.

Fueron tres puntos y no se quejó ni un momento. Todos los de urgencias coincidieron en que era un chico fuerte y valiente.

—O—

No podía volver a casa con ellos.

No debía caer en aquella espiral, si podía evitarlo, ya que, aunque cada vez veía más cerca la consecución de mi fin, también veía más lejos mi deshumanización, mi “reseteo”.

Así que paré el coche en la entrada principal para que pudieran bajarse. Le dije a Bárbara que debía irme y que regresaría tarde.

—Voy a estudiar con Eric... a ver si conseguimos aprobarlo todo.

—Vale, cariño. ¿Te dejo cena preparada?

—No te preocupes, cenaré por ahí.

Atravesé a toda prisa el pueblo. Necesitaba alejarme de la residencia de los Tessani cuanto antes. Rodeé el pueblo por la carretera comarcal y me metí a la derecha, como siempre, por el camino sin cementar que conducía a la cueva y a mi explanada. Aparqué el coche en el recodo habitual, entre los arbustos, y corrí la distancia restante, no más de trescientos metros campo a través, hasta toparme con las rocas que separaban el campo de mi supuestamente secreto destino. Trepé básicamente dando saltos para luego dejarme caer sin miramientos sobre la sobradamente conocida superficie lisa de la explanada.

Me situé en el centro, como siempre hacía al comenzar; me agaché concentrando toda mi energía en el estómago, co-mo era habitual; sin embargo, esta vez no me lancé contra el cielo...

Simplemente rompí a llorar.

Lloré sin saber muy bien por qué. Por todo y por nada. Se me estaba haciendo difícil en grado sumo aquella misión y me sentía asustada e insegura. No podía quedarme así pa-ra siempre, tenía que acabar con aquello de una vez por todas.

De pronto, allí, de cuclillas sobre la húmeda hierba del insondable valle, comencé a percibir una presencia, de nue-vo una intrusión. Se trataba de algo instintivo, furtivo e inteligente. Tenía un objetivo fijado y parecía implacable. Su víctima no escaparía. A cada instante lo sentía más intensamente; la fiereza, la necesidad. Iba a por mí y no era humano.

Dos segundos después, un jaguar blanco descomunalmen-te inmenso, se agazapaba frente a mí. Su postura arqueada con toda la columna erizada, dejaba claro que de un momento a otro se iba a lanzar sobre su objetivo: yo. Su instinto me había traspasado y ya no había escapatoria. Estaba preparada para la lucha.

—¡¡¡Noa!!!

En pleno ataque del descomunal felino sobre mi persona, una figura, en esos momentos aún desenfocada, interceptó el salto de la bestia, se lanzó sobre el jaguar. Fue derribada y masacrada en un instante, pero a pesar de todo,

consiguió que el animal huyese despavorido perdiéndose de nuevo entre la maleza.

La incredulidad se apoderó de mí; me había quedado paralizada. Sabía quién era, lo tenía muy claro, pero decidí no estar segura hasta comprobarlo, hasta verlo con mis propios ojos. No podía ser...

Allí, tendido sobre el suelo como un pelele, en un cuerpo sin vida y lleno de heridas supurantes, se encontraba el que había sido mi único amigo en los últimos ciento quince años. Corrí hacia él y me incliné sobre su cuerpo inerte y ensangrentado.

—¡Eric... mierda!, ¡Eric, ¿qué haces aquí?! ¿Por qué has tenido que venir otra vez? ¿Por qué?

Me apoyé ansiosa sobre su pecho para comprobar su corazón.

—¡Maldito seas! Aguantas más que los gatos, Eric.

No estaba muerto. Su corazón latía débilmente.

Lo levanté del suelo y lo llevé sobre mis hombros hasta las rocas. Trepé de nuevo hasta la cima y me dejé caer, generando un impacto superior al habitual debido al peso adicional de Eric. En principio me dirigí hacia el coche, pretendiendo llevarlo al hospital de *Victory Rowe*, la localidad más cercana y con un centro de urgencias más adecuado que el de *Sputville*. Sin embargo, enseguida comprendí que Eric moriría por el camino. No había otra opción si quería que se salvase.

Debía llevarlo a mi cueva.

En la cueva no sólo disponía de lo necesario para curar heridas típicas de guerra, ungüentos recolectados a lo largo de los años y utensilios para coser la carne. También podía pedirle a Aura que me ayudase. Fuera de la discreción de la cueva jamás pondría en práctica sus poderes. La diosa de la brisa podría ayudar a Eric con sus habilidades, esas que tantas veces había usado conmigo en mis continuas guerras. No era infalible, pero me había ayudado a lo largo de los años a cicatrizar mis heridas con mayor celeridad; un simple soplo sobre la carne abierta y todo se arreglaba mucho mejor. Me

había salvado de las fisuras de mi semi inmortalidad en incontables ocasiones. Aunque no estaba segura de que quisiera o pudiera ayudarme ahora.

Avancé a toda prisa hasta la grieta que hacía de boca a las entrañas de la montaña. Tumbé a Eric en el suelo y lo empujé al interior. Luego entré yo reptando. Prendí fuego a la antorcha de la entrada con el mechero de David y volví a cargar a Eric sobre mi hombro derecho, dejando el brazo izquierdo libre para ir encendiendo el resto de las antorchas del camino. Nos adentraríamos hasta la laguna.

Lo tumbé sobre el futón que hacía años había colocado en aquel recodo más cálido de la cueva, junto a las fluorescentes y cristalinas aguas. Rápidamente me hice con agu-ja, hilo y un balde con agua de la laguna.

Allí tumbado, tan débil, con la ropa empapada en sangre, indefenso, me transmitió una inmensa tristeza. Necesitaba sentir sus ojos abiertos posados sobre mí, incrédulos como tantas otras veces, divertidos y tristes, en ocasiones a partes iguales. Rasgué cuidadosamente y sin dificultad su camiseta con una de las dagas que guardaba junto a los demás utensilios “necesarios” que atesoraba en aquel lugar. Entre el resto de heridas y rasguños, destacaba una más larga y profunda que le cercenaba el torso desde el ombligo hasta el centro del pecho. No se veían vísceras, pero había perdido mucha sangre y su tensión estaba por los suelos. No podía oír su corazón, aunque sentía cómo palpitaba débilmente. Enhebré la aguja, después de quemar la punta con el mechero, y la dejé a un lado sobre el comfortable futón. Sumergí el lienzo en el agua y comencé a limpiar sus graves laceraciones. Después paseé mi mano impregnada en una pomada de hierbas desinfectantes suavemente sobre su torso incidiendo sobre todo en la brecha más profunda, la que iba a coser.

Era muy bello. Sentí ganas de llorar.

—Necessitasss mi ayuda, ¿verdad?

Enjuagué rápidamente las lágrimas que acudían a mis ojos. No me había dado cuenta de que Aura estaba observando la escena desde mi espalda.

—¿Sabe mi madre que estás aquí? —me precipité ansiosa a preguntar.

—Yo no sse lo he dicho... He ssentido tu angusssia y he decidido venir por

mi cuenta. Ahora lo comprendo todo, Noa...

—¿Pero sabe Tisífone que estás aquí? —me impacienté.

—No lo sé... ya la conocesss... es impredecible. Pero no siempre te observa, quizá ni sabe que estás aquí tú.

—¡Me ha atacado un jaguar albino gigante a unos metros de aquí, Aura, en mi explanada! ¡Un jaguar albino! Tiene que ser cosa de ella. En esta zona ni siquiera hay jaguares.

—Aun así voy a ayudarte, Noa.

—Gracias, Aura —declaré emocionada—. Casi no siento su corazón.

—A mí me alegra sentir por fin el tuyo, niña...

Atravesé la carne caliente de Eric con la aguja. Me resultó penoso y doloroso. A mí jamás me había desagradado aquella tarea, y eso teniendo en cuenta que cosía mi propio cuerpo; sin embargo, se me estaba haciendo insoportable. A cada puntada que daba, Aura seguía mis dedos con un suave soplido.

Dos minutos después había terminado. Me dirigí a la laguna con el balde lleno de aquel líquido ensangrentado para enjugar el trapo. Aura se quedó junto a Eric.

—¡Noa!

Regresé corriendo junto a ellos.

—Le oigo el corazón.

La diosa asintió sonriendo.

—Está recuperando la consciencia.

—Siento su sufrimiento... le duele todo, pero está bien.

Eric abrió los ojos lentamente y nos observó algo desenfocado; enseguida volvió a cerrarlos. Abrió la boca e intentó decir algo.

—Tsss, no hagas esfuerzos —le pedí mientras acariciaba su mejilla.

—Ojos... —consiguió murmurar penosamente.

Sentí su preocupación, su incredulidad e incomprensión por lo acaecido.

—Tranquilo, descansa... ya lo entenderás.

—Ojos violetas... el jaguar... ojos violetas.

Aura y yo nos miramos. Ya no había lugar a dudas. Aquella fiera era de Tisífone. No comprendía lo que la podía haber llevado a querer acabar conmigo, y aún menos comprendía por qué a través del ataque de un inmenso felino.

—Ha sssido Tisssífone —sentenció Aura para hacerse eco de nuestros pensamientos.

—¿Tisífone... como la Furia? —Eric lanzó la pregunta en un susurro sin abrir los ojos y sin el menor asomo de preocupación en el tono cansado de su voz.

—¿Sssabe algo?

—No sabe nada. Aura, le he traído aquí porque si no... iba a morir, ¡y no puedo, no puedo...!

—Comprendo, Noa, comprendo —me envolvió cálida.

Eric intentaba incorporarse. Quería hacer mil preguntas, pero no podía dejar que se levantase en aquel momento. No estaba preparada para responder y él debía descansar un poco. Lo empujé suavemente para que volviera a tumbarse y susurré a su oído.

—Por favor, duerme un rato, descansa... luego te lo explico todo —pero estaba intranquilo, quería protegerme—. Ya ha pasado el peligro, estamos a salvo los dos.

Besé suavemente su mejilla y sentí como sus preocupaciones se alejaban poco a poco, cómo se dejaba vencer por el cansancio y el sueño.

CAPÍTULO 20

Tisífone no daba señales de existencia.

Por un momento quise adentrarme en las profundidades de la cueva e ir en su busca para pedirle explicaciones, intentar comprender qué había sucedido; pero enseguida recuperé la cordura, consciente de que Eric no debía estar allí y de que corría un gran peligro si llegaba a verla.

Tenía bastante claro que la Furia me observaba, que sabía que Eric estaba allí, pero mejor no provocarla.

—Esss muy bello...

—¿Eh? Sí, bueno... sí.

Aura y yo le hacíamos guardia controlando sus latidos y su respiración. Claro que era guapo, muy guapo. Deseaba, contra toda lógica por el peligro que ello entrañaba en esos momentos, que abriera de nuevo los ojos para poder volver a contemplar aquel azul profundo y embelesador, esa mirada absorbente y difícil de descifrar.

—¿Sssabe quién eres?

—No, no sabe nada, pero esto no hay quien lo tape, Aura. Me vio pelear un día en la calle... yo creía que estaba inconsciente, y me ha visto entrenar. ¿Y el jaguar de ojos violetas? ¡Se lanzó contra él para salvarme la vida! Él no sabía que yo solita habría podido acabar con esa fiera. Y este lugar... ¿cómo le explico lo de este lugar?

—Y me ha vissto...

—No creo que le valgan las historias de siempre, mis mentiras.

—Puedess ussar tuss poderesss, Noa —me estaba tanteando.

—¡No puedo, Aura! Iba a dar su vida por mí, y me ha ayudado tanto... ¡Es bueno, un buen hombre como nunca antes había conocido! ¿Por qué tiene que pagar por mis errores?

—Te envidio, niña...

Súbitamente Aura desapareció. Enseguida comprendí que Eric se había despertado y que sus ojos estaban abiertos.

—¿Noa? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado? —hacía esfuerzos por incorporarse apoyándose sobre los codos. Corrí a su lado para ayudarle.

—Tsss, ten cuidado —susurré sonriendo.

Observó a su alrededor detenidamente. No cabía en sí del asombro. Aquello no había forma de encubrirlo.

—¿Dónde estamos, Noa? Me siento confuso.

—Ya lo sé.

—¿Quién era la... mujer que estaba contigo? No comprendo... ¿Cómo...? ¿Cómo hemos...?

—¿No podemos fingir que todo esto no ha pasado? —quemé mi último cartucho.

Negó enérgicamente con la cabeza. Al menos se encontraba prácticamente recuperado.

—Intento no preguntarme demasiadas cosas sobre ti, Noa, sobre tus “cualidades” especiales, sobre los comentarios extraños que a veces haces... Demasiadas cosas —me observaba con verdadero pesar y necesidad en su mirada—. Confía en mí.

—Confío en ti, Eric, pero es demasiado... no creo que pudieras... resistirlo.

—He sido tu sombra durante dos años, sin preguntas, sin exigencias; he hecho por ti todo lo que me has pedido... porque no podía ser de otro modo, porque yo...

—Has estado a punto de dar tu vida por mí.

Se quedó pensativo un momento.

—¿Era un jaguar alvino?

—Sí, lo era; has hecho que huyera.

De nuevo silencio. Su cabeza iba a toda prisa y yo no era capaz de comprender su ánimo. La mirada se le había perdido en el vacío y de pronto me resultó insoportable; algo en mi interior me obligó a aproximarme a él; necesitaba su contacto, su atención de nuevo. Me tumbé a su lado y me acurruqué bajo la manta pasando mi brazo derecho alrededor de su pecho.

—Noa... —su corazón se había desbocado. Tenía miedo. Me aparté de él con un pequeño impulso.

—Ya no te duelen las heridas, lo sé. ¡No te haré daño! —fue casi una súplica para que no me echase de su lado. Estaba aterrada.

—Lo sé, replicó. No es eso lo que me preocupa.

—¿Y por qué no comprendo lo que sientes? —me observó vacío y lleno de emociones al mismo tiempo—. ¿Por qué tienes miedo y eres feliz? ¿Por qué tu corazón se desborda y a la vez se encoge de tristeza?

—Yo no me siento así, Noa —se aproximó a mí tomando mi rostro entre sus cálidas y suaves manos—, yo siempre me he sentido igual con respecto a ti, sin miedos ni dudas. Creo que esos sentimientos tan confusos son tuyos.

Nos separaba una escasa distancia cuando comprendí con absoluta certeza de que estaba en lo cierto.

Nunca había sabido interpretar sus sentimientos porque no eran suyos... ¡Eran los míos! ¡Resultaba tan fácil de ver, de comprender, y yo había estado tan ciega! ¿Cuándo había dejado de sentir? ¿En realidad lo había conseguido en algún momento o simplemente me había auto convencido durante tantísimos

años de mi insensibilidad para hacerlo todo más fácil?

Una gran mentira.

No pude contener la primera de las lágrimas que había acudido a mis ojos; se desbordó sin permiso bajo el peso de todas las demás. Eric pasó sus dedos pulgares con sumo cuidado sobre mis párpados para limpiar toda aquella avalancha de sentimientos. Acercó sus labios a mis mejillas y besó dulcemente el producto de mis sollozos. No podía ni pensar. Aquel contacto, aquellos suaves besos, eran lo mejor que me había pasado en la vida. Sentía un millón de cosas desconocidas, intensas y acuciantes, y todas ellas me conducían inexorablemente hacia el mismo lugar. Rodeé su cuello con mis brazos buscando encontrarme con su boca, pero él apartó su cara de la mía, observándome durante un momento eterno con el ceño fruncido y lleno de necesidad, para un instante después terminar de recorrer esos centímetros de distancia que separaban nuestros labios. Mi primer beso de verdad.

Todo mi cuerpo estalló en un sinfín de temblores imperceptibles. La humedad, la calidez del momento, me transportaron de pronto a un mundo mejor, sin problemas, sin dolor. Bajó sus manos hasta mi cintura y se inclinó sobre mí en el *futón*, aprisionándome con su cuerpo. Volvió a besarme, una y otra vez, ávidamente, cada vez más apremiante, más cálido. Cuando separaba su boca de la mía para mirarme, era yo la que lo buscaba con necesidad. Acaricié su torso desnudo, su espalda, mientras me besaba el cuello por encima del jersey. Llevó sus manos al borde inferior de la cada vez más incómoda prenda, y tiró hacia arriba despacio y con sumo cuidado. Descubrió mi estómago desnudo y me miró con un ansioso interrogante dibujado en su cara. ¿Podía seguir?

¿Podría yo aguantar que me tocasen así?

Yo sólo sabía que todo mi cuerpo, mi cuerpo humano, me exigía a gritos su contacto; así que tiré del jersey y de un único movimiento me lo quité.

Él posó la palma de su mano derecha sobre mi piel, a la altura de mi corazón, para a continuación sustituirla por sus labios abiertos y húmedos. Gemí de placer. Así mi espalda para unirse a mi torso todo lo físicamente posible. Sentí su necesidad absoluta de mí sin usar mis poderes, sólo como mujer. Le aparté ligeramente y desabroché el botón de mis vaqueros ante su mirada

atónita. Se incorporó, casi sin rozarme, con sus rodillas apoyadas sobre los blandos cojines a ambos lados de mis caderas, y comenzó a bajarme la cremallera sin apartar la mirada de mi rostro; cuando terminó alcé la cintura para ayudarlo. Acarició mis caderas y tiró suavemente de los pantalones hacia abajo, sacándolos sin problemas a la vez que las botas. Sonreímos nerviosos. Tiré de él para que volviera a cubrirme, ansiosa de su contacto, necesitada de sus caricias. Segundos después Eric atrapaba con su puño la tira lateral de mi ropa interior. El simple roce de su piel sobre la seda me estaba enloqueciendo. Su corazón estaba desbocado y yo no podía respirar a un ritmo normal. Era todo lento, suave, aunque a la vez sentía cómo mi mundo explotaba con fiereza dentro de mi ser. Apoyé la mano sobre su puño presionándola ligeramente hacia abajo, ayudándole así a decidir lo que no se atrevía ni a pensar. Fue deslizándolo lentamente la delicada prenda hasta que pudo sacarla por mis pies.

De pronto todo paró. Me miró de una forma absolutamente desconocida para mí hasta ese momento: con devoción y respeto.

—Noa... ¿quieres que pare? —me susurró.

—Sólo si tú quieres.

—Yo lo único que quiero es a ti... pero puedo esperar todo lo que necesites.

Me quería. Asentí conmovida.

—Creo... que yo también te quiero.

No supe distinguir si aquello que se propagaba por todo mi ser era su felicidad o la mía, pero me dio igual. Rodé sobre el futón, cubriéndome con la manta, hasta situarme encima de él a horcajadas; era sumamente evidente su excitación; pasé mis manos por su torso en dirección a los botones de su pantalón, desabrochándolos despacio y con algo de miedo. Eric me ayudó a terminar y un instante después estábamos los dos desnudos y sólo separados por la ligera manta. Tiré del lienzo de lana despacio, captando poco a poco el calor de su piel contra la mía, la electricidad que se producía de la suma de nuestros cuerpos. Me abrazó sin dejar ningún espacio entre nosotros, fuertemente, llenándome de caricias y de besos que me quemaban. Un suave y exigente vaivén terminó de fundirnos en uno.

Aquello era sentir, sentir de verdad, amar, desear. Estaba emocionada, compungida, alegre y triste a la vez. Todo aquello me superaba, pero era incapaz de desear ninguna otra cosa en el mundo en ese momento.

El desenlace fue inevitable para ambos y mi alma estalló en miles de pedacitos.

Nos quedamos abrazados, en silencio. El acompasado y tranquilo ritmo de su corazón era lo único que podía percibir de él en esos momentos.

—O—

—¿Qué pasa con Hugo? —me preguntó de repente.

Por un momento me había olvidado por completo de todo aquello, de las inevitables explicaciones. No había pensado en ninguna historia loca que pudiera creerse y le bastase para no hacer más preguntas.

—¿Y qué pasa con la señorita Nordovest? —intenté atrasar lo inevitable.

—Nunca me ha interesado Laura. Lo hacía por ti, aunque no comprendía tu extraña necesidad de lanzarme a sus brazos, yo había prometido hacer todo lo que me pidieras... y me dejabas continuamente claro que tú no me querías a mí.

—Creo que me estaba engañando... que quería alejarte de mí con excusas estúpidas.

Me zafé de su abrazo dándole la espalda. Percibí de pronto un dolor punzante, una preocupación iracunda. Provenía de Eric.

—¿Quién te ha hecho esto, Noa? —en su voz se percibía un lamento, y en cierto modo culpabilidad—. ¿Te duele? ¿Te he hecho daño?

Suspiré resignada. No me había acordado de las malditas cicatrices. Toda mi espalda estaba repleta de señales, “recuerdos” de sus juegos.

—Te he mentido en todo, Eric, absolutamente en todo, des-de el principio. Y ahora vas a odiarme para siempre.

—Tendrás que ponerme a prueba.

Suspiré al comprender que en unos minutos todo habría cambiado para siempre.

—Sí tenía una familia —fijé mi mirada en el color esmeralda brillante de la laguna, buscando fortaleza en la paz que me transmitía habitualmente—. Mis padres se dedicaban a la industria textil, pero donde yo vivía estaba todo aún muy atrasado; casi todos se dedicaban a la agricultura; así que mi familia hizo una pequeña fortuna. Supongo que se puede decir que nuestro estilo de vida era acomodado.

—¿Dónde vivías?

—En Francia, en un pequeño pueblo al este de Aix-en-Provence... en la costa. Vivía con mis padres, mi hermana pequeña Aurore y mi hermano mayor... Jean.

Sólo pronunciar sus nombres en voz alta me llenó la boca de hiel.

—¿Qué pasó, Noa?

Las lágrimas acudían a mis ojos sin poder evitarlo.

—Mi padre envió a mi hermano a estudiar a Londres cuando yo era aún bastante pequeña; Aurore era un bebé. Necesitaban que alguien aprendiera las nuevas tecnologías textiles para poder ser competitivos, “pioneros” decía siempre mi padre; así que enviaron al heredero del imperio Tesoir, a mi hermano mayor. No supe nada de él durante muchos años, y a su regreso, para mí era un completo desconocido. Pero había algo en él... había algo en él... —me estremecí—. Yo entonces ya era capaz de percibir con bastante claridad lo que sentían los que me rodeaban... y él... me provocaba escalofríos.

—¿”Entonces ya era capaz de percibir lo que sentían los que me rodeaban”? —repitió; simplemente buscaba respuestas, no había un atisbo de incredulidad en su tono.

Me giré hacia él enfrentando nuestras miradas.

—No sólo sé pelear, Eric, también soy capaz de sentir lo que sienten los demás, y puedo seducir a quien me proponga, sea hombre, mujer, o cualquier otro tipo de ser.

—No lo entiendo... ¿Cómo si tuvieras poderes?

—Son poderes, poderes sobrenaturales.

—¿Los has empleado conmigo?

—Sí —me zafé del escrutinio de su mirada; me sentía algo avergonzada.

—¿Me estás diciendo que lo que siento por ti no es real? ¿Qué has utilizado tus poderes para que me volviera loco por ti?

—¡No! —me ruboricé—. Sólo la “empatía”, sabía lo que sentías en cada momento, o al menos eso creía yo, porque en realidad creo que estaba confundida y que mis sentimientos... quizá... llevaban tiempo fundidos con los tuyos. Pero nunca, jamás he usado el poder de la seducción contigo.

—¿Y por qué tienes poderes? ¿Desde cuándo? —no dudaba en absoluto de mis palabras.

—Desde hace demasiados años. Tengo poderes porque los necesito para llevar a cabo mi trabajo, mi función.

—¿Tu función?

—¿Sabes quién es Tisífone? Antes, mientras estabas medio inconsciente, nos oíste hablar de ella a Aura y a mí.

—¿Aura? ¿La otra mujer?

—Sí... bueno, en cierto modo una mujer, pero... has sentido algo extraño, ¿no?

—Que no era una mujer, sino más bien una especie de aparición, como un ángel o un espíritu.

—Más o menos... pero dime, ¿recuerdas habernos oído hablar de Tisífone?

—Sí, como la Furia, ¿no? Un nombre extraño.

—Ella es la verdadera protagonista de mi historia.

CAPÍTULO 21

Tuve que sentarme al borde de la cama dándole de nuevo la espalda para

poder proseguir. No quería que me tocara. Tenía miedo de sentir cómo se iba alejando de mí según comprendiese la clase de ser que era en realidad la supuesta mujer a la que él amaba.

Sin su contacto sentí frío, así que me envolví ligeramente con la manta.

—No recordaba muy bien a mi hermano mayor, ya te he dicho que yo era bastante pequeña cuando se fue, pero desde luego aquel hombre que se había instalado de nuevo en mi casa, era un ser peligroso. Al principio me bastó con ser distante y cortante con él. Siempre había conseguido todo lo que me había propuesto y nadie me había lastimado, así que no tenía miedo a nada ni a nadie. Luego comprendí que había jugado con fuego, porque aquello, mi desprecio, pareció animarlo aún más en sus propósitos. Me perseguía con su mirada lasciva por toda la casa. Una noche se presentó en mi habitación y me apuntó con una... daga que le habían regalado mis padres al cumplir los dieciséis años, un emblema más que un arma, aunque él la mantenía extremadamente afilada. Me obligó a desnudarme —apreté los puños y cerré los ojos con mucha fuerza, procurando que al menos la imagen no volviese a mi cabeza para instalarse—, y me... bueno... ya sabes...

—¿Abusó de ti? —su tono reflejaba absoluta tristeza; yo no era capaz de captar nada ajeno, me encontraba repleta de mi propio dolor.

—No pudo llegar hasta el final... lo intentaba una y otra vez, y me pegaba enfadado por no conseguirlo —Eric apoyó su mano en mi hombro, pero yo me retiré instintivamente—. Hasta que descubrió que había algo que podía hacer que le satisfacía... y que además nadie descubriría —enjuagué mis lágrimas—: escribía en mi espalda con su daga.

—Las marcas...

—Eso le excitaba, y mi dolor... la sangre... la certeza de que nadie lo sabría...

—¿Pero cualquiera podría haber visto las heridas de tu espalda! ¿Nadie se dio cuenta?

—En aquella época la ropa lo tapaba todo. Él sabía que nadie vería mis heridas, y sabía que yo fingiría que nada pasaba, que jamás hablaría con mis

padres de ello. La vergüenza, la humillación...

—Pero, ¿cuándo sucedió eso? ¿Serías una cría?

—Cuando te hablo de “aquella época”, me refiero a otra época, Eric. Yo tenía dieciocho años.

—No comprendo. Tienes dieciocho años, ¿no? Y llevas dos años viviendo con los Tessani...

—Nací en 1881.

Percibí su sorpresa, aunque muy mitigada por mis propias sensaciones.

—¿Tienes más de cien años?

—Si lo que te preocupa es haber hecho el amor con una vieja, sí... Si es por alguna otra causa, no; dejé de hacerme mayor con dieciocho años, cuando ella me reclutó.

—¿Ella?

—Tisífone, mi madre.

—Tu madre.

—Sí, bueno... mi madre biológica en 1881 fue Monic Tesoir, pero luego Tisífone me dio una nueva vida... o “no vida”, no sabría cómo definirlo... Una segunda oportunidad.

—No lo comprendo.

—Una noche metí la pata. No pude soportarlo más, el dolor, la humillación, el miedo... y le grité, le pedí que me matase. Tomé su mano, la que asía la daga, y la dirigí a mi garganta. Mi hermanita, Aurore, debió oír mis gritos y acudió corriendo a mi habitación. Al hallar la puerta cerrada se descolgó desde la ventana de su habitación, como hacíamos tantas otras veces para saltarnos el toque de queda de mis padres, y entró sin problema apartando simplemente los cortinones. ¡Sin pensárselo dos veces —me faltaba el aire, me costaba respirar—, Jean se lanzó sobre ella y le partió el cuello... el cuello... su carita se...! —sollocé angustiada ante el despiadado recuerdo—. Quedó allí,

sin vida... por mi culpa.

—Dios mío, Noa, no fue tu culpa —me rodeó con sus brazos, a pesar de todo.

—No debí gritar, debí aguantar, proteger a mi hermana de aquello —me zafé de su consuelo; no lo merecía. Me dejé caer para quedar sentada en el frío suelo de la cueva, fuera del alcance de la compasión de Eric.

—Dios mío... —murmuraba él.

—Allí mismo, en ese instante, apareció ella. Yo sólo quería morir. Había percibido su llegada, sabía que nuestro castigo se aproximaba, y me sentí más impaciente que nunca durante unos segundos. De pronto la atmósfera se hizo irrespirable para mí, y sin embargo Jean parecía indiferente. Una mujer bella y de una energía brutal había aparecido como por arte de magia en mi habitación. En mi interior sabía quién era y a qué venía. Estaba totalmente enfurecida; tomó a Jean por los hombros y lo atravesó con su mirada violeta. Él no hacía nada, no se defendía, era incapaz de moverse; percibí su excitación, su ausencia de voluntad. Y entonces ella, con un solo movimiento, lo partió en pedazos.

—¿Lo partió?

Sabía que Eric debía estar en aquel instante confundido e intentando atar cabos. En ese preciso momento fui consciente de verdad de que yo había matado a su hermano.

—Tiene una fuerza sobrehumana. Es capaz de destrozarte con sus manos sin ningún esfuerzo...

—Entonces ella... ella se encarga de vengar los delitos dentro de la familia... como las Furias, ¿no? Es una Furia —asentí comprendiendo dónde acababa aquella indagación—. ¿Y se encargó ella de Víctor? ¿Despedazó ella a mi hermano?

Negué despacio, abatida y asustada por su posible reacción de repudio hacia mí. No captaba sus sentimientos y eso lo hacía todo aún más difícil.

—Ella no suele mancharse las manos de sangre... eso ahora me lo deja a mí.

Aquellas palabras resonaron en mi cabeza como si fuera también una información nueva para mí, como una pesada losa cayendo sobre mi espalda. Me sentí liberadoramente culpable.

—¿Tú? —parecía sorprendido, pero no era capaz de desentrañar la expresión de su rostro.

—Sí.

Un silencio espeso lo invadió todo.

—No sé... qué... cómo...

—Lo siento tanto, Eric —me precipite suplicante y ansiosa—. Ni siquiera sabía que fuera tu hermano. Yo sólo cumplía con...

No sabía qué decir. No era capaz de captar nada, y él guardaba silencio. Parecía pensativo, y yo sólo necesitaba que no me odiara de forma irrevocable.

—Noa —interrumpió mis pensamientos—, quiero que me escuches atentamente. No vamos a volver a hablar de este tema, así que grábatelo bien. Mi hermano merecía ese castigo y a lo mejor algo peor, y mi madre y yo merecíamos tener paz. Es cierto que era mi hermano, y que es sorprendente del todo que sea la mujer que amo la que se haya “encargado” de él... pero me da igual, ¡al contrario! Has cambiado mi vida en todos los sentidos, y ahora sólo me preocupa que esta situación pueda separarnos porque tú no la asumas. Yo estoy bien.

—Pero, Eric, es algo tan...

—Ya lo sé, es increíble, difícil de procesar. Pero yo estoy dispuesto a asumirlo aquí y ahora, junto a todo lo demás.

Tomó mi mano derecha y la pasó por su nuca, tirando de mi cintura con la mano que le quedaba libre, para volver a tenderme a su lado.

—¿Me perdonas, entonces? —no podía contener el llanto, sólo que ahora provocado por la emoción y la ilusión.

—No hay nada que perdonar.

Nuestros labios volvieron a unirse en un estallido de pura necesidad, y de nuevo hicimos el amor.

CAPÍTULO 22

—No podía imaginarme que el amor fuera así.

—Llevaba tanto tiempo queriéndote en silencio, Noa, que no me puedo creer que me esté pasando de verdad.

Echados sobre el *futón*, apoyaba mi cabeza en su pecho mientras nos fundíamos en un abrazo. Sentía su aliento sobre mi pelo y la calidez me desbordaba. Una creciente preocupación se estaba instalando en su interior;

pude percibirla durante un instante.

—No sé qué debo hacer, Eric —me adelanté—, estoy asustada.

—¿No podemos estar juntos? —probó cargado de temor.

—No lo sé. Yo... yo no soy humana... lo fui, y en cierto modo mi castigo por no cumplir mi misión lo podría solucionar todo...

—¿Castigo?

—Me han asignado una misión difícil... es... bueno, no sé si podría cumplirla, y Tisífone lo sabía desde el principio.

—¿Y te va a castigar? ¿Pero cómo?

—Haciéndome humana de nuevo.

Pude ver la incompreensión en su rostro sin necesidad de sentirla.

—¿No quieres ser humana?

—Bueno, era para mí un suplicio, lo peor que me podía pasar... volver a ser como entonces. El dolor, la impotencia, la amargura... Cada vez que algo se torcía en una misión comenzaba a sentir cosas, sutiles, de poca intensidad, pero no era una opción para mí recuperar mi otra vida. Tisífone me dijo que no quería darme esta misión y me asusté mucho... Todo iba muy deprisa, ¿sabes? Recuperaba mi humanidad sin poder hacer nada; así que le supliqué que me dejase llevarla a cabo a pesar de su desconfianza, y ella me dijo que si fallaba volvería a ser humana.

—Y no quieres.

—No lo entiendes, Eric. He pasado en un instante por todo el sufrimiento y el dolor que tanto temía. Te he contado mi historia, he recuperado recuerdos enterrados hacía tanto tiempo... ¡Y he podido con ello! Y me siento... me siento... tan bien... feliz contigo, y con esto de sentir, sentir, sentir.

—Vaya, sí que parece feliz —sonreía.

—Quiero estar contigo y ser normal.

Me abrazó con fuerza besándome dulcemente. Al separar sus labios de los míos me observó con una expresión que enseguida comprendí. Iba a tener que contarle aún más.

—¿Y tú misión? ¿Puedes dejarla así por así?

—No lo sé. Debo hablar con Tisífone.

—¿Y cuál es esa misión que te es tan difícil llevar a cabo?

Era imposible salir de allí indemne. Eric no era tonto en absoluto.

—Yo me valgo de mis poderes para... acabar con mis... objetivos; sin ellos soy prácticamente humana. Mi fuerza, mi poder de manipulación, no funcionan con él... estaba desesperada. ¡Y no comprendo por qué es inmune a mí! Llegué a pensar que no tenía sentimientos... ¡pero parece tan buena persona! Quizá me engaña, quizá es un psicópata capaz de engatusar a todos los que le rodean... ¿Quién si no mata a su padre y puede hacer luego una vida normal? Yo no sé...

—Noa, Noa... pero, ¿de quién estás hablando?

Me sentía fatal por tener que desvelar aquel secreto, por desentrañar la vida privada de otra persona, aunque fuera a Eric.

—Hugo.

No hubo sorpresa.

—Lo suponía. Por eso querías camelártelo, y me hiciste creer que te gustaba y que necesitabas mi ayuda.

—Sin mis poderes no tengo ni idea de seducir a nadie... y tú me ayudaste sin tener que manipularte.

—Tú crees que no eres capaz de seducir, Noa, pero eres impresionante.

Sonreí ruborizada y besé suavemente sus labios para volver a perderme en la preocupación.

—No sé qué voy a hacer, Eric; estoy asustada. Tisífone no es piadosa. Los agravantes y las enajenaciones no tienen cabida en la manera de ver la justicia

de las Furias... y creo que Hugo no va a poder salir de ésta ileso. Y créeme si te digo que es menos doloroso el final que yo doy a los objetivos que el que proporciona la Furia.

—No sé cómo ayudarte, pero haré lo que me digas. Yo tampoco quiero que le pase nada a Hugo, parece buen chaval... con pésimo gusto eligiendo a sus amistades, pero no creo que sea mala persona.

—En cuanto amezca iré a hablar con él, a ver si consigo que Tisífone se lo piense.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, mejor te dejo en tu casa —de pronto caí en la cuenta—. ¿No tienes que volver? Tu madre se preocupará.

—No está, ha ido a pasar unos días a *Victory Rowe* con su hermana mayor... por fin ha decidido contarle la verdad a la familia —sonrió pesaroso.

—Entonces, ¿quieres que durmamos aquí los dos juntos, o prefieres que nos vayamos? —noté cómo la sangre hirviendo se acumulaba en mi rostro en respuesta al pudor y la emoción.

Me besó el hombro dulcemente.

—¿Tú qué crees?

CAPÍTULO 23

Eric no daba crédito a todo lo que veía a su alrededor. Estaba tan emocionado que me hacía sentirme como una niña pequeña, llena de esperanzas y sin miedo a las consecuencias.

Se paseaba por la cueva admirándolo todo.

—Esta laguna es increíble. ¿Cómo es posible? Había oído hablar de las algas fluorescentes, pero no creía que existieran en *Sputville*.

—¿Crees que puede haber algo más extraño y exótico que este lugar? —dejé caer la manta con la que me envolvía y me sumergí en el agua.

Era maravillosa la sensación de libertad, de vivirlo todo por primera vez. Enseguida Eric se lanzó de cabeza, emergiendo a mi lado.

—Está caliente... es tan, tan...

—Ya —corroboré con una amplia sonrisa.

Me abrazó y nos besamos apasionadamente. Rodeé su cintura con mis piernas y permanecimos así unos instantes maravillosos.

—¿Cómo encontraste este sitio?

—En todos los lugares en los que he vivido he dado con al-gún lugar semejante a este, una conexión con el Inframun-do. Pero desde luego este es mi preferido, sin duda.

—¿Esto conecta con el Infierno? —estaba sorprendido, pero no asustado.

—Con el Tártaro, el mundo de los muertos, que no es idéntico al concepto de infierno cristiano.

—Ya, sí, claro... es que es... impresionante.

—De todos modos, este lugar es de difícil acceso, y la antesala... no creo que ningún ser humano llegase a esa par-te de las entrañas de la cueva sin morir en el intento. Y si lo consiguiera... seguro que no saldría.

—Es todo tan...

—Ya... pensarás que es una locura, y que te has metido en un buen lío...

—Mi vida no valía nada hasta que tú llegaste, Noa. Era un zombi, y mi madre una absoluta desgraciada. Me da igual lo que seas, quién seas y lo que hagas, porque te conozco y sé que eres buena y que todo tiene un motivo.

—La venganza no es un valor muy positivo que digamos.

—Pero te comprendo, y espero que quieras acabar con ello junto a mí, intentando superarlo mientras envejeces a mi lado.

Un calambre electrificó mi espalda. “Envejecer junto a Eric”. No se me ocurría una manera mejor de vivir.

—¿No va demasiado deprisa, caballero?

—Al contrario, ha ido todo demasiado despacio y ahora no puedo parar.

Salí del agua para sentarme sobre el único escollo liso de entre los que rodeaban la laguna. Una de las grandes fogatas que solía encender cada vez que entraba en la cueva para templar el ambiente y obtener a la vez algo más de luz, se hallaba justo a mi espalda en esos momentos, calentando las gotitas de agua que resbalaban por mi piel. Eric me siguió un instante después.

—¿Te he asustado? —negué lentamente con la cabeza—. Puedo ir todo lo despacio que quieras, Noa.

—No me asustas tú, es todo esto, me siento desbordada. Hace una semana no sentía prácticamente nada... y aho-ra... ahora...

Simplemente tomó mi mano y la estrechó contra su bello rostro. Su mirada clara y profunda reconfortó en un instante todo mi ser.

—¿Qué ha sido del rímel y de los pinchos? —recordé de repente—. Estás muy distinto.

—Ya no necesito armadura, estoy bien.

Rememoré cómo yo había dejado de arreglarme cuando Jean venía a por mí todas las noches, pensando que así no se sentiría atraído y desistiría. Había dejado incluso de comer y beber cuando lo necesitaba porque flaca y deshidratada mi aspecto era enfermizo. Pero ninguna coraza de fealdad desanimaba a mi depravado hermano. Eric simplemente quería alejarse de los

demás, aislarse a través de su aspecto inaccesible, tapando su maravillosa belleza interior y exterior.

—¿Estás bien? —quiso saber preocupado.

—Sí, sólo estaba... recordando.

—¿Te molesta si te pregunto cómo era tu vida antes de... que todo se torciera?

—¿Mi vida? Casi no recuerdo —la cálida luz que emitían las teas ardiendo me transportó a lugares recónditos dentro de mi memoria—, aunque hay cosas... Recuerdo a mi padre, el aroma de su pipa y sus mejillas sonrosadas. No era un hombre autoritario, sino más bien algo distante; parecía querer guardar las apariencias, ¿comprendes? En aquella época era importante que un hombre de su posición supiera dirigir su vida privada, o al menos lo aparentase. Muchas noches le oía colarse en la habitación de Aurore a hurtadillas para arroparla y darle un beso de buenas noches, o le sorprendía observándome con cariño mientras tejía o jugaba en cualquier rincón de la sala —sonreí nostálgica—. Recuerdo que, en una ocasión, al morir mi abuela, su madre, me acerqué con reparo a besar su mejilla y me regaló el abrazo más afectuoso de mi vida... hasta ahora —Eric acariciaba mi pelo mientras me escuchaba con suma atención—. Nunca se metió en mi vida sentimental, jamás planeó casarme con el mejor postor... aunque seguramente así, alejándome de mi casa, me hubiera ido mejor.

—¿Y tu madre?

—Monic. Hace más de cien años que no pronunciaba su nombre en voz alta... *ma mère, ma maman* —me perdí en su imagen distorsionada por los años y los incesantes cambios de madre—. Era muy bella, esbelta y pelirroja. Tenía unos ojos verdes... color esmeralda —recordé mi imagen reflejándose en el espejo de mi habitación en casa de los Tessani, mis intensos ojos verdes—, creo que como los míos. Se pasaba horas en la cocina; le encantaba cocinar, sobre todo dulces y todo tipo de pastas. Aquel olor... Se empeñaba en que yo aprendiese y me sentaba, desde muy pequeña, en la mesa de la cocina con las tres mujeres de servicio, para unas clases de repostería obligatorias —se me escapó una sonrisa al rememorallo—. Todas las mañanas al amanecer se paseaba en camión por el jardín para recoger a tiempo las flores de la mañana. Las que

florejaban con los primeros rayos de sol y estaban aún mojadas por el rocío de la madrugada, eran las más fragantes según ella; y llenaba toda la casa de flores frescas. Armand, el jardinero, estaba desesperado, pero mi madre siempre le arrancaba una sonrisa. Era un escándalo su actitud, pero todos la adoraban y nunca nadie se quejó por sus “manías”.

—Así que tu casa olería de maravilla, ¿no? —Eric me observaba expectante, esperando algo más de mí—. Algo así como un intenso aroma a vainilla y flores frescas, ¿verdad?

Al principio no reaccioné. Intentaba recordar aquel aroma, el olor que invadía mi hogar cuando era feliz: vainilla y flores frescas. Entonces lo vi.

—Bárbara.

Eric asintió.

—En casa de tus padres adoptivos no huele en absoluto a vainilla y flores, ni mucho menos, ya te lo dije. ¿Qué piensas que quiere decir?

—Pues que creo que... creo que quiero a Bárbara —la evidencia hizo que me estremeciera—. Enseguida la quise por cómo me quería a mí, por cómo se preocupaba y todo lo que sufría —una explosión de amor me inundó de nuevo, como si al comprender la verdad mi pecho se hubiera ensanchado enormemente—. ¡Ahora lo siento, ahora lo comprendo! Sólo soy capaz de captar los olores desagradables que emanan de las malas personas, de los malos sentimientos y, sin embargo, por donde pasa Bárbara todo se impregna del aroma del hogar que tanto amé.

—¿Qué fue de ellos, de tus padres biológicos?

—No lo sé —unas lágrimas furtivas cruzaron mi rostro.

—Tsss — Eric me abrazó procurando consolar mi congoja.

—¿Te imaginas? ¡Perdieron a sus tres hijos a la vez! Y yo ni siquiera quise saber más de ellos...

No podía dejar de llorar mientras me aferraba a su fortaleza. Había procurado no volver a pensar jamás en Monic, en Simon, ni en Aurore... y muchos menos

en Jean. Y sin embargo hubiera sido lo más sensato, llorarles y perdonar-me por no haber sabido proteger a mi hermanita pequeña.

—Era una buena familia, ¿sabes? Si Jean se hubiera quedado en Londres, si jamás hubiera regresado...

—El pasado no se puede cambiar, y torturarse pensando cómo podrían haber sido las cosas no sirve para nada. ¿Sabes cuántas veces he retrocedido al día en que mi hermano golpeó a mi madre provocándole el aborto de mi hermanita? Pensando que me podría haber levantado del suelo para dirigirme a toda prisa a la sala y así golpear a Víctor con cualquier cosa que encontrase en mi camino hasta matarlo... ¿Sabes cuántas veces cronometré lo que tardaba en recorrer ese pequeño trayecto para comprender una y otra vez que jamás hubiera llegado a tiempo, aunque no hubiera estado tirado medio inconsciente desangrándome en el suelo de la cocina?

Ahora era yo la que mesaba su cabello con dulzura y comprensión.

Todo el mundo sufre.

—Eric, creí que la venganza me haría desaparecer para siempre, pensé que ya no quedaba nada de mi ser, pero no es así; tú me has salvado de la nada, has salvado mi vida.

—Te quiero, Noa.

—Yo también te quiero.

—Lamento que tu vida haya sido tan dura —posó la palma de su mano sobre mi mejilla—, y siento no haber podido ayudarte antes.

—Cuando empecé a matar para redimirme no eras ni un proyecto, ni tus abuelos lo eran —resoplé—. No podías hacer nada.

Me observó en silencio. Estaba lleno de preguntas, pero se contenía por mí, por no incomodarme. Decidí resolver sus dudas.

Cuando Tisífone se presentó en mi alcoba aquella espantosa noche de agosto, creí que todo iba a acabar por fin.

Me encontraba tirada en el suelo, entre el cuerpo sin vida y desmembrado de Jean... y la pequeña Aurore. Recuerdo su mirada perdida en la nada, y mis ojos, buscando encontrarse con esa misma nada, posados sobre ella; pero todo lo demás está velado. Lo que para mí fue un instante después, abrí los ojos para encontrarme echada sobre la piel más suave que jamás hubiera palpado, en el suelo de una suntuosa sala. Podía captar enfado, desconfianza, ira, y no sabía de dónde salían, pero no era de mí. Yo estaba tan derrotada, tan vacía, que nada me importaba, no sentía miedo ni preocupación alguna. Me levanté despacio y me dirigí absorta, ajena a todo cuanto me rodeaba, hacia el lugar de donde procedían los ruidos; y entonces las vi. Eran tres mujeres impresionantes, absurdamente perfectas, discutiendo ferozmente sin apenas levantarse la voz. Era simplemente un cúmulo de emociones que iban explotando a golpe de miradas. Reproche, preocupación... y no se percataban de mi presencia. Avancé hacia ellas sin demasiada precaución a pesar de saber que podían matarme en cualquier momento con sólo soplarme, igual que la más alta de las tres había hecho con Jean hacía tan sólo unos instantes. De repente el aire se hizo insoportable, no podía respirar, como si se encontrasen en un espacio carente de todo lo básico para vivir... el vacío absoluto.

—Mira quien se ha despertado.

La carencia de su voz atenazaba mi garganta y chirriaba en mis oídos.

—Disculpa, niña, no suelo hablar.

Se aproximaba a mí deslizándose sobre el suelo sin rozarlo apenas, con los brazos extendidos y su mirada intensamente violeta clavada en mis ojos.

—No temas.

Supuse que aquel debía ser el aspecto de la seductora muerte.

Las otras dos mujeres observaban enfurecidas desde la distancia.

—No las temas a ellas tampoco, harán lo que yo les diga —sentenció abruptamente.

—¿Quién eres? —no me salió tratarla de usted, referirme a ella con la distancia del respeto a los desconocidos que me habían inculcado. Algo me hacía sentir la excesivamente próxima.

—Soy Tisífone, la mayor de las Erinias.

Me costaba respirar y aún más comprender lo que me decía. Conseguí soltarme de su hipnótico escrutinio para observar por fin el lugar en el que nos encontrábamos, lo que nos rodeaba: altísimos techos que se perdían en el infinito y paredes de algún material parecido al cuarzo. La luz y la oscuridad se mezclaban de una manera imposible, intercalándose en cada latido, en cada movimiento, en cada pestañeo, coexistiendo sin motivo aparente. El suelo, negro y brillante como brea solidificada, se extendía bajo nuestros pies siguiendo nuestros movimientos y licuándose a nuestro alrededor, como si en cualquier momento fuera a engullirnos sumergiéndonos en las negras entrañas de aquel grotesco y misterioso lugar.

—Mis hermanas Alecto y Megera no creen que debas estar aquí.

—¿Dónde estoy? —pregunté inquisitiva.

Una carcajada chirriante y llena de oscuros matices brotó de su sinuosa boca.

—No tienes miedo. Lo sabía. Estás en el Tártaro.

—No sé qué es eso —respondí altiva, indiferente a las consecuencias de mi prepotencia. Sus hermanas, las otras Erinias, se agitaban desesperadamente hambrientas de lucha a cada palabra que yo pronunciaba.

—El Tártaro, niña, en las profundidades del Inframundo, más enterrados aún que el Hades —pretendía asustarme o impresionarme, pero no surtía efecto—. No tu infierno cristiano.

—¿Estoy muerta?

Otra carcajada. Alecto y Megera parecían algo más sosegadas.

—No del todo —inclinó la cabeza intentando comprender mi falta de reacción

—. ¿No estás preocupada?

—¿Por qué no estoy muerta? —exigí saber enfadada.

—Porque puedes servirme.

—No entiendo, ¿para qué puedo servirme? Ni siquiera sé quiénes sois.

—Ya te lo he dicho, presta atención porque no soporto la insolencia. Somos las Erinias, las Furias, y hay muchas leyendas sobre el origen de nuestra existencia, pero ninguna es cierta. Existimos desde siempre y equilibramos el cosmos y el caos. No somos diosas, somos anteriores a toda esa calaña inútil y zafia. De nuestro cometido nace el equilibrio en el Universo, así que nunca más vuelvas a pretender no conocer nuestra existencia.

—¿Y qué queréis de mí? —pregunté algo más precavida. Comprendí que no tenía sentido enfadar aún más a aquellas extrañas mujeres.

—Ellas desean tu muerte, o tu locura, cumplir con la venganza por tus actos.

—¿Mis actos?

—Hace diez meses te encontrabas fornicando con tu hermano cuando vuestra hermana pequeña os sorprendió.

El corazón me dio un vuelco y de nuevo no pude respirar. Toda la angustia y congoja se acumuló en mi garganta.

—¿Cómo lo... tú cómo...?

—Lo sé porque lo sé todo. Mi cometido es vengar los crímenes familiares, así que debía castigar a tu hermano por matar a la niña; pero Alecto castiga los delitos morales y Megeira las infidelidades, así que quieren ocuparse de ti.

—Pero yo no... él abusaba de mí, yo... —decidí dejar de defenderme; era mejor que me castigasen, acabar ya de una vez.

—¡Esa no es la cuestión! Todo el mundo tiene un motivo o una excusa para hacer lo que hace, y a nosotras eso no nos importa.

Su ira era evidente en cada sílaba. Las palabras parecían brotar del fondo de su estómago.

—¿Y qué quieres de mí?

—Quiero aprovechar tu sed de venganza, tu dolor y tus potenciales poderes.

—¿Poderes? —de pronto caí en algo evidente que se me había pasado por alto

—. ¿Antes has dicho “hace diez meses”?

—Aquí el tiempo no importa, es distinto... diez meses en vuestro mundo aquí no es nada. Llevas mucho tiempo inconsciente pero ya estás con nosotras. Quiero ver hasta dónde puede llegar esa capacidad de empatía que tienes. Además, has vuelto loco de amor a un hombre.

—Jean ya estaba loco, ¡era un enfermo!

—Bien orientados y desarrollados, tus poderes me servirán a la perfección.

—¿Y si no quiero ayudarte?

Sentí la furia creciendo en ella.

—Necesitas vengarte de este mundo, ¿verdad? ¿No crees que si pudieras acabar con toda esa gente que daña a sus familiares, que los viola, los asesina a sangre fría, o los engaña llevándolos a la más profunda de las desesperaciones, te sentirías mejor?

—¡No quiero sentirme mejor! ¡Quiero morir! —imploré.

—No tienes nada que hacer, así que ni lo intentes. Puedes elegir ayudarme y disfrutar de la venganza, o vivir el resto de tu insignificante existencia aquí, sumida en tu dolor. ¡Estando conmigo serás inmortal!

—¿Inmortal? —me acongojé.

—Mientras cumplas tu cometido serás inmortal y libre de enterrar tus sentimientos y tu dolor, pero en el momento en el que no me sirvas, volverás a ser humana y te condenarás al sufrimiento.

—Me mataré, me quitaré la vida.

—Y volverás aquí una y otra vez. A mí nadie me ignora.

No parecía tener opción. No comprendía todo aquello. ¿Había estado diez

meses allí metida? ¿Me habían cuidado las Furias? Eran los personajes de las historias que usaban los padres para atemorizar a sus hijos desobedientes... Aquello no podía estar pasando. Hasta ese momento no había creído jamás en ellas, ni siquiera había sopesado la posibilidad de la existencia de otro dios que no fuera el protagonista de la creencia me habían inculcado desde la más tierna infancia, y sin embargo parecían haberse convertido en todo lo que me quedaba en el mundo.

—¿Qué tengo que hacer? —me resigné.

—Voy a enseñarte a pelear y a potenciar tus poderes, Noa. Volverás a nacer de mí, así que llámame madre.

Cerré los ojos y me permití llorar por última vez.



Me pasé meses aprendiendo, años intentando perfeccionar el uso de mis potenciales hasta convertirlos en poderes.

Descubrí que podía manipular a quien me propusiera, que la seducción era sencilla y muy potente; y una vez que aquellos seres incautos habían caído en mis redes, convirtiéndose en peleles sometidos a mi voluntad, podía acabar con ellos de un solo golpe, reventándolos con un simple tirón de mis manos. Claro que practicaba con seres inmortales, y despedazarlos para observar cómo se recomponían casi inmediatamente, no me suponía grandes remordimientos.

Poco a poco mis sentimientos fueron desapareciendo. El dolor quedó enterrado y encallecido, y sólo podía pensar en hacerme fuerte y ser capaz de cumplir con mi cometido, que ya consideraba como algo noble y necesario.

Pocos años después, Tisífone ya me veía preparada, y me asignó mi primera misión.

Una mujer había matado a una de sus tres hijas y hacía años que lo intentaba con su marido. Tisífone quería que fuera mi objetivo, así que ordenó a Aura que se encargase de reubicarme en el mundo. Había conocido a todo tipo de personajes, pero que me acompañase la diosa de la brisa en mi cometido se me hizo del todo absurdo. No tardé mucho en comprender todo lo que le debía a aquella diosa.

Fueron unos días horribles. Estaba aterrorizada con la idea de volver a mezclarme con los humanos, y aunque Aura estaba a mi lado, acompañándome incluso en mis peores pesadillas, el volver a tener sensaciones tan reales estaba acabando con mi fortaleza, echando por tierra todo lo que había conseguido en los últimos cinco años.

Fue Aura la que guio mis primeros pasos por el mundo con mi nueva identidad. En aquella época no pedían tantos datos ni documentaciones. Había burocracia, por supuesto, pero para entrar a trabajar como criada en una casa sólo necesitaba asegurarme el puesto frente a otras candidatas utilizando mis poderes. Esa parte no fue difícil.

De pronto me encontré viviendo en una mansión victoriana en la zona oeste de *Westminster*, no muy lejos de *Hyde Park*, durmiendo a escasos metros de mi objetivo, su moribundo marido y sus otras dos hijas, Christine y Ellen, de cuatro y ocho años respectivamente. La familia Grant.

No me resultaba nada fácil enfrentarme a aquello. Podía asumir todo lo que sentían aquellas personas de una manera desgarradora, incapaz de controlar lo que me transmitían, el dolor físico, las náuseas. Además, Ellen me recordaba demasiado a mi hermanita Aurore. Quise desistir, abandonar, pero Aura me convenció para que hablase con Tisífone. Y así encontré mi primer “lugar secreto”.

La Furia ya me había advertido de la existencia de lugares así, escenarios recónditos que suponen un punto de inflexión en el paralelismo entre ambos mundos, antecámaras del Inframundo alojadas en suelo pagano. No comprendí en ese momento su utilidad, y sin embargo a lo largo de los años he ido convirtiendo cada uno de estos lugares en mi verdadero hogar. No me gustaba la idea de no pertenecer a ninguna parte.

Así que Aura me condujo al sur de Londres, a *Upper Norwood*, al inmenso y hasta entonces para mí desconocido Palacio de Cristal.

Era una construcción impresionante totalmente erigida en vidrio y hierro. A mí me preocupaba que pudieran descubrirnos en cualquier momento, pero eran más de las diez de la noche y estaba helando; nadie quedaba en la calle.

—¿Qué es este lugar?

—Tsss.

Me guio por un pasillo de baldosas que rodeaba el exterior del palacio, hasta un portón horizontal que emergía del suelo. No tuve ningún problema en adentrarme precedida por la sosegada diosa, que se paseaba por allí con su lánguido aspecto etéreo, como si de su casa se tratase. Me condujo a una gran sala abovedada desde la que se podían observar todos los jardines que nos envolvían al otro lado de las imponentes cristaleras. Fuentes, árboles y todo tipo de objetos peculiares (al menos para encontrarse en el interior de un edificio) nos rodeaban. Me detuve boquiabierta delante de un cartel pintado a mano y con mucho gusto, en el que se anunciaba la Gran Exposición de 1851, “*Great Exhibition of the Works of Industry of all Nations*”, acontecimiento para el cual se había construido aquel palacio, en otros tiempos ubicado en Hyde Park. Por doquier aparecían salas y más salas llenas de artilugios estrambóticos, reliquias de la Revolución Industrial británica que habrían dejado, en su momento, anonadados a todos los visitantes. Por un instante me imaginé a mi hermano Jean paseando por aquel palacio acompañado por alguna incauta. Enseguida desterré la idea.

Tuve que perseguir a Aura, que cada vez avanzaba más deprisa hacia nuestro destino. Súbitamente se detuvo frente a una portezuela que nos llevó directamente a una especie de sótano sombrío que ya nada tenía que ver con la opulencia de aquella construcción. Bajamos raudas por unas escaleras claustrofóbicas de caracol hasta una especie de pozo inundado. Al posar mis pies sobre el suelo, descubrí que el agua me llegaba por la cintura y que no estaba precisamente templada. Continué detrás de Aura por un pasillo anegado, procurando seguirle el paso no sin cierta dificultad al hallarse mis piernas congeladas bajo las múltiples capas de telas vaporosas y empapadas que conformaban mi falda. De pronto la diosa desapareció; se había dejado

caer por un agujero de no más de medio metro de diámetro, un agujero ciego y aparentemente demasiado empujado. Sin pensármelo demasiado me lancé a través de él al vacío. Comencé a caer golpeándome continuamente contra las paredes del estrecho túnel hasta que conseguí concentrarme, perder el miedo y estabilizarme. A partir de ahí, simplemente me deslicé hasta aterrizar, unos dos minutos después, con fuerza, pero limpiamente, sobre mis pies y sin dañarme en absoluto.

Una claridad absoluta me cegó momentáneamente al estrellarse contra mis pupilas dilatadas; el contraste resultaba doloroso. Aquel lugar se parecía bastante a las estancias del Inframundo a las que me había terminado acostumbrando durante los últimos cinco años, sólo que la luz era mucho más intensa y rebotaba sobre las paredes de cuarzo blanco sin dar tregua.

Como siempre que Tisífone que aproximaba, la atmósfera se hizo insoportable, tornándose el aire espeso y pesado.

—Aún no has llevado a cabo tu cometido —su mirada violeta se introdujo en mis entrañas retorciéndolas ferozmente.

—No... no sé si puedo... ma-madre.

—¿No sabes? —la estridente y furibunda voz vibraba ardiente en mis oídos.

—¡Estoy sintiendo cosas! ¡Duele! ¡Su inmundicia duele! Apesta... y creo que no lo puedo soportar —mi tono era histérico y suplicante.

—Ya no eres humana, Noa, al menos no del todo. Eres capaz de dominar la situación y dejar de sentir si quieres. ¿No quieres? ¿Es eso lo que pasa? ¿Te dan pena?

—¡¡No!! ¡Merece castigo!

—¿Y crees que alguien la castigará como se merece si no lo hacemos nosotras? ¿Crees que debe quedar impune?

—¡No!

—Sabes lo que tienes que hacer. No me molestes más hasta que no hayas acabado o sabrás lo que es el dolor, niña insolente.

Aura revoloteaba a mi alrededor protegiéndome en cierto modo de la Furia, ejerciendo de parapeto, absorbiendo parte de la energía que emanaba de su ira y que me hubiera hecho retorcerme de dolor.

Enseguida pude volver a respirar sin esfuerzo. Tisífone se había ido.

—¿Esstasss bien, niña?

—Aura, tengo miedo.

—Todo irá bien... No temasss. Eress fuerte, essspecial, por esso te eligió la Furia.

—Sé que merece castigo, sé que la señora Grant seguirá intentando matar a su marido y a sus otras dos niñas —recordé los pequeños pasitos de Ellen, la hermana mayor, paseándose por los pasillos de noche en busca de consuelo después de alguna pesadilla. Se lo debía a ella, se lo debía a Aurore.

Súbitamente, una fuerza despiadada se apoderó de mí, ardiendo desde el fondo de mi estómago hasta donde mi garganta se convertía en boca; flexioné las rodillas y me impulsé hacia arriba para introducirme por la abertura por la que habíamos descendido escasos minutos antes. Ni siquiera comprobé que Aura me acompañase. Ya conocía el camino y sabía lo que debía hacer.

—O—

Por la mañana, el color del cielo que se atisbaba desde el estrecho ventanuco de mi habitación, anunciaba descaradamente un día sombrío y oscuro.

Eran las siete de la mañana y las niñas aún no se habían despertado, pero un ligero aroma a té, panceta y huevos revueltos, mezclado con el hedor a podrido de la enfermedad y la malicia, me corroboraba que había llegado el momento: la señora Grant, a pesar de todo el personal que tenía a su servicio, estaba en la cocina preparando el desayuno de su marido.

Fue la última vez que pude captar el aroma de la comida.

Atravesé los oscuros pasillos de la mansión sigilosamente. Llegué a la cocina

a tiempo para comprobar cómo la señora Grant machacaba en el mortero algún tipo de fruto. Me aproximé por su espalda sin que ella me percibiese mientras mezclaba el contenido del cuenco con los huevos revueltos y la panceta frita.

—¿Baya de adelfa o de hiedra? —susurré a su oído.

Se giró lentamente y me miró con los ojos muy abiertos.

—No sé de qué me está hablando... Vuelva a su alcoba y adecéntese — pretendió ignorarme, pero percibí intensamente el pánico que se apoderaba de ella.

—No pones suficiente cantidad —volví a susurrar, esta vez desatando mi poder más seductor. Se estremeció.

—Si quieres que muera de una vez, debes ser más generosa. Esa cantidad sólo lo mantendrá enfermo.

Se giró de nuevo y comenzó a caminar hacia atrás lentamente huyendo de lo inevitable. Me deseaba y a la vez estaba aterrorizada. Comprendí que habíamos salido de la casa al notar la humedad de la hierba mojada bajo mis pies desnudos.

—Yo no... yo... ¿Cómo sabes...?

—¿Quieres acabar con él? ¿Quieres acabar con todos? —la oí jadear antes de desplomarse para quedar sentada sobre el césped. Negó con la cabeza lentamente.

Fue el último movimiento que realizó por sí misma; estaba perdiendo el control de sus actos, la capacidad para tomar decisiones. Me agaché junto a ella acercándome todo lo que pude a su rostro.

—¿Me desea, señora Grant? ¿Quiere que le ayude a acabar con todo?

—No-no... yo no quiero que nadie muera... no quiero...

Su falta de determinación estaba minando mi paciencia. Claro que se debía a la seducción que la aturdí y descentraba, pero no podía soportar la falta de voluntad, la patética debilidad de aquel ser.

—¿Por qué quiere que mueran, señora Grant? ¡Cómo sufrió su hija...!

De pronto pude percibir en ella dolor; la culpabilidad se abría paso tímidamente, camuflada por la falta de libre albedrío.

—Yo... yo no quería... sólo... ¡Estaba enferma y debía cuidarla!

—¡¿Enferma?! ¡Usted la puso enferma! —rugí aterrándola aún más.

—No tenía que morir... sólo, sólo... estaba enferma... Ellos me necesitan...

—¿Los envenena para que necesiten sus cuidados?

Por un momento flaqueé. Aquella mujer estaba muy enferma. Se sentía aturdida, y en cierto modo, culpable y dolida. Me miraba aterrada. Pensé en Aurore y en cómo Jean seguramente también estaría muy enfermo para haber hecho todo aquello conmigo. Cerré los ojos repleta de rabia, apreté los puños y comprendí que las excusas no valían.

—Todo mejorará a partir de ahora. Yo sí la querré y la necesitaré siempre — el tono sensual de mi voz se me hacía muy ajeno.

Posé la palma de mi mano en su mentón suavemente. Ella separó los labios jadeante y cerró los ojos vencida por completo a mi voluntad. Apoyé las manos sobre sus hombros; me ardían. Noté cómo una fuerza atroz se apoderaba de mí, se acumulaba en el fondo de mi estómago. Debía dejarla brotar, debía desatar aquel poder antes de que reventase en mi interior. De un único y brutal movimiento, separé en dos aquel cuerpo.

Había partido por la mitad a la señora Grant.

Caí de espaldas sobre la hierba mojada, incapaz de controlar el retroceso de toda aquella energía que se había desatado. Me levanté rápidamente para observar cómo se iba empapando de sangre la vaporosa tela de su vestido completamente rasgado. La cabeza había quedado unida al extremo derecho de su cuerpo, y sus ojos abiertos aún me observaban con lascivo deseo. Observé con asco el vapor que brotaba de sus vísceras desparramadas sobre el césped por efecto del contraste de temperaturas.

Debía irme, y a toda prisa. No podía ser descubierta si quería evitar unos

cuantos problemas.

Yo no quería sentir, y creía que no sentía, pero más bien, y por todo lo que sé ahora, me engañaba a mí misma. El no ser del todo humana no mutilaba mis sentimientos, como Tisífone había sugerido; simplemente yo deseaba que así fuera y sólo me engañaba. Así que no pude...

No pude irme y dejar que su marido enfermo viera aquello. No pude irme y consentir que Ellen o Christine descubrieran aquel terrorífico escenario. Hasta hoy había pensado que lo hice por ocultar pistas y que tardasen en venir a por mí, pero no fue así.

Ahora lo sé.

Envolví su cadáver con una cortina, le rompí algunos huesos para que sus formas se adaptasen de manera discreta a mi “bolsa de viaje”. Me dirigí como si nada a la orilla del Támesis y en un lugar discreto me deshice de la bolsa; observé cómo se iba sumergiendo lentamente en las pútridas aguas de aquel imponente río mientras un estruendo anunciaba cómo un tren se aproximaba a mi posición avanzando sobre el puente de Westminster.

Tenía que desaparecer enseguida.

CAPÍTULO 24

—¿Has vuelto a ir a aquel lugar? ¿A tu primer “lugar secreto”?

—Que va, tuve que destruirlo unos cuantos años después.

—¿Destruirlo?

—Le prendí fuego a unas telas ajadas de una de las salas del Palacio de Cristal; con la suciedad del suelo, la madera y el vidrio, todo ardió con facilidad y quedó completamente destruido. Alguien me había estado

siguiendo por las noches y debía abandonar aquella zona... sin dejar pistas.

—¿Quemaste un palacio? —sonreía entre divertido e impresionado—. No habría personas dentro, ¿no? —cayó en la cuenta preocupado de pronto.

—No lo sé, creo que no... pero no sé si hubo víctimas —me sentía totalmente avergonzada; jamás había querido conocer el resultado de mis actos.

—Lo siento mucho, Noa. Es sobrecogedor.

Eric mesaba mis cabellos mientras mi mirada se clavaba en el fuego de la crepitante hoguera.

—Soy un monstruo.

—No lo eres. Todo tiene una razón de ser y eres lo que la vida ha hecho contigo, la mujer a la que quiero.

Tragué con dificultad. No podía comprender qué había hecho yo para merecer que me quisieran.

—¿No lo soy? He sesgado muchas vidas... de una manera... que... —cientos de imágenes brutales se estaban agolpando en mi cabeza pugnando por volverme loca.

—Puedes dejar de hacerlo. Vuelve a ser humana, quédate conmigo.

Me besó de nuevo, cálidamente.

—¿Y quién te perseguía? ¿Te habían descubierto? —quiso saber.

—¿Eh?

—Me has dicho que tuviste que quemar el Palacio de Cristal para ocultar las pistas que pudieras haber dejado porque alguien te seguía, ¿no?

—Sí, es cierto —me quedé pensativa. Realmente había olvidado aquel tema por completo. No había vuelto a preocuparme por aquella persona. Después del incendio abandoné definitivamente Londres para asentarme en Ámsterdam —. La verdad es que no me interesó en aquel momento descubrir de quién se trataba. Yo ya llevaba más de treinta años dedicada a mis... “misiones” y casi nada lograba intimidarme. Había recorrido medio mundo desde aquel primer

objetivo en Londres, y pensé que si sólo me había perseguido en esa ciudad, enseguida podría perderle la pista. En aquellos años recorrí toda Inglaterra, pero curiosamente mi último trabajo en Londres fue en un lugar muy cercano a la mansión de los Grant, en Westminster, así que tuve que visitar en varias ocasiones el “*Crystal Palace*”, que ya no era en absoluto ni una sombra del que yo conocí... estaba abandonado. Nunca más me sentí vigilada como aquella vez.

—Es extraño.

—Bueno, quien fuera, si sigue vivo, debe tener muchísimos años. Me preocupa más Tisífone en estos momentos.

—Todo irá bien, Noa —me abrazó.

Me estremecí entre sus brazos, asustada y a la vez esperanzada. Todo aquello me abrumaba, y en cierto modo me sentía feliz.

Hasta que todo cambió.

De pronto una sensación sobradamente conocida invadió toda mi atmósfera. Observé aterrada a Eric que parecía ajeno a lo que estaba sucediendo.

—No la mires a los ojos, por favor... por favor.

—¿A quién? ¿Qué pasa, Noa?

Me faltaba el aire, el ambiente era irrespirable, y sin embargo a Eric no parecía afectarle en absoluto. Todo se volvió borroso para mí mientras empujaba con todas mis fuerzas a Eric hacia la laguna de nuevo. Era necesario que estuviera lejos de mí cuando ella apareciese. Pude captar cómo Aura arremolinaba el agua para evitar que él se golpease con las rocas.

—¡Tranquila, Noa... lo mantendré a salvo...!

—¡Noa! ¡Noa, ¿a dónde me lleva?! —Eric luchaba por zafarse de la envoltura que le procuraba la diosa de la brisa. Quería volver conmigo, estaba profundamente preocupado por mí.

Yo no podía respirar. Tisífone había llegado.

—¡¡¡Quieta!!! —rugió la Furia refiriéndose a Aura, que se detuvo en el mismo instante depositando a Eric sobre el escarpado suelo.

—¡Eric! —corrí hacia él, pero mi madre se interpuso ferozmente.

—¿Qué es lo que pretendes, Noa?

No me gritaba, su voz era un susurro sosegado, y aquello me asustó aún más.

—Madre... no puedo —rompí a llorar abrumada por la preocupación. Si Eric miraba a Tisífone a los ojos se volvería loco irremediablemente. Me sentía impotente. Aura le había soltado cerca del suelo, pero aun así no podía sentirle.

—Deja de preocuparte por él, Noa. Quiero saber qué estás haciendo. ¿Por qué está él aquí?

—No podía dejarle morir. ¿Por qué quisiste matarlo, madre? —procuré mostrarme más serena.

—Él no debía estar allí. Yo sólo quería ponerte a prueba, Noa, luchar contigo. Pero, ¿qué más te da? —intentaba entrar en mi cabeza a través de mis ojos, pero yo no se lo iba a consentir.

—Es inocente. Él no tenía que morir e hice lo adecuado —hacía gala de toda la firmeza y aparente indiferencia que me permitía la situación.

Me rodeó lentamente con su aliento abrasador y absorbente. Sus cejas alzadas y su rostro inclinado daban mayor evidencia de su escrutinio hacia mi persona.

—No eres sincera, Noa.

—No sé de qué me estás hablando —aludí muy digna.

Por el rabillo del ojo pude captar cómo Aura arrastraba suave y casi imperceptiblemente, el cuerpo de Eric hacia un lugar más alejado. El valor y la fortaleza se fueron afianzando en mi interior al suponer a mi amado más lejos del peligro inminente.

—¡Estás en tu cueva, jugando con un... amigo, mientras tu objetivo sigue pisando tranquilamente la faz de este mundo!

—Todo va bien, madre —no iba a ser el mejor momento para confesarme con ella—, está controlado.

—¡No te creo, niña!

No podía mirarle a los ojos directamente. La escasez de aire al conectar con su mirada era insoportable.

Me mantuve allí de pie, con la cabeza muy alta mientras sujetaba la manta que tapaba mi absoluta desnudez.

—Seduje a este humano, madre —se me ocurrió la excusa menos adecuada de la historia y supliqué porque le valiese.

El gesto de su rostro solemne pasó de reflejar la más absoluta sobriedad, al sarcasmo más descarado.

—¿Sexo? Una debilidad muy humana...

—Fui humana, madre, y hay cosas que no se olvidan. Es muy placentero —utilicé la entonación más vacía que encontré en mi registro.

—¿Placentero? —se rio con desprecio.

Se lo estaba creyendo. Podía funcionar, al menos hasta que pudiera sacar a Eric de allí, ponerlo a salvo. Más adelante tendría que hablar con ella, confesarme.

—Nos vamos ya de aquí. Quiero ir a primera hora a casa de Hugo, madre.

Caminó a mi alrededor sin hablar, observando cómo sus pies se deslizaban sobre el suelo sin levantar la mirada. Me estaba poniendo nerviosa. Decidí caminar hacia el futón para vestirme, como si nada sucediera.

—¡¡¡Quieta!!! —Tisífone se lanzó furibunda sobre Aura que seguía apartando a Eric hacía una zona menos iluminada de la cueva. Apresó su fino cuello con una de sus manos para, casi sin esfuerzo, lanzarla dentro de la hoguera.

La Furia se sentó a horcajadas sobre el cuerpo inerte de Eric y para mi terror más absoluto apoyó las manos sobre sus desnudos hombros. En ese momento creí enloquecer. Iba a despedazarlo. Yo me había encontrado en aquella misma

postura sobre cientos de víctimas antes de desmembrarlas.

—¡¡¡No, madre!!! —me precipité a su lado.

Me miró dubitativa. Súbitamente me invadió un terrible sentimiento. La Furia estaba sumamente decepcionada, pero no demasiado sorprendida. Yo rompí a llorar suplicante, desesperada. No podía enfrentarme a ella, era imposible vencer y así no podría proteger a Eric.

—Debí suponerlo.

—Lo siento, madre.

—Creí que podrías dejar de ser humana, dejar de sentir para siempre.

Para mi alivio, se incorporó sin ningún esfuerzo, apartándose de Eric. Se sentó en el futón.

—Madre... yo... —quería explicarme, pero era demasiado arriesgado. Nunca sabía cómo iba a reaccionar.

—Tssss —tenía la mirada perdida—. ¿Nunca te has preguntado por qué te cuesta respirar en mi presencia? —no sabía a dónde quería llegar con aquella pregunta; siempre había sido así—. Tu amigo ni siquiera se ha inmutado.

Aquello era cierto. Cada vez que Tisífone se le aparecía a alguien, siempre que la había visto en acción, provocaba aquella sensación de vacío, de falta de aire...

—Ya veo... crees que es lo normal —alzó una ceja—. Es la culpabilidad, Noa, la angustia. La conciencia no le deja al culpable seguir viviendo con cordura, y mi presencia es arrebatadora, mortal por esta causa.

—Significa que me siento responsable —no era difícil de creer. Unas horas atrás ni siquiera era consciente de ello, pero no significaba que la culpabilidad por mis actos no me hubiera acompañado a cada paso.

—Siempre supuse que era por ella, que habías sido consciente de todo aquello... incluso los dioses sufren tales circunstancias; pero ahora creo que simplemente nunca serviste para abandonar tu humanidad.

—No comprendo, madre; no sé quién es “ella”.

—Nadie, eso ya no importa.

Supuse que se refería a la pérdida de mi hermana Aurore, a la culpabilidad que había sentido por mi inacción aquella noche en mi alcoba; por no impedir a Jean que la matase.

—No hay mucho que se pueda hacer ya, niña.

—Madre —me aproximé despacio a la Furia—, tengo que pedirte algo —me observó de nuevo expectante—. Quiero volver a la vida, no quiero seguir con... todo esto.

El silencio invadió la cueva. Todo se había paralizado expectante ante mis palabras, incluso el agua de la laguna había dejado de chasquear contra los riscos, a la espera de las evidentes consecuencias de mi osadía. Pude notar cómo Aura vigilaba desde el fuego, alerta, en posición de ataque por si era necesario. Estaba dispuesta a todo por mí.

CAPÍTULO 25

Fueron tres minutos eternos.

Tisífone mantenía sus violetas e impenetrables ojos cerrados. Estaba meditando.

Aura se mantenía al acecho, aunque poco podríamos haber hecho las dos frente a un ataque de la Furia. Y de salir indemnes, no habiéramos tenido escapatoria a la venganza de sus hermanas y demás deidades.

Aura era una maravillosa amiga sólo por intentarlo.

De pronto Tisífone se levantó del futón y se aproximó a mí.

—De acuerdo, así sea si es lo que deseas —suspiré fuertemente, animada por el alivio—. Pero primero debes terminar tu última misión.

Una losa de piedra aplacó mi emoción.

—Madre, no creo que Hugo sea una mala...

—¡No te atrevas! Sabes que no soporto la insolencia.

—¿No podemos hacer una excepción? —imploré.

—Por supuesto —contestó muy tranquila—, puede purificarse a través de otro ser que purgue su culpa. ¿Conoces a alguien dispuesto?

Fijó su mirada lasciva sobre el cuerpo desnudo de Eric, provocándome una arcada.

—No, madre... él es inocente, yo no me refería...

—Tu verborrea me enferma, Noa. Te prefería fingiendo insensibilidad. Este hombre no es inocente del todo. En cientos de ocasiones pensó en matar a su hermano Víctor, antes de que tú acabases con él.

No supe qué contestar. Era evidente que la Furia había urdido un plan para que

yo no saliera indemne de aquella situación.

—Tú misma me has hecho notar cómo no le afecta tu presencia... ¡No se siente culpable, Tisífone!

—¿Ya no soy “madre”? —fingió afectación.

—Madre —repliqué nerviosa—. Sabes que no ha hecho nada malo, y menos nada que nos competa a nosotras castigar. Sólo me ha ayudado.

Se giró indignada ante mi actitud, aproximándose lentamente a la posición de Eric.

—Serías capaz de enfrentarte a mí por salvar la vida de este humano. ¿Crees que no veo a Aura agazapada y dispuesta para la lucha? —emanaba ira por todos sus poros, pero no gritaba, ni siquiera resultaba amenazante—. No me dejas opción.

Súbitamente el cuerpo de Eric levitó hasta depositarse con brusquedad entre los brazos de la Furia. La angustia más atroz se apoderó de mí. No podía hacer nada y las suplicas iban a enfadar aún más a Tisífone.

—¡¡¡No, madre!!!

—¿No?! ¡¿Cómo osas darme órdenes?! —sus pies se elevaban a más de dos metros sobre el suelo mientras me rugía enloquecida. La ira se había desatado y toda aquella energía iba a desintegrar a Eric si no se tranquilizaba.

—¿Qué quieres que haga, madre? Haré lo que me pidas. Por favor...

—¡Es insoportable tu debilidad!

—¡¡¡Madre, lo siento, tienes razón, cumpliré mi misión!!! —pude captar cómo el sosiego se iba instalando en ella poco a poco, aunque aún sujetaba con firmeza a Eric.

—Entonces no habrá problemas. Acaba con Hugo, realiza tu misión y vuelve a la inmundicia de vida que te ha tocado, junto a tu... amado —escupió las últimas palabras con desprecio.

No soltó a Eric a pesar de nuestro trato; sabía que no lo iba a hacer hasta que

yo no cumpliera. No quería enfadarla de nuevo, y menos mientras le sostenía entre sus brazos, pero debía intentarlo.

—Voy a llevarlo a su casa, madre. No querrás que se despierte y lo descubra todo, ¿verdad?

—No te preocupes, Noa, prefiero quedarme con él.

—Pero... pero si te mira a los ojos, madre... —volví a perder el control de mi cuerpo, de mi elocuencia, aterrada por la idea de dejar allí a Eric con la Furia.

—No sufrirá ningún daño si tú cumples tu parte. Eric a cambio de Hugo, Noa. ¡Vete ya!

Antes de girarme para dirigirme al exterior de la cueva con premura, lancé una última mirada a Aura que asintió en silencio con un leve gesto de cabeza. Ella me avisaría si algo se torcía. Cuidaría de él en mi ausencia.

Me deslicé hacia el exterior a través de la estrecha grieta horizontal de la entrada.

Aún no había amanecido.

CAPÍTULO 26

Corrí sin pensar hasta mi coche; aunque luego, una vez en marcha, reduje el ritmo. No quería llamar demasiado la atención y mucho menos que la policía me parase en aquellas circunstancias.

Debía ir primero a casa de Bárbara para ponerme algo ya que había salido de mi refugio a toda prisa y simplemente envuelta en la manta. Tenía que vestirme empleándome a fondo si quería seducir a Hugo de una vez por todas. Me presentaría en su casa y haría lo que fuera necesario porque cayera en mi trampa. Tenía que salvar a Eric.

No me permití compadecerme de mi víctima a pesar de que no deseaba en absoluto llevar a cabo aquella misión. No había opción, y me pasé todo el camino hasta casa procurando convencerme de ello. Un mal necesario.

Rondaban las cinco y media de la mañana cuando aparqué el *Golf* en la puerta principal de la casa Tessani. Reinaba el silencio.

Me adentré sigilosamente dirigiéndome directamente a mi dormitorio. Todo estaba tal y como lo había dejado el día anterior, incluso la cama aún deshecha. Abrí el armario en busca de algo muy “sexí” para comprender enseguida que nada cumplía siquiera el requisito de “femenino”.

¿Qué podía hacer?

Sólo tenía una opción: Bárbara.

Ella era una mujer; tendría ropa bonita y seguro que algo me podía servir al efecto. Le pediría prestadas de nuevo las botas.

Me dirigí directamente a la habitación de mi madre adoptiva y di tres suaves golpes a la puerta. No hubo respuesta y yo no podía esperar, así que entré. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la escasez de luz, pero enseguida comprendí la quietud que invadía la casa y el inusual desarreglo de mi alcoba.

Chris estaba en la cama completamente dormido junto a Bárbara, que permanecía en silencio, con los ojos muy abiertos y las muñecas atadas al cabecero de hierro forjado. Me observó con una mezcla de alivio y miedo en su rostro. Me aproximé sigilosa dispuesta a despertar a mi padre adoptivo.

—No... —susurró angustiada Bárbara—. Tiene a David.

—¿Dónde?

Negó implorante con un gesto de cabeza.

Salí de su cuarto y registré toda la casa en busca de mi her-mano pequeño. No era capaz de captar nada. Me reprendí por haber anulado deliberadamente mi poder de empatía con ellos, ya que de lo contrario no me habría resultado difícil conectar con sus sentimientos para así poder encontrarlo. La ansiedad me estaba descentrando. Aquello era lo último que necesitaba en esos momentos, pero no podía arriesgarme a golpear a Chris e incapacitarlo para desvelar el paradero de David, si es que corría peligro.

Solté la manta que me tapaba y me cubrí con una sudadera inmensa que descansaba sobre el respaldo de uno de los sillones. Me senté un instante a la mesa de la cocina intentando recapacitar, pensar y decidir mis próximos movimientos.

Entonces lo vi a través del cristal.

El coche de Chris estaba aparcado en el lateral de la casa que daba a la ventana de la cocina, por eso no lo había visto al llegar. Salí a toda prisa rodeando el flamante *coupé* negro, y de un tirón brutal arranqué la puerta del maletero.

Allí estaba David, tumbado, acurrucado como un bebé y muy asustado.

Me miró aliviado y rompió a llorar. Le ayudé a salir y con un gesto le hice comprender que debía guardar silencio, que Chris seguía en la casa.

—¿Y mamá? —susurró aterrado mientras me perseguía a través de la cocina.

—Tú quédate aquí, tranquilo. Yo me encargo de todo. ¿Me prometes que te quedas aquí?

Asintió mientras las lágrimas se desbocaban por su rostro pringoso.

—¡Noa! —susurró apremiante—. Ten cuidado, hermana.

Asentí y le dejé allí para trepar por la escalera en busca de Bárbara.

Volví a entrar en el dormitorio del matrimonio. Liberé sus muñecas con destreza mientras le susurraba unas instrucciones para que se pusieran a salvo.

—David está abajo, en la cocina. Ve con él.

Bárbara se levantó a cámara lenta, procurando no desvelar el profundo sueño de su marido. De pronto la mano de Chris rodeó la muñeca izquierda de su mujer y con gran brutalidad la atrajo de nuevo a su lado. Con la otra mano asía sin inmutarse un revolver con el que nos apuntaba. Lo había mantenido oculto bajo la almohada.

—No creo que vayáis a ningún sitio —advirtió amenazante.

No me atreví a lanzarme sobre él hallándose Bárbara tan cerca del arma, así que esperé a comprender su reacción y sus exigencias.

—¿Qué quieres, Chris? —pregunté bastante enojada.

Me estaba entreteniendo demasiado y era capaz de hacer daño a su mujer si no teníamos cuidado.

—¿¡Que qué quiero?! ¡Yo no quiero nada, niñata ingrata! ¡Todo esto es mío, todo lo que hay bajo este techo es mío... incluidos mi mujer y mi hijo... y legalmente tú!

—¿Somos tuyos? ¿Eh?

Intentaba distraerle, desviar su atención a mi persona para que se olvidara de Bárbara.

—Reconozco que Bárbara y tú sois más un inconveniente que una familia para mí. ¡Habéis trastornado a mi hijo y lo habéis puesto en mi contra!

Pegó el cañón de la pistola a la sien de su mujer.

—No, Chris, no, Chris, por favor —imploraba asustada Bárbara—, me quedaré contigo, cariño... por favor...

Oí unos pasos amortiguados aproximándose por mi espalda. David había subido, seguramente alertado por los gritos amenazantes de su padre y los sollozos de su madre. Debía actuar enseguida o habría demasiado en juego.

—Déjalo, mamá —dije con asco—, es poco hombre para encargarse de una familia como la nuestra.

Como esperaba, Chris me encañonó enfurecido en ese mismo instante. Rugía incoherencias mientras yo me concentraba en mi próximo movimiento. Debía ser rápida o alguien saldría dañado. Tomé impulso y me lancé sobre él tomando su revólver antes de que pudiera reaccionar, para lanzarlo contra la pared mientras con la otra mano estrellaba su cuerpo contra el armario. Atravesó la puerta de madera maciza, quedando allí tirado en mala postura entre las inmensas astillas. Ayudé a Bárbara a levantarse y la guie hacia la puerta. Estaba muy aturdida, asustada y sorprendida. David se encontraba apoyado contra el marco de la puerta, sujetándose para no desfallecer, con la boca abierta. Lo había presenciado todo.

—¿Qué, cómo...? ¡Noa! ¿Has volado?... ¿Cómo...?

—¡Vamos, llévate a mamá! Luego te lo explico.

—Pero no... —de pronto la mirada de David se perdió sobre algo que acechaba a mi espalda. Intentó atraerme hacia él, alejarme del peligro, pero no pudo mover mi peso antes de que la silla del tocador se hiciera astillas contra mi cráneo—. ¡Noa!

Me di media vuelta para encararme de nuevo a mi amoroso y anonadado padre adoptivo.

—¿Cómo... cómo puede ser?

—¿Qué por qué no me haces daño?

—¿Qué eres...?

—No es lo que sea yo, es que tú eres un “mierda”.

Posé mis manos sobre su pecho, y con un golpe suave pero seco, salió lanzado por la ventana. Su grito se fue haciendo lejano según su cuerpo se iba aproximando al suelo del cuidado jardín de Bárbara.

Tomé de la mano a mi madre y a mi hermano y los guie escaleras abajo.

—Mamá, llama a la policía y cuéntales lo que ha pasado —le pedí a Bárbara.

—¿Qué?... Sí... cómo...no sé...

—Mamá, necesito que reacciones —rodeé sus mejillas con las palmas de mis manos para que centrarse su atención en mis palabras—. Sé que lo que ha pasado es extraño, ahora os lo explico todo, pero primero llama a la policía y que ellos se encarguen de la ambulancia.

—Pero...

Se dirigió a toda prisa a la ventana de la cocina. Desde allí se podía ver el cuerpo de Chris tirado en mala postura. Se quejaba dolorido.

—Está vivo y saldrá de esta, no te preocupes —quise tranquilizarla.

De pronto clavó su mirada en mí. Su rostro reflejaba orgullo y mucho amor. Me sentí conmovida.

—¿Me has llamado “mamá”?

—Es que eres mi madre, y te quiero con toda el alma.

Sonrió con todo el cuerpo mientras las lágrimas rodaban por su piel.

David me abrazó encaramándose a mí como si bajo sus pies se extendiera un abismo.

Bárbara se aproximó sonriente y se desplomó de rodillas ante nosotros. Me

arrodillé también, abrazándome a ella, mientras David seguía aferrándose a mi cintura como si de otro modo fuera a perderse para siempre. Fueron unos segundos, sólo un instante, pero me bastó para comprender que aquella era mi familia, que me querían y que yo siempre estaría con ellos para amarlos y protegerlos.

—Vamos chicos, hay que ponerse en movimiento —Bárbara se soltó fingiendo entereza para hacer el papel de madre; era un buen comienzo en medio de la tragedia—, la policía estará al llegar.

—Sí, pero ¿qué ha pasado? —David tiraba de mi manga repleto de interrogantes—. ¿Cómo has hecho eso, Noa?

Bárbara me sonrió encogiéndose de hombros. Ella no exigía explicaciones, pero iba a ser imposible que un chaval de trece años se conformase con la incertidumbre. Yo, evidentemente, no podía decirles toda la verdad. Eric se había visto envuelto en la situación, pero a Bárbara y a David les protegería del horror que había sido mi persona.

Podía ser sincera a medias.

—Verás, David... es que yo... no era del todo humana, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Bueno... es que tengo algo así como... poderes.

No quería mirar a Bárbara; me sentía avergonzada.

—¿Poderes?

—Sí —suspiré—, ya sabes, mucha fuerza, corro muy rápido... ah, y siento lo que sienten los demás.

—¿Qué estoy sintiendo?! —Bárbara guardaba silencio mientras David se entusiasmaba.

—Verás, es que cuando llegué a esta casa decidí no poder utilizar mis poderes con vosotros, y...

—Qué oportuno, ¿no? —se rio más divertido que enojado, como si le

estuviera gastando una broma graciosa y esperara a que acabase para poder escuchar la historia real.

—Vale, no me crees. Lo siento, pero tengo que irme. De-bo... cumplir una misión para liberar a un amigo.

—¿Liberar a un amigo? Deja ya la coña y dinos la verdad, Noa, ¿dónde has aprendido a hacer esas cosas?

—David, en serio, te he dicho la verdad, y ahora tengo que irme.

—Como quieras, pero esta noche no te escapas sin contármelo todo.

“Esta noche”, pensé. ¿Seguiríamos vivos por la noche? Recordé que debía sacarlos de aquella casa si quería salvaguardarlos de las posibles represalias de Tisífone contra mi traición.

—Escuchadme. Tenéis que hacer algo por mí. Mamá...

—Dime, cariño.

Sonreí.

—Tenéis que salir de aquí enseguida, en cuanto la ambulancia se lleve a Chris, instalaros en algún hotel cerca del hospital, así la policía no sospechará de vuestro repentino cambio de domicilio tras el “accidente”. Pero debéis estar fuera de casa, y que nadie sepa a dónde vais, ¿entendido?

—Pero, ¿por qué? ¿Qué peligro corremos si Chris está en el hospital?

—No es por eso... Además, debes denunciar a Chris a la policía en cuanto lleguen, ¿me lo prometes?

—No hace falta, ya lo tenía muy claro —dijo abrazando a David—. Se acabó y nos iremos de aquí, pero no entiendo la prisa...

—Por favor, ya sé que no me creéis, que es difícil de comprender, pero confía en mí... confiad en mí.

—De acuerdo, lo que tú nos digas, hija mía.

—Primero necesito tu ayuda, Bárbara. ¿Me puedes prestar algo de ropa más...

adecuado?

—Claro, cariño... ¿qué quieres?

—Algo muy sexi —retorcí el gesto—. ¿Puede ser?

—Pero... no comprendo. ¿A dónde vas?

—Tengo que salvar a Eric, mamá, y para ello debo seducir a otro chico y manipularlo para que venga conmigo a hacer un intercambio —aquello era menos duro que explicar que debía despedazarlo para que la Furia liberase a Eric, y de paso no mentía demasiado.

—No comprendo nada. Confío en ti, hija, pero prométeme que tendrás cuidado.

—Siempre —declaré.

—Mamá, no le hagas caso, nos está tomando el pelo, se cree que es una “super-heroína” —no había malicia ni desprecio alguno en su comentario. Simplemente no podía creerme.

—Gracias, mamá —fingí hacerle caso omiso a David.

—Vamos a mi habitación, rápido, que la policía estará al llegar.

Bárbara corrió hacia las escaleras; yo simplemente flexioné las rodillas y me lancé hacia arriba para aterrizar limpiamente en el piso superior ante la mirada atónita de mi familia. Bárbara se había quedado paralizada en mitad de la subida, y David observaba desde abajo con los ojos desmesuradamente abiertos y posados en mí.

—Yo para mí que tu hermana no miente —comentó Bárbara mientras reemprendía el camino hacia su vestidor.

La seguí por el pasillo y observé cómo intentaba retirar la puerta de su armario, ahora destrozada.

—Ups —sonreí mientras le ayudaba a apartar los trozos de la madera destrozada.

—Cariño, soy algo mayor para usar ropa sexi... no sé...

Casi todas las prendas que podía atisbar me sonaban de habérselas visto puestas. Realmente no había nada que pareciese adecuado.

—¿Y con las tijeras? —recordé el arreglo que me había hecho Eric en el vestido negro simplemente haciéndole unos cortes.

—Espera, creo que esto puede venirte bien.

Sacó de una bolsa que se escondía en el fondo del armario, una prenda negra de lana muy fina. La extendió sobre la cama. Se trataba de una especie de chaqueta larga de botones, con cuello de pico muy escotado, y desde luego demasiado pequeña para Bárbara.

—¿Y esto?

—Se debió confundir la dependienta de la tienda al darme la bolsa. Lo mío era una blusa malva de volantes. Tenía que llevarla para que me la cambiaran, pero con tanto lío... Anda, pruébatela. Si cierras todos los botones es como un vestido, ¿no?

—Puede ser... a ver.

Me la puse en dos segundos a pesar de la hilera de pequeños botones. Me centré frente al espejo para observar el resultado. La lana se ceñía a mi cuerpo hasta las caderas. Desabroché tres botones para aflojar el bajo. El escote se amoldaba perfectamente a mi pecho, mostrando un escote generoso y bastante provocativo a mi escaso entender.

—Es... bueno... ya sabes. ¿Te sirve? Te pones unas medias y unas botas...

—Mamá, es perfecto. Ya sé que ninguna madre quiere oír lo que te voy a decir, pero es absolutamente necesario que ese chico caiga a mis pies; debo estar irresistible... nada de medias.

Frunció el gesto y chascó la lengua contra el paladar.

—¿Te pondrás al menos ropa interior? —soltó compungida.

No me acordaba de que debajo de la sudadera que había robado de la sala no llevaba nada. Solté una carcajada.

—Claro, mamá.

Fui a mi habitación y saqué del primer cajón del *sinfonier* unas braguitas muy sencillas de algodón negro. Decidí completar la escasez de mi atuendo con unas botas negras de estilo militar. Así me sentía más yo.

Salté por encima de la barandilla que separaba el piso superior de la planta baja, para aterrizar junto a David.

—¡Madre mía, ese chico va a sufrir una embolia en cuanto te vea! —sentenció David al verme.

Bárbara reprendió con un gesto a su hijo, sorprendida ante el comentario.

—Eso espero, hermanito.

—Es increíble que tengas poderes, es alucinante... ¿Des-de siempre? ¿Y por qué...?

En ese mismo instante dos coches de policía y una ambulancia, paraban en la entrada principal.

—Ya hablaremos —le prometí.

CAPÍTULO 27

Sabía que aquello iba a retrasarme, y que mientras yo estaba fuera, Eric podía encontrarse ya consciente y muy asustado por su situación; pero no iba tampoco a abandonar a Bárbara y a David, y escabullirme en esos momentos sólo levantaría sospechas. Toda la policía del pueblo terminaría poniéndose

sobre mi pista.

Así que permanecí más de una hora junto a ellos, explicando una y otra vez lo sucedido, la verdad. Claro que tuvimos que omitir mis “hazañas” transformándolas en simples empujones oportunos. Todo lo demás era cierto.

Se habían llevado a Chris en una ambulancia escoltada por la policía, después de casi media hora investigando cómo levantarlo del suelo sin causarle más daños. Tuvieron que forrarlo de férulas.

En cuanto nos lo permitió la policía, salimos hacia el hospital, sólo que yo no iba a llegar a ese destino; iba a perderme por el camino para visitar a Hugo.

En la calle *Liberty* el semáforo se puso en rojo y paré mi coche detrás del familiar que conducía Bárbara. Observé cómo me miraba fijamente desde su retrovisor central. Alzó la mano tímidamente entre los dos asientos delanteros justo a tiempo para despedirse de mí al aparecer la luz verde. Ellos continuaron de frente y yo me desvié por la calle de la derecha. David sacó la cabeza por la ventanilla girando el cuello frenéticamente en busca de alguna señal por mi parte. Le regalé una sincera sonrisa de despedida. Era posible que no volviera a verlos jamás, y él parecía haberlo sentido. Una punzada de dolor atravesó mi pecho ante tal pensamiento.

Pensé en lo comprensiva que se había mostrado Bárbara ante los acontecimientos, crédula y tranquila, como si liberarse del lastre que le suponía Chris hubiera desatado toda su fortaleza. Iba a cuidar bien de David, iban a superarlo todo, pasara lo que pasara.

Bajé por la calle *Venecia* en busca de la casa en la que vivía Hugo con su madre. Recordé haber oído que aquella calle oficialmente se llamaba *Easy Road*, pero todos los años las inundaciones del deshielo se cebaban con la avenida, llevando a los ciudadanos a apodararla en concordancia. Rodeé la manzana y aparqué el coche en la parte trasera; no quería llamar demasiado la atención.

Por un instante pensé en trepar por la fachada hasta la habitación de Hugo, pero la falta de convicción sobre su situación, y unas luces encendidas en la planta baja, me hicieron decidirme por el método estándar. Así que me cerré bien la chaqueta negra, tiré de ella hacia abajo para que no resultase tan

provocativa, y llamé a la puerta.

Enseguida oí pasos al otro lado de la robusta madera blindada. Una mujer con los ojos semi cerrados, el pelo recogido y cubierta con una bata de forro polar azul marino, me abrió sonriente.

—Buenos días. ¿Quién eres tú?

Tenía un acento dulce y poco marcado que en un principio no fui capaz de ubicar.

—Hola, buenos días, señora Derrick, venía a ver a Hugo.

—Qué buena noticia, preciosa... hoy me libero de sus protestas, entonces —me sonrió cálidamente—. ¿Lo despertarás por mí?

—Claro, si le parece bien.

—Seguro que él estará encantado, *chéri*.

Francesa. ¿Cómo podía haber tardado tanto en reconocer mi propio idioma?, el acento suave y refinado que hacía ya demasiados años yo misma había perdido.

Me señaló las escaleras.

—Sube y gira a la izquierda, es la última puerta del pasillo. Y si te gruñe, luego me lo dices y le dejamos sin chocolate en el desayuno, ¿sí?

Sonreí. Aquella mujer era muy dulce y sumamente agradable. No me podía creer lo que estaba a punto de hacerle. Iba a acabar con su único hijo.

Mientras ascendía por las escaleras, un gran sentimiento de dolor, culpa y miedo, atenazaba mi estómago dificultándome el paso. Se me agolparon imágenes en la mente: Hugo sentado a aquella mesa en la cafetería del instituto, totalmente abatido por la pérdida de Nina, su lugar secreto en aquella laguna, la barca, su preocupación por Dolores... y de pronto el rostro de Eric, siempre él, apostado en la entrada del aula esperándome, eternamente buscándome, aguantando mis desplantes, ayudándome a enamorar a otro chico por mi supuesta felicidad y en contra de la suya propia, preocupado, enamorado... sus besos...

No había nada que hacer, debía salvar a Eric costase lo que costase.

Con algo más de determinación, me aposte frente a la puerta de su habitación. Me desaté de nuevo los dos botones del escote y los tres de la parte inferior de la chaqueta. Giré el pomo sigilosamente y me adentré en la penumbra.

No estaba cerrada del todo la persiana y la escasa claridad de la mañana se colaba en la estancia otorgando a toda la escena unas tonalidades azules y frías. Me situé erguida a su derecha, entre la cama y la ventana, procurando hacer acopio de fuerza y de motivación. Pensé en lo mal que lo podía estar pasando Eric y en las terribles consecuencias del incumplimiento de mi palabra. Sabía que de todos modos algo muy malo podía sucedernos, pero tenía que intentarlo, tenía que salvar a aquel ser especial del que me había enamorado perdidamente.

De pronto Hugo comenzó a hacer ruiditos y me puse alerta. Ronroneaba como un gatito mientras se desperezaba. Aún no había abierto los ojos.

—¿Qué haces aquí? —sonrió.

—¿Cómo sabías...? Si aún ni te has despertado —me quejé intrigada.

—Sólo tú hueles así, Noa.

Me acerqué lentamente a él mientras observaba mi atuendo sin moverse.

—Bueno... yo... quería verte... —era consciente de que a escasos centímetros de él, y allí de pie, su perspectiva de mí debía ser muy sensual.

—¿Querías verme? —su tono era bastante más sinuoso que el mío. Tenía que esforzarme más.

—Más bien me he despertado con una asfixiante necesidad de verte —paseé mis dedos sobre la abotonadura de la chaqueta.

—Noa...

Comencé a desabrocharme los botones, de arriba abajo, sin abrir la chaqueta, dejando a la vista mi piel y la prenda que me había pedido Bárbara que no me olvidase llevar. Hugo acercó su mano insegura a mi estómago rozando mi piel con suavidad. Ascendió hacia mi pecho y posó la palma bajo la clavícula,

dirigiendo su mirada hacia mis implorantes ojos, en busca de alguna explicación, supuse.

Su contacto no me estaba provocando sufrimiento, sino una sensación cálida y cercana que no hacía nada más que inflar mis sentimientos de culpa y dolor.

Alcé la rodilla derecha y la apoyé sobre la cama, contra su costado. Entonces introdujo la mano con la que había palpado mis latidos, dentro de la chaqueta, rodeando mi cintura y atrayéndome hacia sí con premura. Me situó a horcajadas sobre él y posó ambas manos sobre mis caderas, dejando ya a la vista mi cuerpo semidesnudo.

—Eres preciosa.

Sonreí de la forma más sugerente que hallé en mi haber y tiré de su camiseta para sacarla por su cabeza que permanecía apoyada sobre la almohada.

Se incorporó y me abrazó con fuerza. Sentí su calor, su ternura, su bondad y tuve que buscar sus labios. Lo besé con pasión mientras él acariciaba mi espalda con avidez. Rodeé su cuello con mis brazos, hundí la cara en su cuello, y sin poder evitarlo rompí a llorar.

—Tsss... Noa, cariño... no llores. ¿Qué te pasa?

No podía parar, allí, desnuda, aferrada a él y llorando desconsoladamente.

—Noa, no pasa nada, tranquila... tranquila...

No parecía enfadado, sino todo lo contrario. Se mostraba comprensivo y quería consolarme.

—Hugo, lo siento, no puedo...

—¿Qué es lo que sientes? Me has dado los mejores “buenos días” de mi vida —me sonrió.

—Eres... eres bueno.

—Eso me gusta pensar —alzó las cejas—, pero no quiere decir que tengas que estar enamorada de mí, ¿verdad?

Me sorprendieron sus palabras. Todo lo que había hecho estando con él iba

orientado a seducirle.

—No entiendo...

—Aunque vayas de dura, el brillo de tus ojos te delata hace tiempo... te he visto con Eric.

—Eric —suspiré muerta de miedo.

¿Qué iba a ser de Eric? Era imposible que acabara con Hugo, no podía. Debía ir a la cueva a luchar contra Tisífone cuanto antes. Debía hacer todo lo posible por salvarlo a él. Lo que me pasara a mí no importaba, pero él debía vivir como fuera.

Me levanté a toda prisa abotonándome de mala manera la chaqueta para salir de nuevo al pasillo.

—Noa, no hace falta que te vayas.

Me giré para despedirme. Seguramente tampoco volvería a verle.

—Tú tampoco estás enamorado de mí, ¿verdad?

—Sé que te quiero como si nos conociéramos desde siempre, como si te fuera a querer para siempre.

—Ya, creo que sé a qué te refieres.

Le sonreí y salí captando a mi espalda cómo se dejaba caer de nuevo de golpe sobre la cama.

Bajé por las escaleras algo más sosegada. Estaba casi to-do perdido, pero necesitaba sangre fría para enfrentarme a aquella circunstancia. Mis ojos se dirigieron sin mi permiso hacia las fotos y cuadros que decoraban la pared. Eran escenas cotidianas entre una madre y un hijo que se quieren: en el parque columpiándose, compartiendo un helado, en la piscina aprendiendo a nadar... En todas las fotos aparecían solos, nada de una figura paterna. Algunos retratos más antiguos y engalanados con marcos de plata muy labrados, dejaban constancia del pasado de la familia, de su historia. De pronto un retrato llamó mi atención entre todos los demás. A mitad de la bajada tuve que detenerme en seco para observar de cerca aquel rostro extraño para mí. Todo

mi ser se sacudió como electrificado. Dejé de respirar aturdida y desorientada. Aquello era imposible.

Se trataba de una mujer de unos treinta años que se encontraba sentada sobre una butaca estampada en flores sujetando sobre su regazo a un bebé precioso. Lo extraño de aquella mujer no era que me resultara completamente ajena, sino todo lo contrario. Supuse que si las cosas hubieran sido de otro modo y el tiempo hubiera pasado por mí, mi aspecto sería excesivamente parecido al de aquella mujer. Incluso su bebé me recordó a mi hermanita Aurore cuando acababa de nacer. Me hallaba absorta en aquel retrato, demasiado para darme cuenta de que la madre de Hugo observaba desde mi espalda.

—Increíble, ¿verdad?

Me giré muy despacio intentando ocultar mi total asombro. Al igual que me pasaba con su hijo, era incapaz de captar ningún sentimiento en aquella mujer.

—Es muy guapa, y el crío también —procuré ser agradable sin transmitirle mi preocupación.

La señora ya nada tenía que ver con el ser adormilado que me había abierto la puerta hacía escasos minutos. Una melena larga y castaña descansaba despreocupadamente sobre sus hombros. Sus rasgos rectos y bonitos no podían ocultar las pequeñas arrugas de una vida llena de sensaciones, de risas y de llantos. Era preciosa, serena y elegante. Me recordó a mi madre.

—Es Ivette, mi abuela.

—¿Su abuela?

—Tutéame, *chéri*, me llamo Beatrice. Es impresionante cuánto te pareces a ella...

—Sí, bueno... a mí también me ha llamado la atención —no pude evitar la sinceridad.

—Era una mujer maravillosa, llena de vida y de alegría. Deseaba con toda su alma tener hijos, pero le dijeron que no podía tenerlos, hasta que se quedó embarazada con veinticinco años, cuando ya lo daba todo por perdido; y en 1925 nació *mon pere*, Gastón —señaló al bebé del retrato.

En cualquier otra circunstancia me habría quedado con ella hablando porque estaba muy intrigada, pero debía irme. Eric me necesitaba.

—Señora... Beatrice, debo irme, lo siento.

—No, por favor —me detuvo suplicante—, necesito tu ayuda, sólo un momento... por favor.

Aquel rostro limpio y auténtico me inspiraba tanta ternura y respeto que no fui capaz de negarme. Parecía realmente consternada.

—Tengo un asunto que resolver, Beatrice, pero en cuanto acabe me paso por aquí.

El abatimiento de su rostro me congeló el alma. Estaba desesperada y al parecer, no podía esperar. Pensé que Aura me habría avisado si las cosas se ponían aún más feas en la cueva, y decidí reticente que quizá un momento más no sería catastrófico para nuestra penosa situación.

—Vale, cinco minutos, *d'accord?*

Me sonrió aliviada.

CAPÍTULO 28

—¿Hablas francés? —me preguntó emocionada mientras me invitaba a sentarme en el sofá de su sala de estar.

—Bueno... un poco; mi familia biológica era francesa.

—Ya veo. Hugo me ha contado maravillas sobre ti, *chéri* —alargó la mano

para estrechar la mía—. Desde que está contigo todo ha cambiado.

—Pero nosotros no estamos juntos, sólo somos... amigos.

—Oh, *escuse moi*, yo... al verte entrar esta mañana... tan guapa, para despertar a mi Hugo, y por cómo él me habla de ti...

—Verá, yo pensé que quizá estábamos enamorados, pero creo que más bien somos amigos.

—Lamento oír eso; pero aun así Hugo ha cambiado por completo desde que está contigo, Noa, sea como sea.

Realmente parecía agradecida. Qué hubiera pensado de saber que buscaba sólo seducirlo para poder resquebrajar su cuerpo y su alma en pedazos. Suspiré avergonzada.

—Me alegro de haber podido ayudar —alegué pesarosa.

—Estoy muy preocupada por él. Desde que pasó por aquel drama terrible, no levanta cabeza. Se pinta su sonrisilla de pega y parece que no ha pasado nada; pero a mí no me engaña, una madre sabe lo que pasa si abre los ojos.

—La verdad es que nunca he sabido muy bien qué se le pasa por la cabeza a su hijo. Aparentemente está bien, pero...

—¿No te ha contado lo que pasó? Conmigo elude el tema, y ya sé que no hace tanto que vais juntos, pero habla de ti como si te quisiera de verdad, como si te conociera de toda la vida.

Era muy extraño, pero yo tenía una sensación parecida con él.

—No, lo siento Beatrice, pero no me ha hablado de sus problemas, aparte de Nina, claro —recordé cómo había hecho un amago en el coche, con Dolores y conmigo, pero Dolores le había ayudado a salirse por la tangente, muy a mi pesar.

—Nina... qué chica más peligrosa. No me gustaba tenerla tan cerca. Soy terrible, ¿no?

—No, yo la comprendo, es una chica muy... autodestructiva, y si Hugo no está

bien, no es buena compañía.

—Tú comprendes; eres lista y buena, *chéri* —asintió sonriendo.

—No se crea —apreté los labios.

Por un instante guardó silencio. Las lágrimas acudían a sus ojos, aunque se esforzaba por contenerlas.

—Hugo tuvo que matar a su padre —se le quebró la voz ante tal declaración.

—Lo sé —sentí una inmensa compasión por el sufrimiento de aquella mujer.

—Verás, Iván, mi marido, siempre había sido bastante temperamental; un hombre embelesador, muy apasionado e intensamente trastornado. Su vida estaba llena de picos, arriba y abajo como en una montaña rusa. A mí me preocupaba darle hijos porque una cosa es elegir una pareja desequilibrada para compartir tu vida, y otra muy distinta imponérsela como padre a una criatura inocente. Pero sucedió, me quedé embarazada, y amé a ese niño desde el primer instante. Pensé en abandonar a Iván, pero sorprendentemente el ser padre parecía haberlo transformado; todo se normalizó, se tranquilizó muchísimo y adoraba a Hugo. De vez en cuando su estado de ánimo bajaba y se encerraba en su despacho durante días, pero luego salía recuperado y Hugo y yo nos habíamos acostumbrado —tomó aire angustiada—. Un día decidí que la vida era demasiado difícil para él y salió de su retiro después de siete días con un arma apuntándole la sien. Se sentó en esa butaca —señaló un butacón de cuero negro bastante raído a su derecha—, frente a nosotros, que estábamos viendo en un programa de cocina cómo se hacían las rosquillas, y nos explicó tranquilamente cómo nos iba a quitar la vida por nuestro propio bien para terminar suicidándose. Al principio Hugo no le creyó y comenzó a reírse, nervioso y enojado a la vez por la broma de mal gusto de su padre, pero Iván enseguida apuntó con su revólver a mi sien —se la acarició inconscientemente—, y Hugo se volvió a sentar a mi lado anonadado, ya consciente de la situación. Iván nos explicó que él no quería seguir viviendo así y que nosotros no podríamos soportar la pena de su muerte, así que como una buena familia debíamos irnos todos a la vez. Yo estaba horrorizada, pero lo que más me angustiaba, aparte del peligro que corría mi niño, era el hecho de que aquello no me extrañaba demasiado. Soy una madre deplorable, *n'est-*

ce pas?

—No, Beatrice, de ninguna manera —intenté consolar su congoja.

—Hugo tenía catorce años —continuó— y ya era bastante fuerte, así que cuando Iván amartilló el revólver contra mi sien, mi niño se lanzó sobre él para salvarme la vida. Forcejearon, rodaron por el suelo... Yo creía que me iba a morir del pánico. Intenté ayudar a Hugo pero todo fue muy rápido; de repente un sonido seco y amortiguado me dejó sin aliento, hasta que ambos cuerpos se separaron y comprobé que la sangre manaba del pecho de su padre.

—Lo siento mucho, de verdad. Fue en defensa propia —era seguro que yo jamás le haría daño a su hijo, ya no había vuelta atrás, pero aquella historia resultaba del todo esclarecedora. Tisífone no impartía justicia en todos los casos, y los atenuantes sí que contaban en muchas ocasiones.

—Noa, es que Hugo se quedó vacío, ni siquiera lloró.

—Es un gran hombre Beatrice, y de algún modo terminará sudando todo ese dolor.

—Han pasado cuatro años, y hasta que te conocí no le había visto sonreír desde entonces. Alguna vez se ha encerrado en su habitación demasiadas horas seguidas y he creído que me iba a morir de la preocupación. No puede parecerse a su padre, no puede.

—No creo que sea así, no creo que se parezca a su padre por lo que me cuenta... Intenta superar su pena, seguro.

—La cuestión es que lleva dos días hablándome de ti, de lo que hacéis, y parece que he recuperado a mi hijo. ¿Seguirás junto a él? ¿SÍ?

—No se preocupe, Beatrice, intentaré estar ahí.

Estrechó mi mano con cariño y se llevó mi palma a su cara para besarla. Estaba agradecida.

—Es increíble el parecido... eres idéntica a Ivette, mi abuela, la del retrato de las escaleras.

—Sí, a mí también me lo ha parecido —sonreí—. Es extraño.

—Fue adoptada, ¿sabes? Por lo visto su madre no podía cuidar de ella. Eran otros tiempos... 1899.

Aquella fecha no me era ajena en absoluto. Yo había abandonado mi propia vida humana en 1899. La coincidencia no me pasó desapercibida.

—Sí, algo he leído —recordaba perfectamente toda aquella falsedad y puritanismo recalcitrante.

—Era una mujer increíble, narraba unas historias apasionantes. Yo siempre la escuchaba a los pies de su butaca mientras me contaba aventuras y anécdotas de su vida; y alguna de aquellas historias resultaba del todo insólita.

Sonrió.

Iba a dejar que me hablase de aquella mujer, de su abuela, sólo dos minutos más, porque un creciente interés se había instalado en mí sin poder evitarlo.



Ivette Bonheur no llegó a conocer jamás sus verdaderos orígenes.

Luck y Fleur Bonheur la habían adoptado cuando contaba sólo unos pocos días de vida, justo después de que apareciese abandonada en la entrada principal de “La Salpêtrière”, un importante e inmenso asilo de mujeres ancianas e indigentes ubicado en las afueras de París. Los Bonheur eran buenos amigos del doctor Sefout, uno de los neurólogos del hospicio, que no tuvo ningún reparo en dejar a su cargo a la niña recién nacida.

Se trataba de una buena familia de París y llevaban años intentando ser padres sin obtener respuesta del cielo, a pesar de los continuos rezos y súplicas de Fleur.

Nadie se preocupó por indagar a quién podría pertenecer aquella criatura. Dada la índole del hospicio y unido al hecho de que en él se habían hospedado durante el siglo precedente todo tipo de mujeres sin posibles, entre ellas

“locas” y prostitutas, al doctor Sefout no le extrañó demasiado el acontecimiento y pensó que era inútil incluso molestar a los gendarmes; así que él mismo resolvió que Fleur y Luck serían la familia perfecta para aquella preciosa niña de ojitos verdes y pelo castaño.

Ivette Bonheur creció en un hogar lleno de amor y felicidad. Sus nuevos padres la adoraban y nunca le faltó nada. Era una muchacha fuerte e inquieta, y los años iban incrementando su belleza de una forma abrumadora. Todos pensaban que sus padres elegirían por ella un marido adecuado, a ser posible, teniendo en cuenta las circunstancias, el mejor partido de Francia.

Pero no fue así. Luck y Fleur adoraban a su hija de tal modo que sólo deseaban su felicidad. Ella elegiría un marido si quería casarse, y nada les extrañó que se decidiera por el hijo del panadero, un muchacho encantador que la quería con toda el alma. Fue un gran escándalo social, pero Luck no tuvo ningún problema en ofrecer a su yerno Lorent un trabajo discreto en su empresa de exportaciones para que pudiera demostrar lo mucho que valía para los negocios, a pesar de sus austeros orígenes.

En pocos años, Lorent se había convertido en la mano derecha de su suegro y representaba a la empresa en numerosos países de toda Europa. Ivette y él viajaban muy a menudo debido a las obligaciones de su marido y a la desgraciada ventaja de no estar atados por una descendencia.

Ivette tampoco podía tener hijos. Había visitado a innumerables médicos, pero acababa de cumplir veinticinco años y Dios no la bendecía con una criatura.

En 1924 por fin se quedó embarazada. Nadie se lo explicaba, pero ella, ya en su vejez, le explicó a su hijo Gastón y a su querida nieta Beatrice, que una curandera del norte de España le había hecho brujería de la buena para que pudiera ser mamá. A nadie le extrañó que hubiera pasado una noche en el monte rodeada de gatos, gallinas y cabras, bailando desnuda al son de un instrumento para ella hasta entonces desconocido, llamado *txistu*, y parecido a algún tipo de flauta. Contaba que se lo estaba pasando tan bien que ni siquiera se detuvo en ningún momento a pensar qué era lo que hacía allí ella, con dos mujeres desconocidas, la anciana bruja y su hija. Estaba segura de que le habían drogado con algún tipo de hierba o poción, pero nada importaba. Nueve meses después nacía Gastón. En una ocasión le había confesado a su

nieta Beatrice, siendo ésta ya una mujer, que sospechaba que la estéril no era ella, sino su abuelo Lorent, y que aquella noche tan divertida y medio borrada de su memoria, era muy posible que no sólo hubiera bailado, a juzgar por el parecido de Gastón con el nieto adolescente de la curandera.

Cuando su hijo contaba ya once años, Ivette decidió que había llegado la hora de hacer de nuevo algún viaje con su marido. Echaba de menos las otras grandes capitales europeas, así que dejó a Gastón al cuidado de sus abuelos, Luck y Fleur, y se dirigió a Londres con Lorent para acompañarlo en uno de sus múltiples viajes.

Según contaría a su familia en numerosas ocasiones en el futuro, nunca podría olvidar aquel viaje por lo extraño de lo acaecido.

Una noche, Ivette no podía dormir y decidió salir a dar un paseo. Así que se vistió y salió a hurtadillas de su hotel en Upper Norwood. Era el mes de noviembre y estaba helando. Ya había pasado la medianoche y aquel paseo sería sumamente inapropiado, pero era una mujer impredecible e impulsiva, y no le supuso ningún problema ni reparo ir en contra de lo establecido como “normal”.

Paseó calle abajo sin rumbo hasta que un movimiento en la noche llamó su atención. Delante de ella, una figura femenina se deslizaba por el asfalto como si sus pies no rozasen el suelo. Era tan etérea y fantasmagórica en aquel escenario nocturno de hielo y niebla, que no le quedó otro remedio que seguirla para saciar su curiosidad. Tuvo que acelerar el paso para no perderla de vista, así que sin querer dejó de fijarse en el camino que había tomado. Al comprender pocos minutos después que estaba perdida, se enfadó consigo misma. ¿Por qué le había dado por seguir a mujeres desconocidas en plena noche en una ciudad que no era la suya?

Estaba un poco asustada cuando súbitamente la figura que perseguía se detuvo junto a unos árboles. Ivette se quedó algo rezagada para evitar ser descubierta, y entonces comprendió que se encontraba frente a una construcción que a ella siempre le había encantado: El “Palacio de Cristal”, demasiado estropeado para ser sublime y demasiado exuberante para pasar desapercibido.

Ya no estaba perdida. Ni siquiera se encontraba muy lejos del hotel.

La muchacha a la que había perseguido estaba agachada intentando abrir algún tipo de puerta, así que Ivette, guiada por la curiosidad, se aproximó un poco más, hasta los siguientes matorrales, y se agazapó. El ruido debió llamar la atención de su acosada porque se giró bruscamente en su dirección.

Entonces pudo verle la cara.

Ivette contuvo un grito de horror. No era posible, aquella mujer no podía ser real de ninguna de las maneras. Sus ojos intensamente verdes, su melena larga de tonos ocres y dorados, sus rasgos rectos y sumamente personales... No podía ser verdad lo que estaba viendo.

Era imposible, debía haberle jugado una mala pasada la imaginación, pero de no ser así, se había estado persiguiendo a sí misma, a su “yo” de hacía veinte años.

La extraña mujer desapareció en aquel mismo instante, se dejó caer a través de una entrada subterránea. Pero Ivette no podía moverse, se había quedado petrificada por la impresión, así que decidió esperar allí. En algún momento aquella fantasmagórica figura debía volver a salir.

Efectivamente así fue; menos de una hora después la joven muchacha salió y emprendió el camino de regreso hasta una mansión en Westminster. La persiguió durante unas dos horas y luego, después de ver dónde vivía, tardó otras tres horas en volver al hotel. Llegó destrozada cuando ya había amanecido. No se cruzó con un alma, y ni siquiera Lorent se percató de su ausencia.

Al día siguiente se excusó con su marido para no acompañarlo, alegando una fuerte jaqueca. Se quedó durmiendo más de medio día. Por la noche iría en busca de aquella misteriosa mujer, sólo que esta vez iba a contratar los servicios de un coche con chófer.

Pasó el día prácticamente sola, pero se citó para cenar a las seis con Lorent en un restaurante maravilloso de *Upper Norwood*, muy cercano a su hotel. Su marido se había pasado el día visitando a sus clientes más importantes y estaba agotado, así que no puso ninguna pega cuando Ivette le sugirió que se retirasen temprano para poder descansar.

A las diez le esperaba en la puerta del hotel un coche que la llevaría directamente a Westminster, a la mansión en la que había visto entrar a la misteriosa muchacha la noche pasada. Cuando llegaron le pidió al conductor que esperase tranquilamente, que aquello podía “ir para largo”, pero le pagaría por horas; así que el buen hombre no puso ninguna pega, simplemente se envolvió en una manta gruesa de grandes cuadros rojos y se acomodó dispuesto a echar una cabezadita.

No habían dado las doce cuando Ivette atisbó a través de la empañada ventanilla una figura descolgándose desde una ventana lateral de la casa. Sus movimientos eran irreales, demasiado fáciles y suaves. La muchacha comenzó su paseo decidido e Ivette avisó al chófer para que la siguiera con sigilo y a cierta distancia.

Se iba a convertir en una tarea imposible a aquellas horas de la noche, llevar a cabo una persecución en coche, tal y como eran los automóviles de aquella época, por mucha distancia que dejase con su objetivo; sin embargo, la muchacha avanzaba sin girarse, sin otear a su alrededor, confiada y segura.

Dos horas después paraban de nuevo muy cerca del Palacio de Cristal. La mujer rodeó un lateral de la inmensa vitrina y se detuvo en el mismo lugar por el que había desaparecido hacía unas veinticuatro horas.

Ivette no sabía si bajarse del coche para seguirla de cerca y traspasar ella también aquel portón. Necesitaba respuestas y llevaba todo el día obsesionada con encontrarlas; incluso se había paseado por los alrededores del palacio a primeras horas de la tarde para comprobar el lugar y si era posible el acceso, aunque la afluencia continua de gente paseando por la zona hacía imposible la investigación.

De pronto, el motor del coche emitió una especie de quejido lastimero y se caló. La mujer dirigió una mirada intensa hacia donde Ivette se encontraba. Durante un instante eterno escrutó aquel automóvil que se encontraba parado a unos cincuenta metros de ella, con todas las luces apagadas y en absoluto silencio. Su postura era defensiva; daba la impresión de que en cualquier momento podría saltar y alcanzar la posición de su acosadora en un único movimiento.

Tal y como Ivette recordaba, era idéntica a ella. Sus intensos ojos color verde esmeralda y enmarcados por una espesura de pestañas muy negras, sus labios carnosos y bien dibujados, los pómulos altos... unos rasgos rectos y marcados. Su melena larga se sacudía al son del viento helado de la noche mostrando una amplia gama de colores dorados y cobrizos, exactamente igual que su propio cabello.

Se quedó de nuevo atónita, no era capaz de reaccionar. Aquella mujer dirigió en varias ocasiones la mirada hacia donde ella se encontraba, pero no hizo nada al respecto, ni se acercó, ni huyó del lugar, para el alivio de Ivette, que se hallaba en esos momentos bastante afectada.

Los días siguientes transcurrieron de manera parecida, sólo que ya no esperaba a la noche para seguirla por las fantasmagóricas calles de Londres, sino que se había apostado cerca de su casa esperando poder verla a través de algún ventanal o saliendo a la calle a plena luz del día.

Nada.

El último día de estancia en Londres, Ivette decidió que no se iba a ir sin hablar con ella. Aquella misma noche la interceptaría antes de que desapareciera por los sótanos del Palacio de Cristal; así que antes de la medianoche ya estaba apostada entre unos arbustos cercanos al palacio. Cuál fue su sorpresa al ver cómo de pronto una extraña luz bailarina y muy intensa se extendía al otro lado de las inmensas cristaleras.

Fuego.

Las llamaradas corrían por todas partes como si huyeran de algo terrible. Todo se estaba prendiendo a una velocidad estrepitosa. Ivette se encontraba de nuevo paralizada; ni siquiera se inmutó al ver salir corriendo a la mujer que había sido su objetivo durante la última semana.

Todo el palacio ardió como una inmensa tea descontrolada en cuestión de minutos. Estaba anonadada frente a aquella visión magnífica de destrucción, hasta que se dio cuenta de que debía desaparecer de allí antes de que todos acudieran a ver lo que sucedía. No quería que Lorent la descubriese ni que nadie pensara que ella podía haber provocado el incendio o haber visto quién lo había hecho.

Aquella mujer había destruido el Palacio de Cristal.

Y ya nunca volvería a verla.

—O—

—Había acompañado a mi abuelo, Lorent, en un viaje a Londres —comenzó Beatrice con su historia, a pesar de que yo tendría que interrumpirla enseguida—. Mi padre ya era mayorcito y decidieron dejarlo con sus abuelos, así que por fin Ivette volvió a su adorado Londres.

—Londres es estupendo —recordé con otra visión totalmente distinta a la que me proporcionaban mis recuerdos de venganza y destrucción.

—Le encantaba presumir de que ella había visto cómo se quemaba el gran Palacio de Cristal.

Me quedé petrificada. Dos segundos antes iba a disculparme con Beatrice para poder irme cuanto antes a buscar a Eric, pero aquella afirmación me dejó sin palabras.

—¿El de Londres?

—Sí, ¿sabes cuál es? —asentí lentamente—. Pues por lo visto, en una de sus locuras habituales, le dio por seguir a una muchacha muy extraña por todo Londres... —me dio una palmadita en el brazo como si acabara de recordar algo— y por eso ha venido a mi mente esta historia, *chéri*, porque ella estaba segura de que aquella mujer a la que acosó durante días, era idéntica a ella, sólo que mucho más joven.

Un sudor frío comenzó a congelar mi espalda. Esa sensación que siempre me había acompañado, de culpa, de dolor, y que yo había intentado ocultar bajo la máscara de la insensibilidad, me estaba retorciendo de una manera devastadora. Me faltaba el aire.

—¿Cómo yo? —conseguí susurrar con todo mi aliento.

—Bueno, como ella, como Ivette... aunque el parecido es impresionante —me escrutó pensativa—. Era una mujer fuerte, y siempre sabía cómo actuar, para bien o para mal, y sin embargo contaba que se pasó una semana engañando a mi abuelo, fingiendo jaquecas para justificar sus inexplicables salidas nocturnas... y aun así no se atrevió a hablar con ella.

Su abuela, la mujer retratada en el cuadro, tan parecida a mí, idénticas más bien, era quien me había perseguido por Londres en 1936, la causa de que yo incendiase el Palacio de Cristal. Me estaba retorciendo de dolor mientras luchaba por fingir normalidad frente a aquella adorable mujer.

—Qué casualidad... —sonreí con mucho esfuerzo.

—¿Verdad? Nos contó que aquella muchacha, de no ser porque sabía que era imposible, podría haber sido su propia hija.

Aquellas palabras se estrellaron contra mí con un estruendo terrible. Un montón de imágenes inexplicables, olvidadas, o más bien repudiadas de mi mente, se agolparon en una milésima de segundo, pugnando por crear una realidad para mí ya del todo inexistente hasta ese mismo instante.

Dolor, sudor, calambres, llanto... mucho miedo. El duro y frío suelo contra mi dolorida espalda, y frente a mí Tisífone, observándome fijamente. El de la Furia era un rostro para mí desconocido en ese momento, una cara en una nebulosa de vacío, en medio de la nada. De pronto un gran alivio... el llanto de un bebé... repugnancia, rechazo, tristeza... y de nuevo la nada más absoluta.

No pude soportarlo más.

Mi cuerpo se balanceaba hacia adelante y hacia atrás en un intento por recuperar cierta estabilidad o por sacudir todo aquel dolor.

—Noa, *Chéri*, ¿qué te pasa? Tranquila, no pasa nada, tranquila...

Notaba su abrazo, su calor, pero no hallaba consuelo.

Rompí a llorar. No podía soportarlo más. Las escenas se iban conectando en mi cabeza hacia un desenlace ineludible.

—Mi niña, mi niña... —sollocé.

—No te entiendo, Noa. ¿Qué te sucede? ¿De qué niña hablas?

Había permanecido diez meses inconsciente en el Tártaro, pero unos pocos minutos de conciencia en medio de aquel horror habían sido suficientes para tomar la decisión más deplorable y desastrosa de mi vida: repudiar a mi bebé. Una niña nacida del dolor, de los abusos, del miedo; una hija de mi hermano Jean y mía.

Rememoré el dolor, la angustia...

No quería ver siquiera a ese bebé. Había recuperado mi ser para poder dar a luz, para expulsar aquel ignominioso pecado de mi interior, y luego había vuelto a desfallecer para poder olvidar todo aquello como si nunca hubiera sucedido.

—Ivette, mi bebé, Ivette...

Sólo el pronunciar su nombre revolvía todo mi ser como si nunca hubiera existido otra cosa. Me había seguido por todo Londres y yo jamás la había sentido, ni siquiera la había visto bien.

—No te comprendo, *chéri*... Ivette es mi abuela... la bisabuela de Hugo — asentía procurando dar credibilidad a su lógico discurso.

—¿Hugo? —balbuceé.

—Sí, Noa... ¿a dónde te has ido de repente? Vuelve, *chéri*.

Hugo era de mi sangre, mi descendencia. Y Gastón, su abuelo, mi nieto... y Beatrice... aquella mujer dulce y maravillosa era mi biznieta.

Sonreí mientras acariciaba su rostro.

—Perdóname, Beatrice... ya vuelvo. Necesitaba desahogarme. Es todo tan...

—Ya, tranquila, estoy aquí para ti, para lo que quieras. Un mal momento lo tiene cualquiera.

—Es que el mío parece que dura más de un siglo...

Me sonrió mientras me abrazaba de nuevo, ajena a toda la realidad, ajena al hecho de que por nuestras venas corría la misma sangre.

CAPÍTULO 29

Unos minutos después, y tras tomarme el té con sabor intenso a algo olvidado que me había preparado mi biznieta para confortarme, decidí que no podía aplazar más mi destino.

Si lograba salir indemne de todo aquello, no descansaría hasta no conocer toda la historia, cada detalle, cada rasgo, hasta la última anécdota y vivencias de mi descendencia, de mi familia.

—Beatrice.

—¿Sí?

—Su padre, Gastón, ¿sigue vivo? —pregunté cauta conociendo de antemano la respuesta.

—*Mon père* falleció hace más de veinte años —su rostro languideció—. Él jamás me hubiera consentido que viviera con Iván después de nacer mi hijo. Era un hombre maravilloso, ¿sabes? Idéntico a su madre.

Sonreí muy apenada. Mi hija Ivette y mi nieto Gastón habían muerto ya, el tiempo me había robado la posibilidad de conocerlos; sin embargo, Beatrice y Hugo eran muestra de que aquella primera criatura, Ivette, mi niña, había tenido una vida plena y maravillosa, llena de amor y sin odio ni venganza, a pesar de los que fueron sus verdaderos padres.

—Debo irme —anuncié.

—Oh, sí, perdona, me lo has dicho antes y yo te he entretenido demasiado.

—No hay nada que perdonar. Debo irme, pero volveré; tenemos muchas cosas de que hablar y debemos apretar a Hugo hasta que lllore, ¿no?

Soltó una carcajada ante mi gesto de ánimo.

—*Oui*, pero sin pasarnos, ¿eh? A lo mejor te apetece venir a cenar esta noche con tu familia... ¡Prepararé *crêpes*!

Mi familia.

Sabía que se refería a los Tessani, pero aun así había sonado demasiado bien para rechazarlo.

—Claro —suspiré consciente de que a lo mejor no volvía a verla jamás—. Hablaré con ellos. Hasta luego, Beatrice.

Besé su mejilla y salí reticente por la puerta principal, sin querer mirar atrás. No iba a poder despedirme de Hugo.

Me metí en el *Golf* y no paré de conducir hasta salir del núcleo urbano de *Sputville*. Entonces detuve el coche en el arcén y rompí a llorar de nuevo. Estaba acostumbrada a todo tipo de situaciones, a toda clase de penurias, pero aquel dolor desgarrador, aquellas sensaciones tan fuertes de amor, alegría, culpa, pena... eran desmesuradas para mí. Siempre huyendo de los sentimientos, del martilleo de mi conciencia, de la verdad, y ahora estaba atrapada.

Intenté recomponerme. Necesitaba un plan. Si me iba a enfrentar a Tisífone, debía organizar un buen ataque. Aun así, sabía que no tenía nada que hacer.

Y aunque en un arranque de humanidad inverosímil, la Furia se compadeciese de nosotros, ¿cómo iba a salvarse Hugo? Para la Furia él ya estaba sentenciado.

Un ataque de ira desmedida agarrotó mis dedos en torno al volante raído de mi coche. Aquel ser vil se había llevado a mi niña, la había abandonado en un asilo lleno de inmundicias. Y aunque yo hubiera rechazado a Ivette al nacer, ella sabía que tenía una descendencia... ¡Me había ordenado matar a mi propia sangre!

Aproveché ese estallido de ira, de fuerza desmedida, para introducirme en la cueva y poder así por fin enfrentarme a ella.

Avancé sigilosamente. Todo parecía apacible, aunque la hoguera seguía crepitando junto a la laguna. Enseguida localicé a Eric; estaba tumbado sobre

el futón sumido en un sueño profundo. Aura velaba su sueño. Al verme, la diosa de la brisa se aproximó cabizbaja.

—Tissífone no está... ssalió hace un rato...

—¿Cómo está Eric?

—Duerme, no ha recuperado la conciencia, pero essta bien... tranquila.

—¿Y si huimos, Aura? ¿Y si Eric, tú y yo salimos de aquí y nos escondemos?

—No hay dónde esssconderse, Noa... Noss encontraría, y ssería mucho peor.

—Tienes razón —comprendí muy apesadumbrada—. Habrá que esperar.

—Me hace feliz, dentro de toda essta pena, que sse haya obrado el milagro, Noa —acarició mi rostro cálidamente.

—¿El milagro?

—Sssientess, amasss... por fin eres.

Le regalé una sonrisa demasiado derrotista y me dirigí al futón. Quería esperar junto a Eric. Si iban a ser los últimos minutos de mi desastrosa existencia, quería pasarlos con él. Me aproximé con sumo cuidado. No hacía falta que lo despertase. Pude sentir cómo Aura se desvanecía para procurarnos un poco de intimidad. Me senté a un lado, junto a él.

—Noa...

Una gran sonrisa iluminó su rostro adormilado. Posó su mano en mi cintura y tiró de mí para que me aproximara y así poder besarme.

—Hola, Eric.

Me quedé extasiada ante su imagen. Sus ojos azules, profundos y sinceros; sus labios, su suave piel, demasiado clara en contraste con un pelo negro azabache, su cuerpo perfecto, su pecho fuerte. Al unirse nuestros labios de nue-vo, una explosión sacudió toda mi existencia.

Retiré suavemente la manta que cubría su desnudez y me tumbé junto a él. Quería sentirlo de nuevo. La escasez de la chaqueta negra que me había

prestado Bárbara, no suponía una dolorosa barrera entre nosotros. Eric paseó su mano derecha por la abotonadura, desabrochando ávidamente los últimos botones.

—Estás preciosa —jadeó.

Acarició con premura mi vientre mientras yo me estremecía ardiente de deseo. Rozó suavemente el algodón de mi prenda más íntima, colando sus dedos calientes y ansiosos entre mis piernas. Las caricias eran deliciosas y rítmicas. Creía que iba a enloquecer de placer. Con su otro brazo rodeando mi cintura, tiraba de mí hacia él con suavidad haciéndome evidente una vez más su excitación. Mi respiración humedecía su piel mientras refugiaba mi rostro en su cuello. Necesitaba gritar. Estaba dentro de mí cuando el éxtasis me alejó del mundo entero durante unos instantes.

—Te quiero, Eric —susurré escasa de aliento a su oído, a lo que reaccionó intensificando su abrazo.

No parecía recordar nada de lo acaecido desde la aparición de la Furia. Quizá había perdido la conciencia antes de ver a Tisífone.

Caímos exhaustos el uno junto al otro y nos dormimos abrazados.

CAPÍTULO 30

Todo era quietud y sosiego.

No podía sentir nada ajeno a mi propio ser.

A la luz de la chimenea de la villa de los Tesoir, una niña preciosa de ojos verdes y pelo de fuego, jugaba despreocupada con su muñeca de trapo mientras Aurore, ya toda una señorita, le peinaba unas coletas a su sobrina. Mis padres observaban la escena con sus rostros complacidos y repletos de cariño y orgullo.

Nada malo había sucedido nunca. Jean nunca me había hecho daño, Ivette era feliz con su verdadera familia, y Aurore se hacía mayor para tener una vida plena.

Un fuerte estruendo me arrancó de mi sueño idílico. Eric seguía aferrado a mí, pero yo debía moverme; Tisífone había regresado.

—Hola, madre —susurré con el deseo de que Eric no se despertase.

Se acercó a mí con la decepción intensamente reflejada en su rostro.

—Sabía que no ibas a poder.

—Lo sé todo, Tisífone.

Se giró haciendo gala de una inmensa indignación.

—¿Qué es lo que sabes?

—Sé lo de mi hija Ivette, y lo de su hijo Gastón, y lo de su hija Beatrice... ¡Ah! Y lo de su hijo Hugo... ¿No es así, madre?

—Asquerosa debilidad humana. Sabía que no debía confiar en ti.

—Eso no es cierto, madre —recalqué las dos sílabas que formaban aquella importante palabra, echándoselas en ca-ra—. Podías confiar en mí... ¿Podía yo confiar en ti?

Soltó un gran gruñido mientras se me encaraba. Se pegó a mi rostro mientras

intentaba atravesar mi ser con su mirada.

—Respiras perfectamente por lo que veo...

Comprendí que tenía razón; por primera vez en su presencia, no me faltaba el aliento.

—Ahora ya sé por qué sentía culpa... y ahora comprendo tu comentario de antes: “Siempre supuse que era por *ella*, que habías sido consciente de todo aquello”. Creía que te referías a mi hermana. ¿Cómo he sido tan tonta? —le reproche furibunda—. Asumo lo que he hecho y eso es lo que me deja permanecer a tu lado sin sentir que la vida me abandona. No eres la única que puede proporcionar equilibrio... hay personas que saben escapar del caos sin tu “ayuda”.

—¡No soporto tu insolencia! —rugió de nuevo.

Sentí cómo Eric se despertaba a mis espaldas. Debía ser muy cuidadosa o en un arranque de ira, la Furia podía dañarle terriblemente, e incluso causarle la más insoportable de las muertes. Pude captar su sorpresa, su preocupación, su miedo... por mi bienestar.

—¡Eric, no la mires a la cara, por favor, hazme caso, quédate con Aura! —ni siquiera me giré para evitar que su atención se centrara aún más en nosotras.

—¡Has incumplido nuestro pacto, Noa!

—¡No voy a consentir que mates a mi propia sangre! ¡Él sólo quería proteger a su madre!

—¡Eso no importa! —su voz se había vuelto demasiado aguda.

—Sí importa, madre, los atenuantes sí importan... pueden serlo todo. ¡La diferencia entre un criminal y una víctima! Hugo fue un héroe, un valiente... y yo fui una víctima. ¡No merecemos castigo alguno! ¡¿Sabes a cuántos inocentes he debido matar por tu mal criterio?!

Sabía que debía callarme, que aquello nos conducía directamente a la más insufrible de las agonías, pero mi alma se estaba revelando, purgándose de tanto horror.

Tisífone caminaba a mi alrededor en silencio. Respiraba con gran intensidad y los latidos de su corazón de piedra me estaban resultando ensordecedores. Dentro de ella luchaban encarnizadamente la tristeza, la decepción y la ira.

—No puedo consentirlo, Noa —habló carente de entonación.

—Madre...

—Yo también sé amar, y no quería dañarte. Pensé que podrías con todo si creías que no tenías la capacidad de sentir. Dejé a tu hija en buenas manos. Pero no puedo dejarte marchar así. Debes cumplir.

—Hugo se ha ido, madre —improvisé—. Yo no podré acabar con él, pero tú tampoco lo harás.

Soltó una carcajada repleta de sarcasmo mientras se deslizaba hacia uno de los rincones más oscuros de la cueva, fuera del alcance de la luz. Regresó tirando de algo, arrastrándolo por todo el suelo hasta depositarlo a mis pies. Tenía la inconfundible forma de un cuerpo humano, pero estaba cubierto por una sábana azul, para mi horror la misma que aquella mañana cubría a Hugo en sus sueños.

No me atrevía a destaparlo.

—No temas, no he hecho tu trabajo. Sólo está inconsciente —se burló la Furia.

Yo no era capaz de captar nada en él, como siempre, pero Aura se aproximó a mí como una exhalación para tranquilizarme.

—Esstá bien, tranquila.

—¿Tú lo sabías? ¿Sabías que tenía una hija? —le pregunté a la diosa temiendo su respuesta.

Aura clavó su mirada en el suelo rebosante de arrepentimiento.

—Creí que no te haría ningún bien sssaber de ella dessspuéss de haberla rechazado... Lo ssiento tanto...

Sentí un conato de indignación y decepción, pero enseguida lo rechacé. Aquello no era traición. Era la única que durante tantos años se había

preocupado por mí, por mi supuesta falta de humanidad. Si me ocultó todo aquello seguramente lo había hecho por mi bien. ¿Qué clase de madre habría sido? Yo misma repudié a mi niña.

—No importa, Aura, lo comprendo.

—Me aseguré de que tuviera un buen hogar... un doctor que conocía se encargó de todo...

—¿No la dejaste en la entrada de un asilo?

—¡No! Se la entregué a un doctor que me veneraba... Me juró guardar el secreto. Fue muy feliz, de verdad.

—Lo sé —acepté tristemente.

—Estuve a su lado muchos años... le enseñé a ser libre, Noa. Luego me olvidó, como debe ser.

—Dicen que era maravillosa —se me inundaron los ojos de lágrimas mientras rodeaba con mis brazos el cuerpo aún inerte de mi tataranieta—, y que tuvo una vida plena y estupenda. Gracias. Aura.

La Furia observaba indiferente los acontecimientos y Eric se sentía bastante confundido, no comprendía nuestra conversación, pero al menos me había obedecido; se mantenía al margen.

—Madre —me dirigí de nuevo a Tisífone, incorporándome preocupada, sabiendo de antemano lo que iba a suponer para nosotros mi encaramiento con ella—, yo no voy a consentir...

En ese mismo instante el bulto bajo la sábana comenzó a moverse. Hugo estaba consciente.

Me agaché para situarme de nuevo junto a él e intentar consolar y contener el inminente susto que se llevaría al comprobar su situación. Se retiró la sábana de la cara a la vez que se incorporaba. Meneaba la cabeza compulsivamente de un lado a otro, posando su mirada en cada uno de nosotros, en cada rincón de la cueva, con un gran interrogante atascado en la garganta.

—No te preocupes... tranquilo, no te pasará nada.

Situé las palmas de mis manos a ambos lados de su cara para que centrarse su atención en mí.

—Noa... no... no comprendo... ¿Qué...?

—Quédate a mi lado y no hables. Y ante todo, bajo ninguna circunstancia, mires a la cara a esa mujer —señalé a la Furia que se había girado prudentemente en cuanto la sábana había comenzado a moverse. Así no le haría daño.

—Pero yo... no... pero...

—Tsss, por favor Hugo, luego te lo explico todo. Ahora es esencial, un asunto de vida o muerte, que hagas lo que te he dicho, ¡Por favor!

—De acuerdo. ¡No me moveré, no la miraré!

Se quedó sentado en el suelo, rodeándose con los brazos las rodillas y con la cabeza escondida a la altura de las mismas. Su respiración era intensa. Me situé delante de él como parapeto.

—Gracias, madre.

—No lo he hecho por ti, ni por él. Debes cumplir tu parte del trato y no voy a interferir, de momento. ¡Demuestra tu lealtad!

—No lo haré.

Súbitamente se lanzó sobre mí sin llegar a tocar el suelo. No me inmuté, me quedé muy rígida, esperando poder bloquear su ataque, pero ni siquiera me rozó. Un gruñido quejumbroso y demasiado agudo como para ser soportable manó de su boca abierta justo frente a mi cara. Su rostro contenía una ira, un dolor, que jamás había percibido en ella con tanta intensidad.

—¿Queréis morir los tres?

—¡Acaba conmigo, Tisífone! ¡Mátame de una vez, pero déjalos a ellos! ¡Yo pagaré por el pecado de Hugo, yo resarciré su culpa!

—¡¡¡No!!! —Eric gritó con angustia. Quería enfrentarse a la Furia.

—¡No te muevas, Eric! ¡No se te ocurra acercarte, por favor! —la rabia, el

miedo y el dolor se apoderaron de mí desgarrándome la voz.

—Noa... —me suplicó.

—¿De veras quieres resarcir a Hugo? ¿Te importa tanto? —Tisífone daba vueltas a mi alrededor intentando asumir mis palabras. Se sentía confusa.

—Me dijiste que un pecador se podía librar si alguien quería asumir su culpa, si alguien purificaba su pecado. Pues eso quiero hacer. ¡Libéralos y haz conmigo lo que quieras!

—¿No entiendo de qué vais —Hugo levantó la voz por encima de las nuestras, manteniendo su postura, hecho un ovillo detrás de mí—, y seguramente sería mejor no enterarme nunca! ¡Pero, ¿de qué coño va todo esto?! ¡¿Qué pecado?!

Tisífone inclinó la cabeza impresionada por la osadía de aquel humano que se atrevía a exigir explicaciones. Me rodeó lentamente y se situó junto a él. Yo me incliné ligeramente hacia ella, a la defensiva, lista para atacar si era necesario.

—¿Qué pecado? ¿Acaso no sabes quién soy?

—No, señora, no sé quién es usted ni por qué no puedo mirar su cara. —su voz sonaba amortiguada por la postura de su cabeza, aún refugiada entre sus piernas.

—Ni siquiera sabes quién eres tú, ¿verdad?

—No sé qué hago aquí, ni quién es usted, ni por qué Eric y Noa están conmigo... pero sí sé quién soy.

—Un asesino, ¿verdad?

Mi corazón se aceleró. Sentí una congoja terrible por el dolor que debía estar sintiendo Hugo en esos momentos.

—Madre, ¿por qué no le dejas en paz? Yo voy a cumplir por él... Deja que se vayan ya, por favor.

—¿Es tu madre? —la voz de incredulidad de Hugo le provocó una carcajada a la Furia.

—Su segunda madre, ¿verdad, Noa? —no contesté—. Su madre biológica le dio la vida humana, y yo... esta.

—Madre, no es necesario —supliqué.

Me dirigió una mirada inquisitiva y supe que nada la iba a detener. En realidad, que Hugo se enterase de todo era el menor de mis problemas.

—Noa es mi discípula, trabaja para mí.

—¿Y usted quién es? —preguntó Hugo sin que siquiera le temblase la voz.

—Soy Tisífone.

—Lo siento, pero no me suena.

—Soy una Furia, la artífice del equilibrio en el universo, y tú debes pagar por haber asesinado a tu padre.

—¡Yo no asesiné a mi padre!

—Mataste a tu padre, no importa el motivo, y la finalidad de mi existencia es que tú pagues.

—Pero... ¿de dónde has salido?

Quise intervenir antes de que “su ignorancia” enfureciese a Tisífone aún más.

—¿No has leído nada de mitología? —le susurré.

—¿Mitología? ¿Cómo Zeus y Afrodita y el Olimpo?

—Eso es, sólo que las Furias son anteriores, primordiales, tres hermanas cuyo cometido es mantener el equilibrio y luchar contra el caos. Tisífone... y yo, nos encargamos de los asesinatos dentro del seno familiar.

—¿Cómo que “y yo”? ¿Eres una... Furia? ¿No eres humana?

—Es un ser inmortal, de momento, pero demasiado parecida a un ser humano. Débil y compasiva —intervino en tono desagradable la Furia—, pero no una Furia. Pudo haberlo sido, pero al parecer no lo desea.

—No lo comprendo.

—Hugo, luego te lo explicará Eric... Ahora quiero que os vayáis —fijé mi mirada en Tisífone esperando a que se pronunciase al respecto—, y que no miréis atrás ni os preocupéis por mí, ¿de acuerdo?

—¡No! —gritó Eric— ¡Yo no me muevo de aquí!

La Furia soltó una terrible carcajada.

—¡Oh, pobrecita! ¿Dejarás que muera tu amor para salvar la vida de tu tataranieto?

—¿Pero de qué está hablando? —Hugo no se movió.

—Hugo, yo...

—No, Noa, quiero saber qué está pasando, y no iré a ningún sitio hasta que no sepa de qué va todo esto.

Suspiré muy disgustada. Aquello no nos llevaba a ninguna parte y yo no quería que se fuera odiándome por saber que había repudiado a su familia, pero tampoco podía consentir que permanecieran allí más tiempo ante el peligro probable de cualquier mala reacción por parte de la Erinia.

Dirigí una mirada de socorro a Aura, que se encontraba pegada a Eric, controlándolo para que no se moviera y protegiéndolo de Tisífone. Simplemente asintió sonriendo levemente. Por lo visto estaba de acuerdo con Hugo. Merecía saber la verdad, pero no disponíamos de tiempo.

CAPÍTULO 31

—Hugo... yo, te he mentado. Mi misión era acercarme a ti para acabar contigo —guardé un instante de silencio aguardando su reacción, pero no dijo nada—.

Cumplo las órdenes de Tisífone y me pidió que te matara, como a otros tantos... porque a eso me dedico.

—¿Pero por qué?

—Yo... hace muchos años sufrí una tragedia familiar terrible. Mi hermano mayor mató a mi hermanita pequeña, y yo... yo me quedé con Tisífone cuando vino a vengarse de él, de Jean.

Tisífone me observó inclinando de nuevo la cabeza, como una bestia oteando las circunstancias.

—¿No tuvo nada que ver lo que te hizo tu hermano, hija mía? —me preguntó regodeándose, sabiendo que intentaba eludir el tema.

—¿Qué te hizo tu hermano? —preguntó bruscamente Hugo.

—Me violaba... cada noche. Un día nos vio mi hermana pequeña, Aurore, y entonces él la mató.

—Así que las Furias te captaron en sus filas —decidió compungido.

—Bueno, en realidad Tisífone, las otras dos querían acabar conmigo... y yo tampoco quería vivir. Así que me puse a su servicio y en unos años ya era un buen soldado.

—¿Unos años?! ¿Cuándo te ocurrió eso?

—En mil ochocientos noventa y nueve.

Guardó silencio unos instantes. Se me hizo muy difícil en esos momentos el no poder captar sus sensaciones.

—Entonces, ¿tienes ciento treinta años?

—En realidad, no... tengo dieciocho; pero sí, en cierto modo tienes razón, simplemente dejé de envejecer.

—Y ahora quieres sacrificar tu vida por la mía, por no matarme, y porque no me mate ella.

—No mereces morir, tú no asesinaste a tu padre. Las Furias creen que no hay

atenuantes, que no hay víctimas y verdugos, sólo malas acciones... pero están equivocadas.

Tisífone me miraba con sumo desprecio. No quiso contenerse.

—No es esa la única razón de que no lo haya hecho, ¿verdad, hija? ¡En realidad sus poderes no funcionaban contigo!

—¿Tus poderes?

—Sí —continué cada vez más resignada—, no sabía por qué, pero no era capaz de percibir tus sentimientos, ni de seducirte. Desarrollé esos poderes para poder ejecutar mi trabajo, pero contigo no funcionan.

—¿Por qué no?

No iba a poder eludirlo.

—Porque llevas mi sangre en tus venas.

—¿Tu sangre?

Alzó la cabeza hacia mí muy sorprendido. Me lancé sobre él para que centrara su mirada en mí, para que la curiosidad no le llevase a poner sus ojos en la Erinia.

—Hugo, te lo juro, yo no tenía ni idea. Yo había perdido mi humanidad y solamente quería cumplir con mi trabajo, y así no volver a ser humana jamás. No volver a sentirme así.

—¿Pero somos familia?

Asentí compungida.

—Yo no lo sabía, pero pasé casi un año inconsciente en el hogar de las Furias, y di a luz a una niña.

—¿De tu hermano?

Asentí intentando tragar el dolor.

—Sí, de Jean... Ivette.

—¿Ivette! ¿La abuela de mi madre?

—Sí, sí... lo siento tanto... la abandoné, no quise tenerla. Ni siquiera sabía que estaba embarazada, pero desperté durante el parto... ¡Y no la quise! ¡No lo pude soportar!

Rompí a llorar derrotada. Él se mantuvo en silencio. El dolor ajeno de Eric era apabullante. Deseaba correr hacia mí para abrazarme. Debía recomponerme si quería evitar un accidente con Tisífone.

—¿Eres la madre de Ivette? —no había rencor en sus palabras.

Asentí bastante avergonzada.

—Era una mujer maravillosa. Yo la quería mucho.

—¿Conociste a tu bisabuela? —no comprendía muy bien la información que me acababa de dar.

—Murió cuando yo tenía cinco años, ya muy anciana.

—Pero tu madre me ha contado que Gastón, su hijo... tu abuelo, murió hace veinte años... di por supuesto que...

—Que su madre ya estaría muerta. No, ella le sobrevivió, y nunca se perdonó por ello. Murió sin cumplir los cien años por muy poco.

—Te envidio por haberla conocido —posé mi mano sobre su rodilla. Eso aún me unía más a él, el hecho de que hubiera hablado con mi hija, de que la hubiera podido tocar, abrazar y besar. No pude contener las lágrimas a pesar de que sabía que Eric estaba demasiado inquieto por mí.

De pronto Hugo extendió sus manos hacia mí y me rodeó con sus brazos sin cambiar de postura, sin dejar de ocultar su cara, obediente, crédulo contra todo pronóstico.

—Oh, Dios mío, gracias —no pude evitar aferrarme a él como una niña asustada. Su cabeza quedó refugiada en mi estómago y enseguida pude notar sobre la tela la humedad de su llanto.

¿Cómo había tenido la suerte de que me quisieran incondicionalmente? ¿Qué

había hecho yo de bueno para merecerlo? Me había enamorado de un hombre bueno de verdad, y de mi sangre había surgido una estirpe de personas maravillosas, generosas y piadosas.

—Ahora ya comprendo por qué sé que te quiero desde el momento en el que me dirigiste la palabra por primera vez, Noa.

—¿Me perdonas?

—¿Qué hay que perdonar? Querías dar tu vida por salvar la mía; eso lo dice todo, no hacen falta más explicaciones.

—Pero... abandoné a mi niña... y he querido matarte por salvarme yo...

—Comprendo lo que me has contado, y te comprendo a ti, Noa. Siento que tu vida haya sido tan dura.

Lo mismo que me había dicho Eric. Me derrumbé con sus palabras. No podía creer la suerte que tenía. Iba a morir dejando un rastro de amor tras mi estela. La felicidad me inundaba llegando a ahogarme ante la perspectiva de perder todo aquello de golpe. Pero debían irse, no podíamos alargarlo más.

Me zafé con desgana del abrazo de mi tataranieta y me erguí frente a Tisífone.

—Madre —suspiré mientras entornaba los ojos—, ¿estás de acuerdo? ¿Pueden irse si purifico los actos de Hugo?

La Furia meditó un instante, para finalmente asentir.

Pude notar cómo la ansiedad de Eric aumentaba por instantes. No sabía qué había respondido Tisífone y estaba deseando lanzarse sobre mí para protegerme.

Avancé hacia él rápidamente para abrazarlo.

—Eric, por favor, entiéndeme.

—Te comprendo, Noa, pero no puedo consentirlo. ¡No podré ni quiero vivir sin ti!

—Debo protegeros... es mi familia, Eric. Ya les he hecho bastante daño.

Tisífone avanzó hacia nosotros y se detuvo a unos tres metros de distancia.

—Vamos, Noa, ya es la hora. Sabía que algún día llegaría este momento, pero no me agrada. ¡Vosotros podéis irlos! ¡Aura, encárgate de ellos!

Sin más dilaciones se dispuso a cumplir con su parte. Sentí la mano de la Furia atravesando mi espalda, sus dedos afilados estrechándose en torno a mi corazón. De nuevo no podía respirar, me provocaba asfixia, y ni siquiera iba a esperar a que ellos no estuvieran presentes para no tener que ver aquello. Eric se aferraba a mí mientras yo observaba con mirada suplicante a Aura para que se los llevara de allí, por la fuerza, si era necesario.

—Adiossss, amiga.

La oscuridad absoluta se cernía sobre mí. Los latidos de mi corazón fueron debilitándose bajo la presión de la Furia.

No era tan doloroso, sólo triste, vacío.

Los sonidos de la cueva comenzaron a hacerse sordos, aunque aún podía percibir los gritos de Eric luchando por zafarse del abrazo protector de Aura.

CAPÍTULO 32

—¡No tiene que ser así, Tisífone!

Fue un grito firme. Me pareció muy lejano, pero provenía de detrás de mí. Entonces comprendí, aterrada, que Hugo se encontraba junto a la Furia mientras ella acababa con mi existencia.

De pronto mi corazón comenzó a revelarse, a latir de nuevo a un ritmo normal, recuperando así todos mis sentidos. Tisífone me había soltado para centrar su

atención en quien osaba enfrentarse a ella.

—¡¡¡No!!! —grité volviéndome a tiempo para ver cómo Hugo se encaraba a mi verdugo.

Hugo miraba fijamente a la Furia, así que en cualquier momento perdería la cordura, se perdería para siempre en una oscuridad demente. Pero pasaban los segundos y nada le sucedía. La Furia estaba totalmente desconcertada, podía percibirlo, mientras mi tataranieto la encaraba acechante.

Comprendí aliviada que tampoco funcionaba su poder más letal sobre él.

—¡Aura! ¡Encárgate de Eric, que no se acerque! ¡Llévatelo fuera! —le pedí a la diosa para poder centrarme exclusivamente en aquella nueva situación. Eric luchaba por escapar, pero Aura se mostró muy firme. Enseguida dejé de percibir su miedo y su dolor. Habían salido.

—¿Por qué no enloquece, Noa? —preguntó Tisífone sumamente contrariada.

Negué lentamente con la cabeza, anonadada ante el descubrimiento.

—Mis poderes no servían con él. Quizá es inmune a nuestros...

—Yo también siento lo que estáis sintiendo —declaró aparentemente tranquilo—, sabía que no me iba a pasar nada por mirarte.

—¿Sabes lo que siento? —le pregunté anonadada—. ¿Desde cuándo?

—Desde que me he despertado en esta... cueva. He comprendido tu verdad porque la he sentido, he sentido tu dolor, Noa. Siempre he comprendido a las personas, pero es-to es... mucho más fuerte... es increíble.

Miré aturdida a Tisífone que se deslizaba alrededor de Hugo, observándolo incrédula. Llevaba mi sangre y la extraña herencia le había salvado la vida.

—¿Y no te transmito ningún tipo de dolor o malestar? ¡Eres simplemente un ser humano!

Negó sin pensárselo dos veces.

—Nada más que tu ira y tu incredulidad. No comprendes por qué sucede esto, ¿verdad? Yo sí lo sé —declaró tranquilo.

—¿Tú lo sabes?

La Furia me había robado las palabras de la boca. Unos instantes antes la desolación me invadía, segura de mi muerte, preocupada por el destino de Eric y de Hugo, y ahora sólo sentía una inmensa curiosidad.

—Quiero hacer un trato contigo, Tisífone —parecía tan seguro de sí mismo que yo no daba crédito. Bajó mucho mi nivel de preocupación, y en cierto modo nada egocéntrico, me sentí orgullosa de él.

La Furia comenzó a pasear ansiosa por toda la cueva. No sabía si debía siquiera escucharle, pero una intensa curiosidad se estaba apoderando de ella. Entonces se detuvo frente a él pensativa. Había tomado una decisión que no me gustaba nada. Hugo no parecía preocupado.

Iba a desatar todo su poder sobre él.

Súbitamente su cuerpo se tornó más femenino, más bello, aún más seductor. Sus labios se volvieron irresistibles y sus ojos color violeta proyectaron una imagen de auténtico deseo sobre la mirada de él.

—¡No, madre, por favor!

—No le voy a hacer nada malo...

Su voz sensual y poderosa me recordó a la de las sirenas. Irresistible y letal, embaucadora y angelical. Tuve que taparme los oídos y dejar de mirarla. No podía soportarlo. Sin embargo, Hugo no se inmutaba. ¿Estaría de verdad inmunizado a todo su poder? ¿Tendría más poderes?

Un minuto después, Tisífone se dio por vencida. Estaba de-sorientada y una inmensa rabia crecía en su interior. Comenzó a gritar, a rugir y a retorcerse de una manera desgarradora. Me asusté bastante, nunca la había visto tan descontrolada y contrariada. Me acerqué a Hugo para tomarle la mano mientras la diosa se lanzaba ferozmente contra las paredes de la cueva, provocando estruendos ensordecedores. Estábamos juntos para asumir lo que sucediera.

Súbitamente se detuvo frente a nosotros con la mirada frenética que proporciona la absoluta locura. Jadeaba, pero estaba intentando

recomponerse. Poco a poco se fue sosegando, pero yo seguía preocupada por él. No sabía cómo iba a reaccionar; era un ser totalmente impredecible y volátil.

—¿Qué trato quieres hacer conmigo? —parecía ya totalmente sosegada, pero aún hacía esfuerzos para calmarse.

—Noa vivirá y yo cumpliré con su cometido.

Durante un instante no comprendí a qué se refería Hugo. Pero fue un instante muy pequeño, y enseguida la desesperación se cernió sobre mí. Eso no iba a ser posible.

—¡No lo consentiré! —grité muy consternada—. ¡Yo estaba vacía, muerta en vida, no quería seguir viviendo y me dejé; pero esto, esta “no vida” te volvería loco! Por favor, Hugo...

Tisífone guardaba silencio mientras él centraba toda su atención en ella, haciendo caso omiso a mis comentarios.

—¿Quieres servirme? —no terminaba de creerse su oferta, pero la estaba sopesando—. No sé qué podría yo sacar de eso, ¿por qué voy a fiarme de ti?

—Sé que te fías de mí, Tisífone, lo siento, lo sé. Soy más fuerte que Noa y puedo hacer ese trabajo. ¡Si pude matar a mi padre para evitar el caos, bien puedo servirte!

Se estaba marcando un farol, tenía que ser así, él no era tan frío. Sentí de pronto cómo presionaba mi mano y comprendí que había captado mi estado de ánimo, mi preocupación. La Furia se lo estaba pensando.

—¿Estarías dispuesto a dejarlo todo por servirme? ¿Podrías matar a las personas que yo te ordenase? ¿Sin preguntas? ¿Sin conciencia?

—Si dejas que Noa viva, haré lo que sea.

Las rodillas me flojeaban. Aquello no era una broma. Ella parecía intrigada, dispuesta a intentarlo, y una vez que aceptara, ya no habría forma de disolver aquel trato.

—De acuerdo —sentenció.

—O—

—¡No sabes lo que haces! ¿Y tu madre, y tu vida? Hugo, por favor...

—Tú lo has hecho, Noa, durante demasiados años. Ahora te toca vivir.

Un nudo en la garganta no me dejaba transmitir elocuencia. No podía consentirlo, no podía vender su vida a cambio de la mía.

—Por favor, no lo hagas... deja que acabe conmigo. Ya he vivido mucho y he hecho demasiadas cosas que tendría que haber pagado. Ha muerto mi hija, ha muerto mi nieto, y yo no debo seguir aquí... ¡Tú sí! ¡Por favor!

—Me he pasado la vida sintiendo que me faltaba algo, que mi existencia era incompleta, comprendiendo a la humanidad y a la vez aborreciéndola por ser capaz de tanto mal... hasta que te conocí, Noa, y entendí que había gente diferente.

—¡Sí, gente que pretendía matarte! ¿No lo comprendes? ¡Tendrás que aniquilar a mujeres y a hombres sin cuestionarte el motivo! ¡Perderás tu humanidad!

—Sé que no la perderé.

—¿Cómo que sabes que no? —estaba atónita ante su absoluta seguridad.

—No sé cómo, pero lo sé. Y Tisífone también, por eso ha aceptado.

De pronto fui consciente de que ya no era capaz de percibir a la Furia. Había desaparecido.

—¿Se ha ido? —pregunté mientras peinaba la cueva con la mirada.

—Está en el Tártaro.

—¿Cómo... cómo lo sabes? —¿no sabía lo que era una Furia pero sabía que vivían en el Tártaro?

—Lo ignoro, pero así es. La veo en mi mente, sentada en una especie de

trono... como... vivo.

—Está hecho de almas que la veneran implorándole perdón —le confesé totalmente abstraída—. Ya veo que no me mientes, era imposible que supieras eso.

—Es como si en este lugar algo en mí interior se hubiera despertado, y me siento bien, Noa, mejor que nunca.

La desesperación estaba acabando con mi convicción.

¿Tendría razón? ¿Realmente debía seguir mis pasos? ¿Acaso toda mi descendencia habría sentido lo mismo?

—No sé qué más puedo decirte, Hugo.

—Dime que me ayudarás, que cuidarás de mi madre cuando yo ya no pueda verla, y que vivirás la vida que merecías vivir desde el primer momento. En cuanto a tus dudas, Ivette, Gaston y Beatrice han sido muy felices. Eran todos especiales, lo podrás comprobar en mi madre, y no creo que hayan sufrido ninguna carencia.

—¿Me has leído la mente? —había respondido a preguntas no formuladas en voz alta.

—No creo, simplemente lo he visto... muy claro.

—¿¿Simplemente?! ¿No oyes lo que pienso, pero ves lo que veo?

—Creo que sí.

Suspiré contrariada. Parecía poseer poderes muy superiores a los míos, y le acompañaban una seguridad y una fortaleza apabullantes.

—Dime que no puedes seducir con el poder mortífero de Afrodita, por favor.

Se acercó a mí lentamente alzando alternativamente las cejas en gesto interesante mientras me clavaba su mirada fijándola sobre la mía.

—Dímelo tú, preciosa.

—Va a ser que no —declaré con voz de disgusto.

Los dos rompimos a reír. ¿Cómo me había arrancado una carcajada en un momento así? Estaba tan gracioso fingiendo erotismo con ese desparpajo, que no pude evitar quererlo aún más. Era irresistiblemente guapo, y esa sería su mejor baza para poder seducir a sus objetivos, así que tendría que recurrir a sus otros poderes.

—Noa —susurró.

Estaba muy pegado a mí y posó la palma de su mano sobre mi cara. Se había puesto serio.

—¿No puedo hacerte cambiar de opinión? —suspiré.

—No, pero puedes ayudarme.

—Claro que te ayudaré, no pienso dejarte hasta que no te valgas perfectamente por ti mismo, y aun así seguiré a tu lado. Pero Hugo, no volveré a matar a nadie, jamás, ya no podría...

—Quiero que tengas una buena vida, la mía también lo será. Encontraré la forma de que mi opinión valga para Tisífone; me haré oír, y el equilibrio comenzará a tener lógica, te lo juro. No podrán conmigo.

En ese momento tuve la absoluta certeza de que así sería. Hugo no sólo iba a salvar mi vida, iba a cambiar su mundo. Supe que estaba viendo en su futuro lo mismo que yo veía.

Tomó mi mano y la estrechó entre sus dedos.

—Vámonos; hay mucho que hacer.

—¿Volvemos a casa? ¿Vas a quedarte con Beatrice? —me invadió una pequeña y esperanzada emoción.

—¿Y por qué no? De momento es mi mejor cuartada, y lo que quiero hacer.

—¿Y Tisífone? —me preocupaba que la Furia quisiera hacerse cargo de él.

—Ya lo hemos tratado y está de acuerdo; puedo hacer lo que vea más adecuado.

Frené en seco exigiendo su atención.

— Pero, ¿cuándo lo habéis tratado?! —comprendí que entre ellos se había establecido algún tipo de vínculo—. Vale... déjalo... ya me lo contarás.

Avanzamos hacia la apertura horizontal de la cueva. Un hilo de luz se filtraba a través de ella dando una imagen lógica de absoluta imposibilidad de acceso; sin embargo, se trataba de un efecto óptico, pues esos cuarenta centímetros daban de sobra para que un cuerpo la atravesase reptando.

Antes de echarme al suelo Hugo tiró de mi mano para que me detuviera.

—Noa...

—Dime.

—¿Puedo llamarte “tata”? —preguntó solemnemente.

—¡Serás tonto! —me reí mientras me lanzaba sin ninguna sutileza hacia el exterior.

CAPÍTULO 33

El sol se encontraba en un punto mucho más álgido. Debían ser al menos las diez de la mañana.

Esperé al otro lado a que Hugo terminase de salir.

—Vamos a tener que entrenar mucho, chaval —sugerí con sorna al comprobar la dificultad que le suponía seguirme. Aun así, era extrañamente ágil.

Sonrió guiñando un ojo por efecto del deslumbramiento del sol que asomaba a mi espalda, mientras extendía la mano para que le ayudase a levantarse.

—Sé que me enseñarás bien.

De pronto, una inmensa pena me invadió, un dolor descomunal. Eric se encontraba cerca y estaba sufriendo. Salí corriendo en su busca; debía encontrarlo.

—¡Eric! ¡Eric, ¿dónde estás?!

—¡¿Noa?!

Frené en seco. Frente a mí, sentado en el suelo, envuelto con la manta que nos había cubierto dentro de la cueva, Eric me observaba incrédulo con el rostro desencajado por el dolor. Fruncí el ceño y sonreí suspirando. Corrí hacia él derribándole con el peso de mi cuerpo. Nos abrazamos y rompió a reír plenamente aliviado.

—Estás viva, estás viva —susurraba mientras besaba mi cuello.

—No te librarás de mí fácilmente.

Aura sacudía alegre las copas de los árboles mientras nos abrazábamos incrédulos. Apartó los mechones de pelo que cubrían parte de mi rostro, y de nuevo me besó, suavemente, con necesidad y pasión.

Me hacía sentir tanto, estar tan viva, que me olvidaba de todo lo demás.

—Hola, Hugo —Eric se había percatado de que no estábamos solos y aflojó su emotivo abrazo—. Me alegro de que estés bien.

—Gracias... ha faltado poco —sonrió.

—¿Me podéis contar qué ha pasado? Porque cuando he salido esa... Furia —el recuerdo angustioso retorció su gesto al pronunciar la palabra—, estaba acabando contigo.

—Bueno, verás —sonreí meneando la cabeza incrédula. Era difícil hablar sin más de todo aquello como si nada—, aquí, mi tataranieto...

Señalé a Hugo que hizo una pequeña reverencia de presentación. Eric estaba anonadado.

—Qué fuerte...

—Fuerte se queda corto. Tuve una hija y no lo recordaba, su bisabuela, Ivette

—pronuncié aquel nombre con orgullo y cariño.

—Es mi tata.

—Hugo, por favor, ya te vale —me levanté para empujarle mientras se mofaba de mí.

Eric seguía muy afectado e impresionado.

—Pero, ¿cómo os habéis librado? Porque nos hemos librado, ¿no? —seguía preocupado.

—Tranquilo. Hugo ha hecho un trato con Tisífone —un cierto pesar volvió a embargarme—. Ahora él va a hacer mi trabajo.

—¿Qué? ¿Vas a trabajar para las Furias?

—No os preocupéis, de verdad, es lo que quiero. Estaré bien. Tendré la mejor maestra.

—Y no lo dejaré ni un instante hasta que no sea plenamente capaz.

Percibí la preocupación de Eric al comprender que Hugo era consciente de que tendría que acabar con vidas humanas. Estaba feliz y aliviado, pero sabía que yo sufriría con su dolor.

—Las cosas van a cambiar, Eric —había percibido sus pensamientos y quiso tranquilizarlo—. Quizá suframos un poco al principio, pero lo superaremos, ¿verdad, tata? —me dio un mini puñetazo en el hombro—. No sufras, Eric, todo será mejor que antes... todo será mejor que si hubiéramos muerto hoy.

No pudimos contener la risa. Habíamos librado una batalla y después del miedo, la tensión y la desesperación, estábamos todos bien. Más o menos a salvo.

—¿Eres humana, Noa? —me preguntó Eric precavido.

—Nunca he dejado de serlo, al parecer... y ya no trabajo para Tisífone, así que supongo que mi vida avanzará como la de todos.

Una gran sonrisa iluminó su rostro mientras se aproximaba a mí para abrazarme de nuevo.

—¿Estás bien? ¿Eso querías? —me susurró al oído.

—No lo dudes ni un instante.

Comenzamos a caminar todos en silencio hacia mi coche. Ni siquiera me había molestado en taparlo, pero un jueves, y a aquellas horas, poca gente lo habría visto, si no nadie. Una suave brisa meció las ramas de los sauces que nos rodeaban.

—Nosss veremosss pronto...

—¡Aura! —no me había olvidado de ella, y aquello no era una despedida definitiva; seguiríamos juntas—. ¿Te quedas aquí?

—Vuelvo a casa... quiero arreglar... ciertass cossasss.

Sabía a qué se refería. Su existencia se había basado en la locura, en la pena y los remordimientos que habían cimentado su vida. Aún tenía un hijo y no iba a ser fácil resarcirse.

—Muchas gracias, Aura... te debo tanto...

Acarició suavemente mi rostro con su brisa más cálida.

—No esstaré lejosss, Noa, nunca lo esstoy... Cuida de Eric... ah, y bienvenido, Hugo —se desvaneció con una sonrisa resplandeciente en sus etéreos labios blancos.

Nos montamos en mi destartalado *Golf*. Lo puse en marcha, y como siempre, respondió como un campeón. Avanzamos lentamente hasta incorporarnos en la comarcal que unía *Sputville* con *Victory Rowe*. Pensé en Bárbara y en David, en las ganas que tenía de volver a verlos después de haberme despedido para siempre de ellos a través del retrovisor del coche. Pensé en Beatrice y en toda su familia, en lo mucho que nos quedaba por andar y por hacer.

Las cosas no iban a ser fáciles, pero tenía ganas de vivir.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eric.

—¿Ahora? Quizá aún lleguemos a tiempo a la clase de la señorita Nordovest.

